

3
302
82-M2
19
REVISTA DEL MUSEO
DE
HISTORIA NATURAL DE MENDOZA



VOLUMEN XVII — ENTREGAS 1 - 4

Agosto 31 de 1965

Mendoza - ARGENTINA

REVISTA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE MENDOZA

Volumen XVII - Entregas 1 - 4 - Agosto 31 de 1965

PLAZA INDEPENDENCIA

MENDOZA - ARGENTINA

GOBERNADOR DE MENDOZA
Ing. FRANCISCO J. GABRIELLI

MINISTRO DE GOBIERNO
Dr. FRANCISCO J. MOYANO

DIRECTOR PROVINCIAL DE CULTURA
Dr. FRANCISCO V. CORREAS

DIRECTOR DEL MUSEO Y DE LA REVISTA
Carlos Rusconi

Jefe de Paleontología (Ver e Inv.)
Jefe ad honorem del Dep. de Zoología ...
Jefe ad honorem del Dep. de Enología y
Arqueología
Jefe ad honorem del Dep. de Antropología
Jefe ad honorem del Dep. de Folklore e
Historia

Jefe ad honorem del Dep. de Geología y
Mineralogía
Jefe de Taxidermia
Ayudante técnico y de Taxidermia
Mayordomo
Cofradientes

CARLOS RUSCONI

Prof. Manuel Tellechea
Sr. Gabriel Castellino
Sr. Juan Carlos Rusconi
Sr. Elías Salas
Sr. Salvador D'Agostino

REVISTA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE MENDOZA

Volumen XVII - Entregas 1 - 4 - Agosto 31 de 1965

PLAZA INDEPENDENCIA

MENDOZA - ARGENTINA



BIBLIOTECA

CARLOS AMEGHINO

RASGOS DE SU VIDA Y SU OBRA

por

CARLOS RUSCONI

	28 SET 1965	CAPITULO	CONTENIDO	Pág.
		I	— Antecedentes	5
		II	— Familia del sabio. Comienzos de la carrera científica. Su niñez	9
		III	— Viajes hasta 1886. Expedición al Chaco. Viajes a la Patagonia 1887 - 1889. Antecedentes del primer viaje - 1887	19
		IV	— Viajes a la Patagonia desde 1889 a 1903. Último viaje 1901 - 1903. Primero de Florentino Ameghino	61
		V	— Viajes de 1904 - 1931. Última excursión científica 1931. Recapitulación de sus viajes	69
		VI	— El mentor	75
		VII	— La memoria. Recuerdos de la infancia. De sus viajes. Libreta de Enrolamiento	83
		VIII	— Importancia de sus investigaciones científicas	97
		IX	— Posición económica de los Ameghinos	105
		X	— Cualidades morales. Su físico. Mi primera entrevista con el sabio. Casamiento. La enfermedad	115
		XI	— Actos conmemorativos. Cincuentenario de su primer viaje a la Patagonia. Aniversarios varios	127
		XII	— Documentos. Cartas varias de los familiares de F. Ameghino	137
		XIII	— Cargos desempeñados. Bibliografía	159

CARLOS AMEGHINO (1)

Rasgos de su vida y de su obra científica

Por CARLOS RUSCONI

Abrigamos la esperanza de ver llegado el momento en que nuestros descendientes sabrán valorar mejor la grandiosa obra de exploración realizada por el vigías de nuestra entonces lejana Patagonia, el sabio Carlos Ameghino. Como ha de ser también próximo el día en que habremos sabido aquilar en su justo valor la portentosa obra legada por el Profeta de la Ciencia de los fósiles; el que cimentó la Paleontología Argentina en forma tal como no ha surgido aún, al parecer el estudioso que la haya podido igualar, no obstante haberse superado ya algunos aspectos aislados de ese conjunto maravilloso de seres extinguidos que, con extraordinaria visión abarcara el que fuera en vida el genial Florentino Ameghino.

Lucharon con el ambiente a veces hostil; con la indigencia; con los pocos detractores, pero día que transcurre, así también van apareciendo esas dos figuras egregias, como un torrente de aguas cristalinas recién licuadas de los inmaculados picos de las montañas del Ande.

Ellos, con un sacrificio nunca computado, con su acrisolada hombría de bien ante la indiferencia, supieron conquistar palmo a palmo los inmarcesibles laureles, al igual que aquellos seres predestinados que forman hoy la galería más excelsa de nuestras glorias nacionales.

Cuántas veces en días que destinaba para hacerle la visita cotidiana sorprendí a don Carlos Ameghino mirando fijamente a través del vidrio de la ventana de la casa donde vivía. Su vista llegaba hasta la vereda de enfrente, y más allá, la serie de casas vecinas que le impedían otra visión.

Cuántas veces habría querido volver a ver paisajes abruptos, inmensamente extensos, e imposibles de poderlos alcanzar sino mediante

(1) En el primer centenario de su natalicio.

uno o varios días de cabalgadura. Cuantas otras, habrá aguzado el sentido de la vista con el fin de individualizar desde muchas leguas un objeto cualquiera que le habría llamado la atención en aquel entonces. Pero ya, esa época no podía volver. Era un retorno al pasado que no podía repetirse. Ahora, en su senectud debía conformarse, como el preso dentro de la celda, explorando tan sólo los detalles de las paredes que tiene a pocos metros delante de la vista. Ahora, aquel entreteniérase en ver pasar gentes: unas a prisa, y con andar lento otras, que pasaban y no volvían más, al igual que 40 años antes vio él repetidas veces el deslizar del agua de un arroyo o de un río patagónico, cuyos caudales pasaron frente a él para no volver jamás.

En esos momentos de éxtasis en que le sorprendí más de una vez, deseaba yo cabalgar también, junto con su pensamiento, hacia aquellos lejanos parajes de la casi legendaria Patagonia de entonces. Pero no habría podido yo aquilatar el valor de los sacrificios y vicisitudes que encontró el maestro reiteradamente en medio de la magnificencia de aquellas tierras sureñas. Recién ahora, después de haberme alejado de él a más de 30 años, y después de haberme radicado en el occidente de la patria. Después de haber realizado más de 700 viajes, de los cuales unos 300 los emprendí por regiones de Cuyo, recién pude darme cuenta de lo que significaban las exploraciones realizadas por el maestro más de medio siglo atrás. Recién pude comprender y avalar lo bello que debe haber sido para él el sorprender una aurora rodeada por la inmensidad. Una puesta de sol, de ese sol que se oculta detrás del inmenso paredón de los Andes, dejando trás de sí el resplandor de un rojo varonés, para seguir cambiando minuto tras minuto por tonos cada vez más violáceos de la hora crepuscular. Cuando en ese lejano ambiente etéreo, en ese trasfondo montañoso, transformase en un azul cobalto casi negro, como si fuese un inmenso terciopelo, moteado de pedrerías rutilantes que brillan a distintas intensidades en el fondo oscuro de una noche frígida y serena en aquellos ambientes que permanecen casi silenciosos, rodeados por una naturaleza bravía y en gran parte virgen aún.

CAPITULO I

Antecedentes

Durante los últimos años de su vida, mi maestro don Carlos Ameghino, con la gentileza que le caracterizó, fue proporcionándome una serie de datos relativos a su larga vida de explorador; de las vicisitudes y de las satisfacciones experimentadas en sus andanzas por los serpenteados caminos del lejano sud patagónico.

Deseaba él reunir las principales observaciones que habían quedado retenidas en su extraordinaria memoria, así como también pasajes anecdoticos de sus viajes los que sin duda alguna, habrían sido muy importantes y de gran enseñanza para esa juventud estudiosa contemporánea que recorre ahora por caminos con muchas comodidades sobre elementos mecanizados, y encuentran con más facilidad medios de comunicaciones que no existían antes. Pero, infortunadamente, su estado de salud se lo impidió y solo pudo confiarle algunos que otros detalles, permitiéndome además, dar a conocer la relación del primer viaje a la Patagonia, más otros escritos que no fueron impresos en las *Obras Completas* de Florentino Ameghino, por no haber sido posible hallarlos en aquella oportunidad.

En vista de ello, y cumpliendo con un deseo del maestro, reuní en capítulos cortos, una serie de temas relativos a su vida y a su fecunda labor realizada; su brillante actuación de explorador, investigador y colector de millares de piezas que forman el patrimonio de variadas ramas de las Ciencias Naturales: Paleontológicas, Geológicas, Etnográficas, Botánicas, Malacológicas etc. de la extensa región del cono Sud de nuestra Patria.

Era pues, un deber ineludible esta reseña, máxime si se tiene en cuenta que no pocas veces se le ha considerado al Dr. Florentino como el descubridor de las importantísimas faunas terciarias del Sud Patagónico, cuando en puridad de verdad, casi todo ello se lo debemos a ese grande hombre que fuera don Carlos Ameghino.

Si grande ha sido la labor realizada por exploradores, viajeros y cronistas de los siglos XVI a XIX que recorrieron aquellas tierras ignotas cuando existían agrupaciones aborígenes y era a veces peligroso cruzar

por sus dominios, no menos importante ha sido la tarea del biografado al cruzar de Sud a Norte y de Este a Oeste aquel inmenso territorio sureño, donde se hallaban todavía relictos autóctonos que, si bien no eran numerosos por haber sido raleados por el empuje cada vez más crecientes de la población blanca y cuando no por la bala del fusil, esos pocos y maltrados reductos se mostraban a veces uraños, recelosos para un recibimiento cordial. Sin embargo, la idiosincrasia del entonces joven Carlos, unido a los fines que perseguía, bien alcanzó a congraciarse con las simpatías de aquellos autóctonos Tehuelches, Pehuenches etc. quienes pusieron a disposición el miserable toldo. Y este era, precisamente, uno de los capítulos que se disponía redactar el maestro, pero infortunadamente, no pudo verlo cumplido.



Fig. 1 — Don Carlos Ameghino en 1911 y poco después del fallecimiento del Dr. Florentino Ameghino. Este conjunto sirvió de base al pintor Antonio Alice para pintar el cuadro al óleo donde aparece en su reemplazo el rostro del Dr. Florentino y cuya labor quedó terminada en setiembre 28 de 1911.

De cualquier modo muchos de los que hemos tratado de cerca y sobre todo en la intimidad, conservamos recuerdos anecdóticos, de las vicisitudes que, en ciertas circunstancias solía contarnos. Anécdotas que encontrábamos con agrado porque salían de la boca de una persona circunspecta y que por todo ello adquirían un sello de veracidad.

Acerca de la personalidad y aspectos varios de la vida del Dr. Florentino Ameghino se han ocupado distintos autores. De estos escritos algunos me son conocidos y otros no, pero los recuerdo aquí, entre los cuales figuran Juan B. Ambrosetti, Víctor Mercante, José Ingenieros,

Rodolfo Senet, Alfredo J. Torcelli, Lucas Kraglievich, Alfredo Castellanos, Carlos Rusconi, Alberto Rovero y Víctor Delfino, Fernández M. Miranda, Bernardo González Arilli, Mario Graci Larravide etc. Centenares y millares de autores los citan, especialistas en distintos aspectos de la Paleontología, Antropología etc.

En cambio poco se ha hecho con respecto a Carlos a pesar de haber sido reiteradamente citado como el colaborador científico de primer orden que tuvo su hermano mayor, y menos aún el segundo hermano don Juan, desde el punto de vista económico. Pues, como se sabe este último fue un gran conocedor de nuestra botánica aunque casi nada publicó. Dedicó gran parte de su vida detrás del mostrador, vendiendo durante muchos años artículos de librería, para poder obtener en determinadas circunstancias los medios de subsistencia de los tres hermanos y madre. También supo costear los gastos que demandaban algunos de los numerosos viajes a la Patagonia y en otras regiones del país, más las publicaciones que Florentino diera a conocer sin el calor oficial.

Hermoso ejemplo de fraternidad y más aun, elocuente ejemplo de dignidad humana. Por que si se exceptuaran los sueldos percibidos oficialmente por el Dr. Florentino y don Carlos mientras fueron Directores del Museo de Historia Natural y por algunas actividades más, la mayor parte de sus vidas trasuntaron con los recursos obtenidos mediante su trabajo honesto, lleno de dificultades, sin computar durante su trayectoria, sacrificio alguno.

De este trágico, sobre todo de Florentino y Carlos, con perseverancia y buena fe, llegaron a formar la corona de su madre, doña María Dina Armanino, como lo habían presagiado, casi con clarividencia, medio siglo atrás su tía Carolina. Esta, en carta del 30 de mayo de 1867 y con alto fundamento filosófico, diríjase a su hermana Dina, recomendándole educara bien a sus hijos (Florentino, Juan Carlos), que conduciéndolos por el buen camino, la consolarían en vida, y de muerta, formaría su corona (documento 1).

Y la corona que construyeron los tres hermanos, en memoria y como gratitud hacia los autores de sus días, no fue la común corona floral, sino de esos elementos inmarcesibles que tienen la virtud de reverdecer a medida que van sucediéndose las generaciones: el pensamiento burilado sobre materia indestructible. El nombre estampado en letras de oro y que ha de continuar reluciendo a través de los siglos, con la misma brillantez y nobleza de ese áuro metal, sin que puedan empañarla la mezquindad y los pocos detractores.

No es posible pues, enaltecer todo cuanto ha hecho Florentino con respecto a las viejas faunas patagónicas sin incluir en esa obra de arquetipo a los inmensamente grandes descubrimientos realizados por el vástago menor bajo la Constelación de la Cruz del Sud. Ese pichón de muchacho con sus casi 22 años se había orientado por vez primera en 1887 hacia la tierra de los Tehuelches y regresaba para no volver más en 1903. Durante sus 16 expediciones consecutivas fue trayendo car-

gamentos de fósiles que le permitieron a su hermano mayor exteriorizar un mundo de conocimientos nuevos, no previstos en la fecha de la aparición de su importante *Antigüedad del Hombre en el Plata*, o en su *Filogenia* o bien en gran parte de su gran obra: *Contribución al Conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina*, aparecida en 1889.

CAPITULO II

Familia del sabio. Comienzos de la carrera científica

Los hermanos Ameghino han sido tres: El mayor, Florentino, nacido en el pueblo de Luján el 18 de setiembre de 1854 y fallecido en La Plata el 8 de agosto de 1911 a los 57 años de edad.

El segundo llamábese Juan, también lujanense y fallecido en La Plata en 1933. El tercero era don Carlos, también nacido en Luján el 18 de junio de 1865 y fallecido en la Capital Federal, calle Camacuá 155, el día 12 de abril de 1936, a los 71 años. Todos nacidos en la modesta e histórica casita de la calle Las Heras 448 del entonces pueblito de Luján provincia de Buenos Aires (Fig. 2).

Su padre fue don Antonio Ameghino, natural de Moneglia, provincia de Génova (Italia) y casado en segundas nupcias (1) con María Dina Armanino también de Génova. Ambos esposos se trasladaron desde la ciudad natal a Savona en 1853 y después de un largo y penoso viaje marítimo al punto de morir de hambre todos los tripulantes del barco, llegaron finalmente a Buenos Aires a principios de 1854 y de allí se dirigieron a Luján. Don Antonio falleció afectado de una enfermedad mental en un nosocomio de Buenos Aires (Buenaventura u Hосpicio de las Mercedes) a causa de un gran susto o de una desagradable impresión que le causara una mañana al ver a una persona de la servidumbre que había tomado la resolución de poner fin a sus días, ahorcándose. El fallecimiento de don Antonio se produjo en 1886, a los 58 años de edad (2). Su esposa, Dina María Armanino, falleció en la ciudad de Buenos Aires en 1908, a los 76 años.

Don Antonio tuvo dos hermanos más, llamados Juan, el mayor, y Francisco el menor, y ambos habían llegado a Buenos Aires cuatro años

(1) La primera esposa falleció joven y poco después de haber contraído enlace y de haber dejado una hijita que también falleció.

(2) Aun cuando el diagnóstico clínico y desarrollo de toda la enfermedad hasta su fallecimiento en el nosocomio me son conocidas debido a los documentos consultados gracias a una atención de mi amigo el Dr. Ernesto Daniel Andía, creo innecesario darlos a publicidad.

antes o sea en 1850, quienes poco después estuvieron radicados los primeros años en Luján.

Don Juan (Tío de Florentino) falleció por el año 1915 aproximadamente a una edad avanzada. Don Francisco tuvo dos hijos que fueron los doctores Arturo y César Ameghino, habiendo ejercido el primero la profesión de médico y el segundo, la abogacía, y quienes ocuparon cargos de responsabilidad en el Gobierno de la provincia de Buenos Aires y de la Gran Metrópoli. Estos dos pues, han sido primos hermanos de los sabios de que me ocuparé.

El Dr. Florentino Ameghino contrajo matrimonio en París, más o menos en 1879, durante su viaje determinado por la Exposición de materiales científicos organizada por las autoridades de la ciudad luz, con la joven de esa ciudad, llamada Leontina Poirier (3). Este matrimonio no dejó descendencia. Ella falleció en Buenos Aires en 1909.



Fig. 2 — Casa de la calle Las Heras 448, en Luján donde nacieron los tres hermanos Florentino, Juan y Carlos Ameghino. Foto tomada el 20 de setiembre de 1931. En su frente el autor.

Don Juan, hermano de Florentino, falleció soltero en 1933 y don Carlos contrajo matrimonio en 1923 (?) con Ascencia Merello, prima por vía materna, esto es, hija de una hermana de la madre de don Carlos

(3) Fue después una excelente y cariñosa mujer de su hogar hasta los últimos días de su fallecimiento ocurrido en 1909. Sin embargo, no estará demás recordar aquí el error involuntario puesto de manifiesto por mi amigo el extinto hombre de ciencia Dr. Rodolfo Senet quién, al ocuparse de Florentino Ameghino y de la esposa de éste, manifestó que Leontina Poirier era descendiente o hija del gran anatómico del mismo apellido. Pues, mi maestro me aseveró que ella, esto es, su cuñada, era solamente hija de una humilde y respectable familia de los alrededores de París que nada tenía que ver con aquel Poirier autor del célebre *Tratado de Anatomía humana*.

(María Dina Armanino). De este matrimonio no hubo tampoco descendencia, de modo que la rama genealógica de los sabios Ameghinos, iniciada con su padre don Antonio, quedó extinguida definitivamente con el fallecimiento de don Carlos en 1936 que fue el último de la familia.

Comienzo de su carrera científica. Su niñez

En 1867, aproximadamente, los padres de Ameghino se trasladaron a la Capital Federal donde instalaron un negocio de almacén (Rivadavia y cerca de Perú). Para esa fecha el niño Carlos contaba con unos dos años de edad y recuerda que entonces había hombres que hacían el oficio de sereno, encargados de vigilar o de dar aviso a los dueños de las casas cuando las puertas de las mismas se hallaban abiertas a altas horas de la noche. Estos serenos iban provistos de un largo palo y en cuyo extremo colocaban un farol con el cual alumbraban el camino por donde recorrían.

Florentino aprovechó la estada en la Capital Federal para continuar algunos estudios en el Colegio Nacional (1867-69) y para entonces tenía 13 años. Al poco tiempo regresó toda la familia a Luján a causa del mal resultado que los padres habían tenido con el modesto negocio. Durante su segunda radicación en ese pueblo fue nombrado Preceptor de una escuela de Mercedes (1869) y allí permaneció por espacio de varios años hasta que en 1877 ocupó la Dirección del Establecimiento, teniéndola que dejar en marzo de 1878 para trasladarse a París donde llevó una importante colección de fósiles y materiales arqueológicos de la Argentina. Estas piezas fueron objeto de la admiración de numerosos científicos reunidos en esa fecha en la ciudad Luz.

Carlos había ingresado a una escuela de Luján a los 6 años escasos, o sea en 1871. En 1876 terminaba el ciclo de la escuela primaria y entonces se trasladó al pueblo de Mercedes donde por esa fecha ejercía la docencia su hermano mayor. Con este aprendió las primeras lecciones de las Ciencias Naturales acompañando a don Florentino, sea en las horas libres que le dejaban sus ocupaciones o bien durante los días festivos. Es así como el joven Carlos fue adquiriendo el amor a las cosas de la naturaleza, revisando de trecho en trecho las barrancas de los arroyos o de lugares incultos en procura de materiales arqueológicos, paleontológicos y destinados a satisfacer esa fiebre devoradora de su hermano mayor.

De regreso de París (Junio de 1881) don Florentino locató la casa de la calle Victoria 692. Su situación económica no podía ser más afrontada y sus padres nada podían hacer a ese respecto, sino por el contrario, necesitaban la ayuda de su hijo mayor el cual, a pesar de los títulos y honores que había traído de Europa, si quería vivir, debía trabajar, como lo expresó reiteradamente a sus hermanos. Por todos estos motivos, se decidió a instalar un negocio de librería en la calle Rivadavia 946 que denominó "Librería del Glyptodon" según se colige del membrete en sello de goma que aparece impreso en varios folletos antiguos y en cu-

dernos de apuntes del sabio, siendo uno de estos folletos "Noticias sobre antigüedades indias de la Banda Oriental" que poseo por triplicado. También en otros cuadernos aparece impreso con sello de goma la siguiente leyenda "Fábrica de sellos de goma. Rivadavia 946", que poseo. Dicho negocio de librería lo había abierto en 1891 y por otro documento el 1º de febrero de 1892.

La primera librería del Glyptodon fue luego trasladada a la calle de la Piedad y después volvió a ubicarla en calle Rivadavia pero más cerca de la estación Once, esto es, en Rivadavia 2339. Al frente del mismo quedó su segundo hermano don Juan. Años después, cuando Florentino abrió el segundo negocio "Librería Rivadavia" en La Plata, don Juan continuó aquí el oficio de librero hasta su fallecimiento ocurrido en 1933.

Aun cuando el oficio de librero no fue constante en Florentino, en cambio la supervisión de esas actividades las continuó hasta muchos años después, como se deduce de los antecedentes examinados. Pues, cuando el Dr. Doering hizo las primeras gestiones en 1884 con el propósito de incluirlo a Florentino en el cuerpo de profesores de la Universidad de Córdoba, aquellas actividades de librero fueron confiadas a su señora esposa y a su hermano Juan. Este último, como se sabe, fue empleado en una casa de comercio y de drogas en Fray Bentos (Uruguay) durante los años 1881 a 1884. Lo había hecho con el fin de procurarse el sustento y poder ayudar a sus padres. Durante su estada reunió diversos materiales, arqueológicos que fueron luego utilizados por Florentino. Durante los momentos que le dejaban libres, aprendió telegrafía y con ese motivo don Florentino y otros hicieron gestiones con el fin de conseguirle una ubicación. Recién a fines de 1884, al regresar a Buenos Aires y con los consejos de Florentino se decidió don Juan por las tareas de librero, precisamente en el mismo negocio que por primera vez instalará su hermano mayor. Y deseo insistir en este asunto por cuanto hay quienes suponen a don Juan como el autor de la iniciativa de librero, como es el caso de la nota periodística aparecida en "Aquí Está" Nº 766 del 20 de setiembre de 1943 donde se dice que Juan fue el que abrió la librería de la calle Rivadavia en la Capital Federal, cuando en verdad, tanto ésta como la librería "Rivadavia" de las calles 11 y 60 en la ciudad de La Plata, se han debido a iniciativas de Florentino, como consta en documentos que poseo.

Durante el tiempo en que Florentino se hallaba ejerciendo la cátedra de Zoología y Paleontología en la Universidad de Córdoba (1884 a mediados de 1886), la familia se había radicado por segunda vez en Buenos Aires, no obstante que en determinados períodos algunos de los miembros hacían vida temporaria en Luján.

Florentino fue avaro de su tiempo y por eso se interesó por algún sistema de taquigrafía que consiguiera atenuar su espíritu mediante la escritura común. En 1886 inicióse en el aprendizaje, pero el método publicado por la "Librería Europa" no satisfacía sus deseos, encontrándolo difícil y lento. Cuando se trasladó a París, con motivo de la Exposi-

ción Internacional, realizada en 1878, se interesó por otros métodos. Para esa fecha se halla la *Stenographie Duployé* que había sido antes presentada a varias exposiciones internacionales y también a la de París de 1878. En esa oportunidad, el método fue publicado en 4 páginas de formato muy grande, de 60 por 45 centímetros de ancho y algo mayor al formato que tiene *La Prensa* y *La Nación* de Buenos Aires, y cuya vieja edición de 1878 se encuentra en mi Biblioteca. En dicha publicación hay distintas temáticas de carácter histórico, ambientales, etc., como ejemplos para demostrar la bonanza del mismo y que son profusamente ilustrados a pluma. Ameghino, posiblemente lo conocería. Por lo menos muchos de los signos del método Duployé son parecidos a los de nuestro sabio que diera a conocer en su "Taquigrafía Ameghino" impresa por vez primera en la casa Igon Hnos. de calles Bolívar y Alsina, en Buenos Aires en 1880. Es un folleto de formato mediano de 26,5 de alto por 25,5 centímetros de ancho, de 32 páginas, y que también poseo.

Sea que Florentino no haya conocido el método Duployé o bien lo haya tenido en sus manos, lo cierto es que su sistema simplificaba y le hacía ahorrar un precioso tiempo. Así lo han manifestado varias personas, y para no abundar en detalles inserto aquí la opinión del célebre Víctor Hugo quien dio a publicidad lo siguiente: "La Taquigrafía de Ameghino está destinada a suplantar casi por completo y con inmensa ventaja la escritura común".

En un cuaderno de 20 páginas que sirvió de borrador a don Carlos, aparece en las primeras páginas una carta dirigida a don Florentino en octubre 30 de 1881 (cuando el primero tenía tan solo 16 años de edad). Allí le da las gracias a su hermano mayor por las nuevas correcciones y enseñanzas que le había proporcionado con respecto al aprendizaje del sistema taquigráfico "Ameghino". Entre otras cosas le manifiesta que "He podido ahora formarme una idea de la gran rapidez que se puede adquirir con tu sistema". A continuación le pone en conocimiento de los interesantes hallazgos de mamíferos fósiles obtenidos por él en las barrancas del río Luján. Se refiere a tres esqueletos de gliptodontes hallados unos a varios kilómetros y otros a corta distancia del molino de Bancalari. De ellos daba cuenta de la posición de la coraza con el dorso hacia abajo y que por otras circunstancias más, creyó haber descubierto indicios de la intervención del hombre primitivo, contemporáneo a esos animales. En otros parajes había encontrado restos de huesos de animales y trabajados por el hombre primitivo que vivió durante la época de los grandes lagos, esto es, en el horizonte lujanense. En los terrenos de edad neolítica había encontrado una bola de diorita, una flecha de sílex y de otros implementos más, todos de mucho interés para su hermano mayor.

Las hojas siguientes de este cuaderno son ensayos de la taquigrafía Ameghino. Hay borradores de cartas redactadas en el mismo sistema y cuyo contenido desconozco, no obstante que alguna vez intente yo aprender ese mismo sistema.

De cualquier modo, este tipo de escritura fue rápidamente aprendido por los dos hermanos, según se desprende de las cartas observadas por mí que llevan las firmas de Juan y de Carlos. Este último se aplicó intensamente llegando a estar en condiciones de ocupar un empleo como taquígrafo. Y a este respecto, cabe consignar la preocupación de Florentino al iniciar él algunas gestiones en ese sentido porque con ello había la esperanza de solventar en parte la difícil situación económica de la familia, situación que fue casi siempre de condición modesta.

En una de las cartas que Florentino le dirigía a Carlos en mayo 6 de 1883 y que poseo, le decía entre otras cosas que había hecho las gestiones de práctica, pero era necesario mantener un compás de espera en vista del número elevado de candidatos que se habían presentado a concurso para obtener un puesto como taquígrafo en la Cámara de Diputados de la Nación, y luego agregaba: "Debiendo esperar ¿Qué es lo que debe hacerse? ¿Que vengas a Buenos Aires o te quedes en Luján? Venirte aquí, aun cuando sin dudas podrías adelantar en la práctica de la Taquigrafía, no me serías sin embargo de gran utilidad y recargarías, no importa de qué modo, los gastos, cuando yo tengo bastante para sostenerme. Por otra parte el día en que se produzca una vacante será preciso hacer gastos, porque no podrás presentarte a ocuparla mal vestido. Te harán falta pantalones, chalecos, jaquet, camisas con cuello alto, botines, sombreros etc. y todo eso reclamará gastos que no sé si estaré en condiciones de poder hacerlos, y a nuestros padres no se les puede pedir porque ya han hecho bastantes sacrificios.

"Quedarte en Luján a espera de una vacante tampoco es posible, porque eso importa un recargo para nuestros padres y además una pérdida de tiempo. Es preciso, pues, hallar el medio de esperar sin perder el tiempo y ganando algún dinero. Emplearte como dependiente o de cualquier otro modo, no te conviene, pues causarías mal efecto y no te quedaría tiempo para continuar ejercitándote en la taquigrafía.

"He pensado mucho lo que podría hacerse, y he aquí lo que te propongo. Quédate por ahora en Luján, donde tienes pocos gastos y trata de colocar en las casas de comercio algunos artículos que te mandaré y que te dejarán una regular ganancia. De este modo podrías ganar algún dinero sin depender de nadie, y con sólo hacer trabajar un poco tus piernas te quedaría tiempo para continuar ejercitándote en la taquigrafía; quizás podrías ayudarle un poco a papá, y mañana o pasado, cuando se presente una vacante, tendrás algún dinero para ponerte en estado de presentarte en las Cámaras... Luego agregaba "En todo caso, bueno es probar. No se arriesga nada. Ello te costará tan sólo un poco de ejercicio de piernas y eso no debe desanimarte, puesto que no hay ocupación alguna que no tenga sus cosas desagradables. Y por otra parte, si no se trabaja no se come. Lo he aprendido hace muchos años. Ahora mismo, cuando tengo fama de sabio y un renombre universal, no me queda más remedio, con toda mi sabiduría, que recorrer la ciudad cinco o seis veces por día car-

gado con paquetes para no dejar ni un solo instante sin surtido a la librería, a fin de poder ganarme así la vida sin depender de nadie (4).

Afortunadamente, don Carlos no llegó a tener el referido empleo en la Cámara de Diputados, prefiriendo en cambio, "hacer ejercer sus piernas" años después y con los extraordinarios resultados que obtuvo para la ciencia del país y universal. Para esa fecha, contaba con 18 años de edad. Siguió los consejos de su hermano mayor con el fin de ayudar a sus padres que se hallaban casi en la indigencia, y en los momentos libres, los dedicaba a la búsqueda de materiales de estudio, informaba o remitía a Florentino las novedades etc. Estas excursiones no sólo las realizaba por Luján, Mercedes etc., sino hasta por los alrededores de la ciudad de Buenos Aires donde más de una vez, según comunicación verbal del maestro, habría recorrido los célebres "toscales del Río de La Plata" y por los mismos parajes que por primera vez realizaba yo en 1918.

La idiosincrasia de Carlos no era como para ocupar un puesto Oficial que le inhibía toda posibilidad de andar y andar. El, seguramente, querría gozar de la libertad del pájaro no cautivo. De ahí que evidenció poca preocupación en obtenerlo. En su mente bullía otro Norte: el silencio de los ambientes de pampa y de montaña. Deseaba recorrer y reunir materiales para el espíritu no importa que estuviese su cabeza herida por los rayos solares; recibir la ráfaga huracanada o verse cubrir de escarcha o de la neviza, y entonces esperó al igual que aquel pichón que tan pronto se le desarrollan las alas, hecha a volar hacia otras latitudes. Mientras tanto aguardó, realizando excursiones cortas o acudiendo a informaciones suministradas por terceros a lugares donde se advertían fósiles. Una de ellas era la carta que en fecha 25 de mayo de 1884 le remitía el señor Eugenio Casasco desde Luján, mientras don Carlos se hallaba temporariamente en calle Rivadavia 946, Buenos Aires.

De su contenido se desprende que el referido señor le invitaba para que hiciera un viaje a Luján donde se realizaría una excavación en las cercanías de un molino (tal vez el de Bancalari). El remitente terminaba su esquila: "saludos a Florentino y a Vd. de parte de su señor padre que ví esta mañana".

Durante el año 1883, don Juan hallábase aún en Fray Bentos (Uruguay) como empleado de una farmacia y había ido allí con el fin de aliviar un poco la situación de la familia. Sin embargo, Florentino no escatimaba esfuerzos en conseguirle un empleo en Buenos Aires, especialmente como oficinista de una sección del Telégrafo de la Nación, según se desprende de una carta que éste le remitía a Juan en marzo 25 de 1883 (documento 23).

A fines de 1886 Florentino fue invitado por el Dr. F. P. Moreno para ejercer el cargo de Subdirector del Museo de La Plata, siempre que aquél hubiera dado parte de las colecciones de fósiles y objetos arqueo-

(4) A. J. Torcelli, *La Prensa*, junio 18 de 1936 (ver también *Obras completas*. Vol. XX p. 128).

lógicos que tanta falta le hacían, al citado Museo platense recién inaugurado.

Moreno necesitaba de esas colecciones para llenar algunos blancos de ese hermoso y grande edificio y entonces Florentino accedió al trato cuyos detalles ignoro. Florentino, que nunca tuvo espíritu de comerciante, ni jamás se enriqueció con la ciencia, como algunos enemigos que trafican, o viven de la labor del sabio y luego el acostumbrado espaldarazo y hasta la crítica venal, aceptó el ofrecimiento del Dr. Moreno. La armonía duró bien poco; pues algunos meses más tarde habíanse producido leves rozamientos, según manifestaciones de mi maestro, y estos fueron luego produciéndose con más frecuencia hasta que en enero de 1888 dejaba definitivamente Florentino el cargo de Subdirector en el Museo platense. Demás estará decir que su "benefactor" no sólo le cerró las puertas (al igual que otro Director, pero del Museo de Buenos Aires, me vedó en 1930 toda posibilidad de consultar las colecciones paleontológicas de ese Museo), ni le permitió consultar los materiales que habían sido antes propiedad de él, sino que años después, confesada su impotencia de poder eliminar o anular la sabiduría de Ameghino, quiso intentar lo de otra forma. Pues, Moreno contrató a Mercerat y luego invitó a Lydekker para que realizaran trabajos de paleontología con la esperanza (muy equivocada por cierto), de ponerle los puntos en las íes a Florentino ya que no podía hacerlo el Director del Museo de la Plata. Pero este último se vio defraudado en sus esperanzas cuando comprobó que los elegidos habían resultado ser, en los temas que trataron, poca cosa. Lydekker dio a publicidad sus trabajos y de alguno de ellos contestó Florentino haciéndole ver los graves errores cometidos por el sabio británico. Este trabajo de crítica fue en parte publicado en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires* y así, en esa forma quedó. De cualquier modo, la réplica debe haber sido tan grande que, según manifestaciones expresadas por don Carlos, el resto del trabajo crítico no se imprimió por cuenta el Dr. Flower, Director del *British Museum* de Londres, le habría escrito al Dr. Eduardo L. Holmberg, Director del Jardín Zoológico y de la revista, que ese trabajo no fuera impreso en su totalidad por cuanto peligraba el buen nombre de Lydekker.

Durante el período en que Florentino ejerció la Subdirección del Museo de La Plata, don Carlos era nombrado Naturalista viajero, y su primer desempeño constituyó su primer viaje realizado a Patagonia entre 1887 a 1888. Luego repitió el segundo viaje, pero de regreso a Buenos Aires se informó de la ingrata noticia de que ya no era su hermano mayor funcionario del Museo platense a causa de las profundas desaveniencias habidas con su Director. Por consiguiente, mi maestro, siguiendo el ejemplo de Florentino, renunció también al cargo de Naturalista Viajero.

Después de 1889 realizó los viajes con dineros proporcionados por su hermano mayor, quien los obtenía mediante una labor decente, con la venta de artículos de librería que aun le quedaban de aquel situado

en calle Rivadavia, en Buenos Aires, y luego, del que abrió en calles 11 y 60 en la ciudad de La Plata y cuya entrada particular era por la segunda arteria, nº 793. Este segundo negocio conocido por "Librería Rivadavia", contribuyó también a solventar la situación económica de los Ameghinos después del alejamiento del Dr. Florentino del Museo de La Plata y él mismo fue quien contribuyó para que don Carlos pudiese seguir explorando la Patagonia, sin depender de nadie.

CAPITULO III

Viajes hasta 1886. Expedición al Chaco

Hasta 1886, don Carlos había realizado numerosas excursiones por diversos parajes de la provincia de Buenos Aires. En algunos fue el ayudante insustituible de su hermano mayor y otros los emprendió él solo. Sin embargo, abrigaba la esperanza de poder ampliar el radio de acción hacia tierras más lejanas. Ese deseo se iba vislumbrado cuando en 1883 y sobre todo al año siguiente varios científicos habían proyectado un viaje por la región chaqueña, época en que aun prosperaban grandes bosques y eran numerosos los indígenas de diversas tribus que existían por esos parajes.

Los miembros de esa expedición debían explorar una amplia zona con el fin de reunir materiales de la Flora, Fauna y Gea. En vista de los móviles que perseguían sus actores, el proyectado viaje tomó cuerpo y poco después las autoridades nacionales emitieron el decreto respectivo firmado por el general Julio A. Roca y refrendado por Benjamín Victorica.

Constituía esa embajada de naturalistas, el Dr. Eduardo L. Holmberg para los estudios zoológicos; 2º) Federico Kurtz, para estudios botánicos y 3º) Dr. Florentino Ameghino para estudios zoológicos, paleontológicos y geológicos. Pero la Comisión estaba integrada además, por otros miembros ayudantes a saberº 4º) Constantino Solari; 5º) Federico Schulz; 6º) Carlos Galander y entre ellos figuraba también el nombre de don Carlos Ameghino, cuyo nombramiento fue expedido por el Ministerio de Marina, firmado el 31 de enero de 1885. (Fig. 3).

La Comisión científica partió de Buenos Aires, pero después de haber llegado al Chaco surgieron algunas desaveniencias entre el Jefe de la Expedición Dr. E. L. Holmberg y F. Ameghino, al punto de que ambos jefes resolvieron realizar investigaciones por separado, quedando frustrada así una bella iniciativa que podía haber sido coronada con un éxito tal vez sin precedentes, debido primero, a la diferencia de caracteres entre ambos y luego por no haber obtenido, desde un principio todos los recursos materiales de que se había convenido desde su partida en Buenos Aires. En efecto, a pocos días de su arribo al

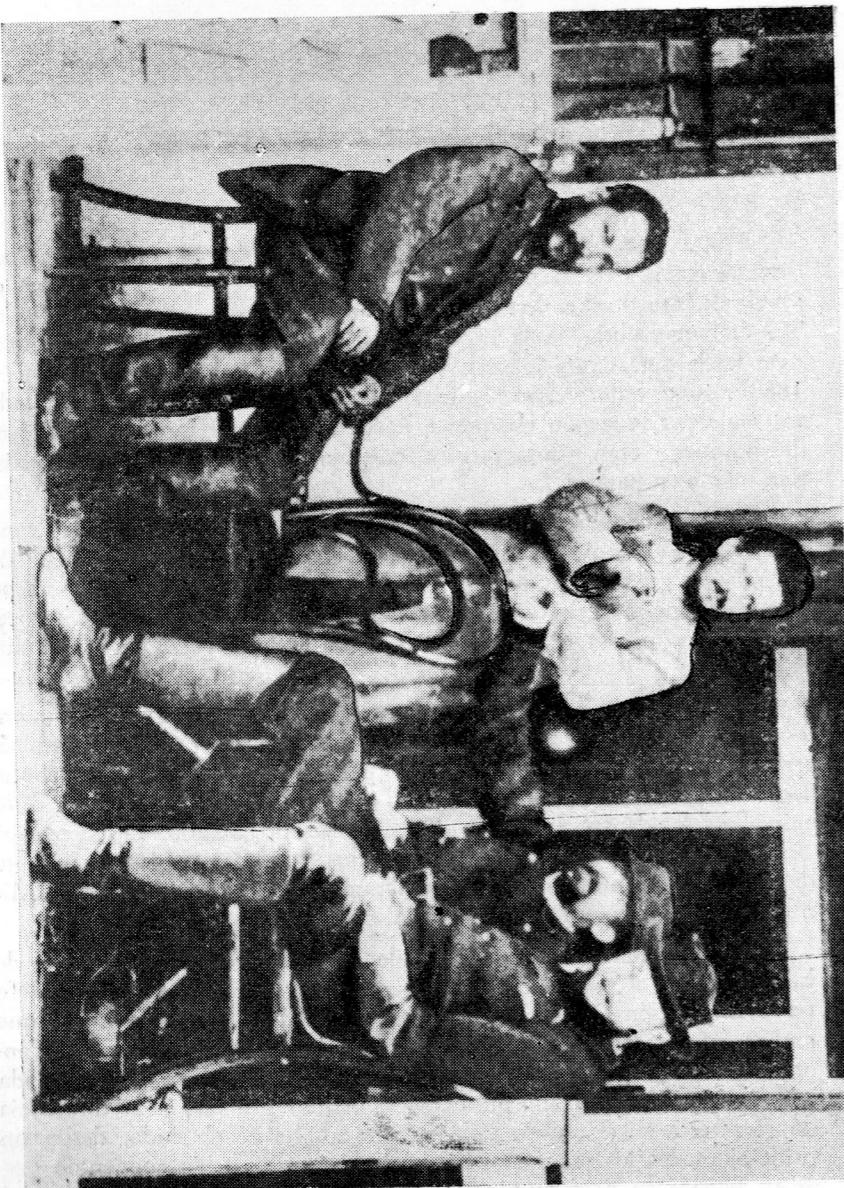


Fig. 3 — Miembros de la Comisión científica al Chaco, 1885. Sentados: a la izquierda, el sabio Dr. Florentino Ameghino que tenía 30 años. De pie, el Dr. Eduardo L. Holmberg con 32 años. En el extremo derecho y sentado es el Dr. Federico Kurtz, de 30 años. La cuarta persona (que no se menciona en "La Prensa"), era el general Rosendo Fraga, Gobernador del Chaco. Reproducción del Rotograbado de "La Prensa", del 3 de agosto de 1930.

Chaco el Dr. Kurtz proyectó su labor de herborizar determinadas zonas; Florentino Ameghino, por su parte, planeó jiras a los costados de diversos ríos con el propósito de examinar sus barrancas y reunir materiales paleontológicos. El Dr. Holmberg orientó sus actividades hacia la zoología regional. Pero el plan que se había trazado implicaba el desmembramiento temporal de la Comisión, lo que era realmente explicable si se tiene en cuenta que los tres insignes naturalistas perseguían objetivos distintos, difíciles de poderlos conseguir si todos hubiesen seguido un mismo derrotero.

Desde ese preciso instante surgió un roce que tuvo fatales consecuencias para el propósito que los guiaba. El Dr. Ameghino —según referencias que me proporcionó don Carlos— sostenía la realización de su plan proyectado, mientras que Holmberg insistía en que debía secundárselo y seguir el derrotero por él trazado. Las desaveniencias, lógicamente, no tardaron y es así como poco después el Jefe de la Expedición habría expresado con cierta nerviosidad, más o menos, lo siguiente: "Aquí, soy yo el Jefe de la Expedición y nadie más".

El Dr. Ameghino, de espíritu sensible, no pudo aceptar una expresión que significaba cierto menoscabo a su ya consagrada personalidad y a su modestía ejemplar; por eso habría contestado en el instante: "Está bien, acataré las órdenes del señor Jefe de la Expedición", pero en verdad fue lo contrario. Ambos hermanos se dirigieron hacia diversos barrancos; examinaron parte de su geología, procurando reunir fósiles, pero en vista de la situación económica del momento y de la partida de dinero restante que habría llegado a destiempo, la comisión optó por el regreso.

Y es así como en fecha 27 de mayo aparece en el mismo diario "La Crónica" la noticia del regreso de la expedición, reseñando suscintamente algunas observaciones del mal de cadera de los caballos, practicada por el Dr. Holmberg; la del hallazgo de ciertos fósiles, plantas, insectos, etc.

Este molesto incidente y rigurosamente exacto, puesto que me fue confiado por uno de los integrantes de la Comisión, no alcanzó trascendencia y creo que nadie o muy pocos lo conocen, porque Holmberg lo tenía a Florentino Ameghino por un hombre de valer y de respeto, y éste reconocía en aquel, toda una personalidad científica.

¡Hermoso ejemplo de zanjar enconos, olvidándolos! Y este caso debe ser exacto por cuanto, según mis conocimientos, Ameghino nunca hizo mención del citado viaje en forma exhaustiva ni menos los incidentes que lo malograron, prefiriendo, en cambio, mantenerse en el mutismo casi absoluto antes que dar motivo a un resentimiento mayor, porque habría hecho peligrar la amistad del Dr. Holmberg, y éste, por su parte, creo que tampoco lo ha recordado, motivos por el cual ambos sabios continuaron después manteniendo una estrecha amistad hasta poco tiempo en que uno de ellos, cayera postrado para no levantarse más, el 18 de setiembre de 1911.

6 de agosto

Posteriormente, el Dr. Holmberg, continuó haciéndole visitas a D. Carlos Ameghino, a la sazón Jefe de la sección Paleontología (1917) época en que yo le conociera a los dos por vez primera, hasta que don Carlos dejó el Museo de Historia Natural de Buenos Aires en 1924, continuando luego como Jefe Ad-Honorem hasta 1930. Después de esa fecha no volvió más a causa de los incidentes ocurridos en esa casa de estudios.

De regreso de aquella expedición al Chaco, don Carlos estuvo temporariamente en Buenos Aires en la casa donde Florentino Ameghino había instalado la librería y durante dicha estada hizo no pocas visitas a los "toscales del río de la Plata", habiendo podido reunir algunos fósiles de interés. Luego se trasladó a Luján para continuar desde allí las búsquedas por las barrancas del río del mismo nombre a las que recorrió una y cien veces trayendo materiales paleontológicos que fue dando a conocer sucesivamente a su hermano. En esa fecha continuaba este último desempeñando el cargo de profesor en la Universidad de Córdoba.

Con respecto a este viaje al Chaco, debo hacer una aclaración; pues la labor biográfica de D. Carlos Ameghino la había terminado yo muchos años atrás, pero inconvenientes varios no pude verla impresa. Por este motivo me adelanté en ofrecer un breve resumen a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires el que finalmente, lo di a publicidad en la Revista del Museo de Mendoza, vol. XII, pp. 155-165, 1959. Aquí figura la transcripción del Decreto-Ley del Hon. Congreso de la Nación, del 13 de setiembre de 1884 donde se proporcionan los nombres de las personas que integraban la referida Expedición al Chaco, firmada por el general Roca y Benjamín Victorica y el cual no transcribiré.

Viajes a la Patagonia Austral, 1887-1889

Antecedentes del primer viaje a Santa Cruz, 1887.

La Patagonia Austral ha sido visitada por numerosos viajeros, naturalistas, etc., que han aportado valiosos datos acerca de su geografía, geología, botánica, etnografía, etc. Pero los que la han recorrido desde el principio del siglo pasado contribuyeron aun más, particularmente para la región mediterránea, como en el caso de los datos proporcionados por d'Orbigny, Darwin y otros. Posteriormente fue visitada por Burmeister, F. P. Moreno y tantos otros más. Este último regresó de la Patagonia con la mejor buena impresión proporcionando numerosos elementos de juicios nuevos a la ciencia que acicatearon la curiosidad y deseos de otros hombres de ciencia del país y del extranjero para continuar aquellas investigaciones.

Pero recién en 1887, puede decirse, la Patagonia vuelve a recibir la presencia del entonces joven Carlos Ameghino y a éste le propor-

ciónó lo que no habían hecho todavía otros investigadores. Se hallaba entonces como empleado o naturalista viajero del Museo de La Plata y del cual era subdirector su hermano Florentino y director el Dr. F. P. Moreno.

La exploración de la Patagonia, especialmente de determinadas regiones, era ya una necesidad impostergable y esta decisión fue en parte debida a los resultados obtenidos por Moreno y a las insinuaciones de Florentino Ameghino. Este, después de haber examinado los pocos materiales fósiles procedentes de aquellos lugares, reunidos por esos naturalistas, se convenció cada vez más de sus ideas, sostenidas desde muchos años atrás, de que la región Austral no solo debía ser la cuna de los mamíferos sino también de la humanidad.

Así con esa creencia de visionario científico sugirió a su hermano Carlos para que emprendiese cuanto antes un viaje y el cual tuvo lugar desde el 25 de enero de 1887 a setiembre del mismo año (?). Partió don Carlos, de la Boca del Riachuelo con el transporte nacional "Villarino" y llegó a Carmen de Patagones el 30 de enero. El 7 de febrero salía de allí llegando el 14 a la bahía de Santa Cruz, donde desembarcó; hizo los preparativos necesarios para comenzar luego su largo viaje por tierra adentro. El 26 de febrero pasaba por Chikorkaik, donde exploró y reunió materiales paleontológicos. El 26 de marzo examinaba las "Barrancas Blancas", en procura de nuevos elementos de estudio y el 19 de abril llegaba a la Isla Pavón donde hizo otra serie de investigaciones. El 5 de mayo se dirigía hacia San Julián y el 15 del mismo mes regresaba a la gobernación de Santa Cruz. Ahora bien, la relación de este viaje fue escrita por don Carlos en diferentes cuadernos, a saber:

1º Libreta de viaje: (Fig. 4) de 108 páginas, formato 125 milímetros de alto por 75 de ancho, tapas de hule, color negro. Una parte de los escritos están redactados a tinta y lo restante a lápiz, habiendo terminado la relación del viaje comenzado por la última página o sea al revés. Contiene 14 esquemas y cortes geológicos, unos a tinta y otros a lápiz, en parte ilegibles.

En la primera página se lee "Santa Cruz, marzo 6 de 1887.

Sr. Dn. Florentino Ameghino
B. Aires.

"De regreso del interior, he tenido la suerte de encontrar fondeado en este puerto, una goleta procedente de Patagones, la cual dentro de pocos días debe hacerse a la mar con destino a Bs. As. y como desde el 24 de febrero no he vuelto a escribirte (no por falta de voluntad sino por carencia absoluta de comunicación), me apresuro a hacerlo ahora, utilizando esta preciosa oportunidad, digo preciosa, porque es verdaderamente providencial hallar en estos desiertos parajes, una embarcación que haga esta travesía fuera del Villarino el cual, por otra

parte, se hará esperar por acá probablemente hasta último de junio". Recuerda en esa primera libreta de su primer viaje a la Patagonia hallazgos de mamíferos terciarios, ofrece algunos dibujos de la dentadura;

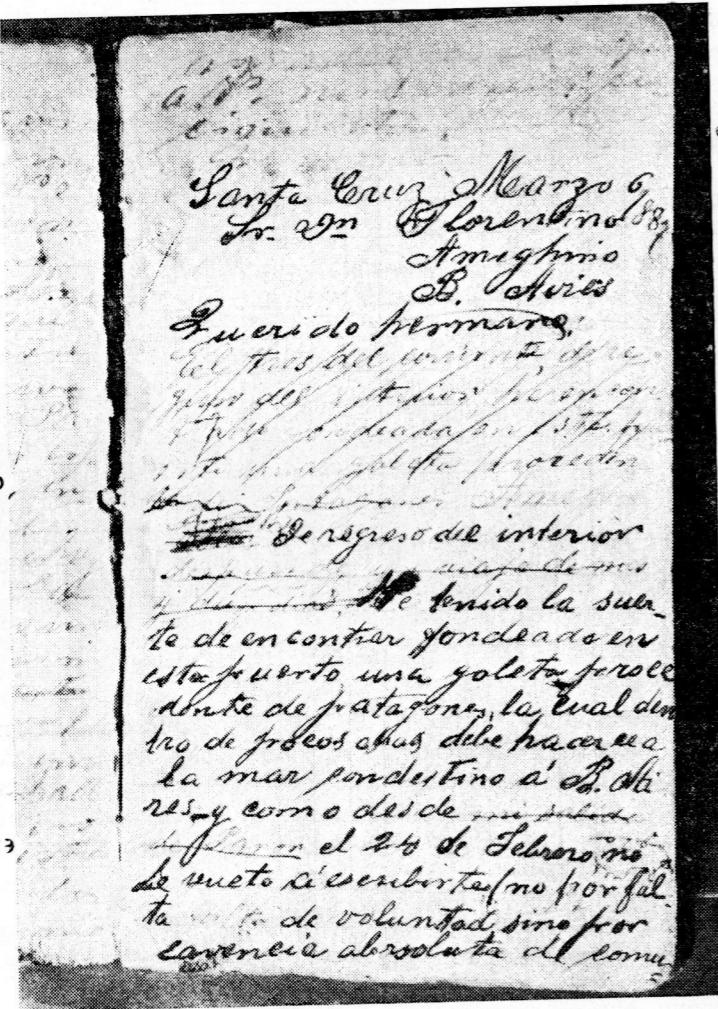


Fig. 4 — Página primera de la libreta del primer viaje a la Patagonia, realizado por el sabio Carlos Ameghino en 1887. Original de Carlos Rusconi.

examina barrancas y da detalles de sus cortes geológicos, y compara algunos animales con los de la América del Norte, etc.

En la pág. 32 se encuentra el borrador de una carta que iba a ser dirigida al señor Ataliba Alba, solicitándole un recibo de ciertos gas-

tos; y lo mismo vuelve a repetir en las páginas 33 y 34. En la siguiente siguen detalles de cortes geológicos hasta la 39. La que sigue a continuación, corresponde al final de la relación del viaje que comenzara desde la última página, esto es, la relación comprendida entre el día 20 de febrero de 1887 hasta el 11 de mayo.

2º Cuaderno de formato común, con 21 páginas escritas (contando con la contratapa posterior). Se lee en este cuaderno: "Viaje a la Patagonia austral, enero a noviembre 1887. C. A." y en la primera página aparece repetidas veces "La Plata. Diciembre 25 de 1887.

"Al señor Director del Museo de la provincia de Buenos Aires, Dr. Francisco P. Moreno".

Más adelante don Carlos describe el resultado de su primer viaje o sea una repetición de la primera libreta, y además aparecen algunas correcciones y agregados de puño y letra del Dr. F. Ameghino.

3º Cuaderno de formato común: tapa de color borra de vino, con 89 páginas escritas de puño y letra de don Carlos. En la contratapa se lee: "Diario de la exploración del río Santa Cruz" y en la página primera aparece la relación de su viaje, desde el 25 de enero de 1887, fecha en que se embarcó en el transporte Villarino, hasta el 15 de mayo donde termina su relación en página 89.

Dicho escrito está redactado con cuidado y es muy posible que tuviese la intención de darlo a publicidad. Pero de todo el contenido de la pequeña libreta más el de los dos cuadernos, solamente dio a publicidad mi maestro una relación suscinta aparecida en el vol. XI, cuadernos I y II del Boletín (5) donde agregaba una lista de las especies de mamíferos fósiles halladas en su viaje y las que eran conocidas antes del mismo. Al final de esta lista (pág. 23), existe un párrafo donde agradece a varias personas que lo han secundado en la referida misión y este fue escrito de puño y letra del Dr. F. Ameghino (según puede observarse en el cuaderno N° 2).

Por todos estos motivos y en vista de que no aparecen en el referido Boletín, sino una relación escueta del viaje, es que me mueve la necesidad de transcribirlo de acuerdo a la redacción original para que el lector pueda darse una idea más exacta del movimiento operado día a día durante ese viaje, principio efectivo de la paleontología patagónica, pero antes, haré una advertencia: pues en la página 20 del citado Boletín dice Don Carlos Ameghino:

"Frustrado nuestro último viaje, emprendimos la vuelta, llegando a la Gobernación el 15 de mayo, quedando allí en espera del buque, más a consecuencia del desgraciado naufragio del transporte Maga-

(5) Carlos Ameghino, *Exploraciones geológicas en la Patagonia, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, vol. XI, pp. 3-23, Buenos Aires. 1889.

llanes acaecido en Puerto Deseado, me vi precisado a pasar en ese puerto todo el invierno, regresando a Buenos Aires recién a mediados del mes de setiembre siguiente".

Pero el mes de setiembre debe ser un error, si se tiene en cuenta que su segundo viaje lo inició don Carlos el 17 de agosto de 1888 llegando a fines de enero de 1889 a Buenos Aires.

Además cabe aquí hacer una observación con respecto a las libretas de viajes de Don Carlos, pues durante el trayecto de su primer viaje, mi maestro tuvo la desgracia de perder una de ellas con anotaciones y numerosos datos y apuntes geológicos, como lo expresa claramente en el tercer cuaderno de su *Libro de viajes*, en el pasaje del 19 de mayo de 1887. De ello dedúcese fácilmente que don Carlos acopió datos en dos libretas, por lo menos, y de las cuales una se perdió, el 19 de mayo, y la segunda es la que poseo y recordada más arriba como "1^a libreta".

Es probable sin embargo, que después de la pérdida en cuestión haya comisionado don Carlos a alguna persona para poderla recuperar, o que durante los momentos libres, en Patagonia, o bien durante el viaje por mar se haya aplicado en reconstruir o anotar las principales observaciones que había consignado en aquella libreta perdida, pero sobre este particular nada me ha podido decir el maestro.

Con respecto al tercer documento, o sea al 3er. cuaderno relativo al "Libro de viajes", cuya descripción daré más abajo, creo útil recordar algunos de los principales pasajes donde el sabio consignó los detalles principales de su itinerario, no importa que ellos sean hallados por el lector durante la lectura del mismo libro.

FEBRERO

Día 22. — Observa los primeros indios Tehuelches, con sus rostros pintados.

Día 27. — Halla en Barrancas Blancas los primeros restos de mamíferos fósiles después de su salida de Buenos Aires.

MARZO

Día 4. — Observa por vez primera, y a la hora de la tarde, la Cordillera nevada.

Día 5. — Por la tarde alcanza a ver hacia el Oeste el Lago Argentino. Durante el mismo día descubre algunos Baguales o caballos salvajes. Continuó su marcha hacia el Oeste el día 7, comenzando su regreso el 8.

Día 10. — En la proximidad de Yaten-huagene vuelve a descubrir muchos e importantes fósiles terciarios.

Día 19. — En Segundas Barrancas Blancas levanta una magnífica colección de fósiles terciarios.

Día 25. — De regreso a Barrancas Blancas vuelve a obtener interesantes series de restos de mamíferos fósiles.

Día 30. — Comprueba en Barrancas Blancas la presencia de estratos con fósiles marinos debajo de la formación santacruceña.

ABRIL

Día 3. — Regresa a la Gobernación de Santa Cruz con un importante material fosilífero hallado en su primera jira por la margen derecha del río Santa Cruz hasta la proximidad del Lago Argentino.

Día 7. — Inicia una nueva jira hacia el Oeste pero remontando el río Santa Cruz por su margen izquierda o norte. Recién el día 14, puede cruzar el río en cuestión debido a las condiciones del mismo.

Día 30. — Descubre maderas carbonizadas (lignitos), en Barrancas Blancas pero a la margen derecha del río.

MAYO

Día 1. — Durante este día pierde una de sus libretas de viaje que tenía consignadas descripciones y cortes geológicos. Día 5. — Regresa de su segunda jira. Día 5. — El mismo día inicia su tercera jira hacia el Norte, en dirección a San Julián. Día 7. — Halla al Sud del bajo de San Julián numerosos restos de leños fósiles.

Día 8. — Recoge numerosos organismos fósiles marinos, y el 9 llega a la Gobernación de Santa Cruz, dando por terminada su tercera jira del primer viaje de 1887.

La transcripción ofrecida aquí corresponde al 3er. cuaderno mencionado más arriba a saber:

"Diario de la exploración del río Santa Cruz" (6).

Enero 25 de 1887.

"Hoy nos embarcamos en el transporte nacional Villarino y salimos a su bordo de la Boca del Riachuelo a las 12 a.m. y navegamos toda la noche.

Día 27. — Continuamos navegando; como a las 4 p.m. se divisa una costa sembrada de médanos que es el elevado Cabo Corrientes.

(6) No lleva firma de Don Carlos Ameghino, pero no hay duda de que ha sido escrito por él. Además, está redactado con párrafos cortos y casi todos a renglón aparte, pero me he permitido unirlos, por razones de espacio.

Día 28. — Hoy navegamos gran parte del día muy alejados de la costa. Apenas oscurece llegamos frente a la boca del Río Negro donde el buque fondea esperando la marea de mañana para salvar la barra.

Día 29. — Permanecemos fondeados aquí hasta la marea de las 2 p.m. con la cual franqueamos la barra y entramos en el Río Negro y navegamos en él como una legua donde fondeamos por tener que esperar la visita del médico de Sanidad. Aquí pasamos la noche.

Día 30. — (Pág. 2). El buque perdió la marea de esta mañana causa de que el médico no llegó a bordo sino después de medio día. Con la marea de la tarde remontamos el río y fondeamos en puerto del Carmen de Patagones a las 4 p.m. Día 31. — Hago hoy una pequeña excursión a las barrancas del O. del pueblo. No puedo descubrir ningún fósil pero recojo muestras de rocas y algunos insectos.

Febrero 1º. — Hace un malísimo tiempo que nos obliga a permanecer a bordo todo el día.

Día 2. — Pensaba realizar hoy una detenida exploración de las barrancas del río hasta la boca de éste que dista del pueblo unas siete leguas; pero a pesar mío véome obligado a renunciar a ello a causa de tener todos los útiles en las petacas y éstos en el fondo de la bodega del buque cubierto por una inmensa cantidad de carga siendo así imposible abrirla. Pág. 3 — Me limito a hacer un corto paseo por los alrededores recogiendo algunos insectos.

Día 3. — Esta mañana hago una exploración como una legua al E. de este pueblo y descubro sobre una barranca un paradero indio, donde recogí fragmentos de flechas, cuchillos, etc., de piedras; pero lo más curioso que en este paraje recojo son algunos trozos de gres cuadrados artificialmente, probablemente para servir como piedras de afilar. Por la tarde hago un paseo en bote a la hermosa isla de un señor Crespo en compañía del Sr. Jaca, también compañero de viaje en el Villarino que se dirige al Cabo Virgenes con objeto de dedicarse a la explotación del oro. En esta isla, donde somos muy festejados por su dueño, tenemos ocasión de probar de las excelentes frutas que ella produce. Es tal la cantidad de duraznos, peras, etc., por el suelo, que caminamos casi sobre una alfombra de frutas.

Día 4. — Practico como los días anteriores una pequeña exploración sin novedad. Pág. 4. — Empiezo a fastidiarme tener que permanecer tanto tiempo en este paraje sin elementos para hacer algo serio. Hablando hoy con el Sr. Jaca sobre la geología de los territorios por él visitados durante sus viajes por la Patagonia, me comunica que hace algunos años él encontró muchos fósiles como a unas tres leguas al E. de este pueblo en unas barrancas sobre el río Negro que se conocen por "Los tres Cerros".

Me dice que aquellos fósiles consistían en gigantescas osamentas de animales pertenecientes, probablemente, a algún Megaterio o Mastodonte. Como yo me mostrase algo incrédulo, invitóme a hacer un paseo en su compañía hasta aquel paraje con el objeto de mostrármelo. Yo, naturalmente, ante tan espontáneo ofrecimiento de su parte, acepté con gusto esta invitación prometiéndome así para mi averiguar qué había de cierto en tales afirmaciones. Esta misma tarde contratamos un bote y quedamos convenidos para mañana bien temprano.

Día 5. — Listo el bote, nos embarcamos en él y salimos a las y $\frac{1}{2}$ a.m. Nos acompaña también un compañero del Sr. Jaca y un teniente Frías que desea visitar aquellos parajes.

Llegamos a los "Tres Cerros" a las 6 a.m. e inmediatamente empezamos su ascensión. Una vez en la cumbre, el Sr. Jaca practica con un pico una pequeña excavación mostrándome inmediatamente lleno de gozo las pretendidas osamentas de Megatherio; pero grande fue mi sorpresa al presenciar que ni siquiera se trataba de huesos sino de conglomerados arenoso-calcáreos provenientes de la formación tehuelche, algunas de las cuales afectando formas caprichosas habían sido tomadas por este señor como osamenta de megaterios.

Durante el regreso, para no perder enteramente el tiempo y el viaje, visito las mesetas vecinas, donde descubro algunos paraderos indios. Recogí en estos parajes un mortero de asperón, una placa-mortero en arenisca dura, una magnífica mano de mortero y algunas bolas y fragmentos de flechas. Casi todos estos utensilios han sido fabricados con piedras que se encuentran en las vecinas barrancas del río: areniscas, rocas calcáreas dentríticas, etc.

Pág. 6. — Todavía con todo pesar de mi parte continuamos aquí. Hoy hago un paseo a Viedma del otro lado del río. Creo que por fin mañana saldremos.

Día 7. — En efecto, para dicha nuestra, esta mañana a las 8 a.m. abandonamos el puerto de Patagones; navegamos sin interrupción todo el día y la noche.

Día 8. — Hoy temprano a las 5 y $\frac{1}{2}$ llegamos al magnífico puerto de Bahía Nueva, situado como a 16 leguas al N. E. del Chubut.

Aquí el buque, tiene que esperar hasta que vangan del Chubut algunos elementos de movilidad para una comisión de ingenieros que viene a bordo y que va a practicar trabajos de mensura en aquel territorio.

Día 9. — Permanecemos todo el día en este punto. Como a medio día desencadenóse un furioso temporal que duró hasta el anochecer haciéndose así imposible bajar a tierra. Todavía no llegan del Chubut los esperados elementos para los ingenieros.

Día 10. — Seguimos aquí todavía esperando. Hoy tenía deseos de bajar a tierra, pero desgraciadamente perdí el vaporcito que debía conducirme.

Día 11. — Por fin después de dos días de espera en este puerto sin materias del Chubut, el comandante del buque con los ingenieros, resuelven hoy, desembarcar todo el material y equipaje de éstos en este paraje y seguir viaje al puerto del Chubut. En efecto, después de desembarcada toda la carga en un ballenera, sale el buque de Bahía Nueva a las 10 y ½ a.m. Como a las 6 p.m. llegamos al Chubut. Aquí se desembarcó la comisión de ingenieros y el buque siguió viaje.

Día 12. — El buque navegó todo el día. Nada de nuevo.

Pág. 8. — A las 7 y ½ de esta mañana fondeó el buque en Puerto Deseado. Aquí no pude bajar a tierra como yo deseaba por falta de tiempo. En frente de nuestro fondeadero, se ve en la costa, claramente, las minas del antiguo fuerte español que en este paraje en un tiempo se elevaba. Salimos de Deseado a las 11 a.m.

Día 14. — Esta mañana navegamos a vista de tierra a la altura de San Julián, y poco después empieza a divisar entre la bruma "Monte Entrance", hermoso cerro formado de un fragmento de meseta desagredada, y que se halla a la entrada misma del Río Santa Cruz.

Además, lejos al S. O. divísase, apenas, la alta meseta que conduce a Monte León. El buque entra, y navega en la gran Bahía y a las 12 a.m. fondeamos a unas cinco leguas arriba, frente a la casa de la Gobernación de S. Cruz.

Como a la 1 p.m. desembarcamos en este (pág. 9) puerto y en compañía del señor Eyroa y de algunos otros señores nos dirigimos a pie a la gobernación que se encuentra a unas diez cuadras de la costa instalada en la boca de un gran cañadón llamado "El Quemado".

Esta misma tarde me fue cedida por el Sr. Eyroa una pieza de la casa donde me instalé inmediatamente con sólo una parte de mi equipaje, pues lo demás a causa del apuro y confusión en el desembarque, esta tarde no se había podido encontrar, debiendo yo ir mañana temprano a bordo para recibirla.

Día 15. — Esta mañana fuéronme entregadas a bordo del Villarino dos bultos que me faltaban menos uno que no fue posible hallar y que probablemente se extravió en Bahía Nueva durante la descarga en aquel lugar de los materiales de la comisión de ingenieros. Por la tarde hago un paseo a lo largo de la bahía hacia la isla Leones, y recojo en la costa (pág. 10) muchos moluscos marinos actuales y varios otros objetos.

Esta tarde llegan a esta Gobernación dos buenos compatriotas, que tengo el honor de conocer, me refiero a Don Pedro Dufour, bien conocido y honoríficamente mencionado por todos los viajeros y exploradores que visitaron esta región, y a Don Cipriano García, igualmente conocido, por haber acompañado a casi todas las expediciones realizadas

en S. Cruz en estos últimos años. Este último Sr. supe hoy, que es el actual poseedor de la caballada del J. G. A. que debe servirme para realizar mis proyectados viajes en este territorio.

Día 16. — Hoy he comenzado la clasificación de mi equipaje, fabricación de cartuchos para escopetas, etc., etc., con objeto de tener todo pronto para el viaje que en breve debo emprender al interior del país.

Día 17. — Hoy se retira Dn. Cipriano García para su establecimiento de "Las Salinas" y quedo con él convenido, que el domingo 20, manda la tropilla del Instituto a la ribera sur del río, que es la que he elegido para realizar mi primer viaje.

Por su parte, el señor Eyroa, me promete, también, facilitarme aquí, algunos caballos, para poder yo incorporarme con el equipaje en Las Salinas, paraje que dista unas 6 leguas río arriba, de esta Gobernación. También hoy empleo gran parte del día en preparativos del viaje. Esta mañana temprano siguió viaje el Villarino con destino a los puertos del S.

Día 18. — Continuamos alistando la carga, habiendo dedicado a ello todo el día de hoy porque el 20 próximo pienso partir.

Día 19. — He terminado todos los preparativos y mañana emprenderemos viaje. Esta tarde, tengo el gusto de conocer al administrador de la Colonia, Sr. Segovia, quien me invita a pasar algunos días en su establecimiento de *Emelkaiken*, paraje sobre el río Chico, a unas 2 leguas de su confluencia, donde me dice hay ocasión de hallar fósiles a causa de las muchas barrancas desnudas que en ese paraje existen. Trataré a mi vuelta de aprovechar de este ofrecimiento, pues ahora no puedo hacerlo estando en víspera de partir.

Día 20. — No podemos salir hoy como yo había resuelto, porque no ha sido posible hallar los caballos que debían servirme para trasladarme a las Salinas. Por este motivo tengo forzosamente que postergar el viaje hasta mañana.

Día 21. — Hoy a la 1 p.m. después de despedirme del Sr. Eyroa y demás conocidos, salimos de esta Gobernación con tres cargueros que conducen nuestras provisiones. Nos acompañan un cabo de policía y el Sr. Ortiz, sargento de la misma quienes fueron comisionados por el Sr. Eyroa para conducirnos hasta las Salinas. Durante este pequeño viaje, tengo ocasión desgraciadamente de formarme una idea de las dificultades que presenta la realización de un viaje como el que voy a emprender, haciéndome prever para el futuro grandes trabajos y fatigas, a causa, sobre todo, del escaso personal que poseo, el cual se reduce a un solo hombre, pues no me ha sido posible hasta ahora a pesar de muchos esfuerzos encontrar aquí un baqueano ni siquiera un peón. La conducción de cargas en caballos me convenzo que es ahora mucho más difícil de lo que yo antes me había imaginado. Veo que se nece-

sita mucha práctica para manejar el complicado sistema de cabos que se emplea para sostener y sujetar a aquélla sobre el caballo. Pero por ahora, gracias a los individuos mencionados que nos acompañan, los cuales son prácticos en este género de trabajos, todas las dificultades se vencen y creo que llegaremos sin novedad a nuestro destino.

El camino que conduce a Las Salinas, sigue después de separarse de la Gobernación, a lo largo de la ribera del río hasta una poblacióncita situada sobre la costa como una legua río arriba que se denomina "Los Misioneros". Situada en un cañadón que baja de los cerros vecinos, y en el fondo de la cual con un hermoso manantial de agua cristalina (?) es, relativamente, buena localidad, habiendo sido hasta hace poco asiento de la Gobernación del territorio. Hoy sólo existen en este lugar, fuera de la Administración de la Colonia y de la casilla de algún colono, las abandonadas y destruidas construcciones y utensilios que formaban el establecimiento industrial que para la elaboración de aceite instalaría ahora años el Sr. Rucoud en este lugar. Imponente es esta parte de camino comprendido entre la Gobernación y Los Misioneros, limitaba su banda derecha por el río y encajonado de la izquierda por elevados cerros, corre casi siempre sobre un espeso manto de cascajo arrojado por las mareas que hasta dificulta a veces la marcha del caballo.

A partir de Los Misioneros, el camino se desvía de la costa subiendo por la nueva inclinación de un pequeño cañadón transversal, (pág. 15), la cumbre de los cerros adyacentes, hasta la llana pampa que sobre ellos se dilata. Ascendidos estos cerros, presencia la vista un triste panorama, una pampa seca y llana, sembrada de cascajo, sólo interrumpida aquí y allá por alguna raquíctica mata de incienso o de calafate. Después de unas horas de continua marcha, ya al paso y al trote, por esta pampa, sin otro accidente que el consiguiente desarreglo de alguna carga, llegamos a la casilla de un colono francés situada a corta distancia de un profundo cañadón. Aquí tengo la suerte de encontrar y contratar un peón (Ataliba Alba) que, inmediatamente se pone a mi disposición.

Hecho un corto descanso, continuamos marcha aumentando mi personal con un hombre práctico y experimentado. Descendemos por el camino al fondo del vecino cañadón y por él nos dirigimos nuevamente hacia el río. Pasado este cañadón, el camino continúa otra vez sobre la ribera.

Poco después salvamos otro cañadón en que, con (pág. 16), un manantial provisto de excelente agua. En la boca de este cañadón a corta distancia del río existe una casita habitada por un colono español (Manzano). Este paraje es llamado "Pescadores".

Por fin después de 4 largas horas de marcha ya casi rendidos de cansancio llegamos a las 5 p.m. a una casilla situada en el fondo de un cañadón casi enfrente del establecimiento "Las Salinas", de Dn. Cipriano García. Esta casilla es habitada por un excelente gaucho (Tori-bio), peón de García que se ocupa de este lado del río en el cuidado

de la hacienda. Debiendo pasar aquí la noche, descansamos, e inmediatamente entrego los caballos que el Sr. Eyroa me facilitara a los individuos que me acompañan quienes después de agradecidamente despedidos por nosotros, emprendieron el regreso esta misma tarde. Se por Toribio que la tropilla de J. todavía no ha sido aún pasada a este lado, lo que me contraría mucho, pues temo tener que perder también aquí algunos días que más tarde pueden serme preciosos.

Al oscurecer llega aquí don P. Dufour de paso para su casa en la Isla (pág. 17), Pavón y tiene la amabilidad, que no podré agradecer, de invitar a pasar en su compañía a la Isla. Ensillamos nuevamente nuestros caballos, y dejando aquí a Ataliba con encargo de recibir la tropilla, nosotros seguimos con Don P. Dufour.

Nos separan todavía de la Isla unas dos leguas. Subimos a la pampa y con objeto de llegar lo más temprano posible avanzamos casi continuamente al galope. Después de un prolongado galope llegamos a un paraje en que el camino desciende por una empinada cuesta de la meseta. Desde esta altura, puede contemplar el hermoso sur y admirar un verde y extenso valle que contrasta con la horrible aridez de las mesetas hasta ahora recorridas, y que el Sr. Dufour me indica como el mejor y más fértil retazo de campo de S. Cruz. Este campo conocido por el "Potrero" pertenece a la testamentaria del finado Piedrabuena y es ocupado actualmente por el S. Dufour.

Descendida la barranca, continuamos nuestro interrumpido galope siguiendo el camino que se dirige por el pie de la meseta (pág. 18). La noche avanza rápidamente y el Sr. Dufour desespera poder pasar de noche el canal que separa la Isla de la costa. A las 8 p.m. llegamos frente a la Isla. Reina una oscuridad completa y sólo delante de nosotros distinguimos el ancho canal que debemos cruzar para pasar a la Isla. Precedido por el Sr. Dufour, dirigimos resueltamente nuestros caballos al agua y empezamos la cruzada. Los caballos se sumergen hasta media barriga y nosotros encogiendo las piernas hacemos todo lo posible para no mojarnos; pero en algunos parajes algo más profundos, impotentes son nuestros esfuerzos y nos mojamos de cuando en cuando las rodillas. Algo mojados y bastante fatigados arribamos por fin a la deseada Isla e inmediatamente nos dirigimos a la casa que se encuentra en el centro de la parte más elevada de ésta. Aquí, amablemente atendidos, por el Sr. Dufour, pasamos agradable noche.

Día 22. — Temprano, me levanto para hacer una visita a la célebre Isla Pavón en que me hallo, la cual todavía no conozco por haber llegado de noche. (Pág. 19). La recorro en toda su extensión y en todo sentido, admirando al S. las altas mesetas que como gigantescas murallas limitan el valle por aquel lado; al N. el hermoso "Cerro de los Caracoles" y al O. el "Cerro Guanaco" y las mesetas de uno y otro lado que se desvanecen en la distancia.

La isla cuenta algo más de 15 cuadras por dos a tres de ancho y posee además alrededor muchos islotes. Es bastante alta y formada ex-

clusivamente de los aluviones acarreados por el río. Arboles no posee, pero si una exuberante vegetación de incienso, calafate, etc. En ella tiene el Sr. Dufour una regular majada de ovejas y gran cantidad de cabras. Además, en una pequeña huerta reparada de los vientos por una muralla de adobe se cultivan y cosechan las suficientes verduras y legumbres para el consumo de los habitantes. Habiendo vagado por la Isla algunas horas (pág. 20) vuelvo a la casa desde donde con el Sr. Dufour divisamos algunos indios que en la costa N. hacen señales hacia nosotros. Supe por él que aquellos indios que vienen frecuentemente a la Isla a cambiar algunos quillangos y plumas de avestruz por víveres y sobre todo por el aguardiente de que tanto gustan. Mucho me regocija la noticia, pues tendré ocasión de conocer los célebres indios Tehuelches o Patagones por cuyo territorio voy a viajar.

Inmediatamente un bote es arrojado al agua y en él embarcado el Sr. Dufour, se dirige a la costa opuesta. Llegado el bote allá, los indios se embarcan y después de algunos momentos arriba éste a la Isla. Los indios que acaban de llegar son cuatro; vienen envueltos en su inseparable quillango de piel de guanaco, y pintarrajeada la cara con variados ocres lo que les da el aspecto de verdaderos salvajes. He resuelto regresar hoy mismo a lo de Toribio, para ver si han pasado la tropilla y en caso contrario, tomar alguna medida, pues no estoy dispuesto a perder inútilmente tiempo. (Pág. 21). Por la tarde, después de despedirme y dar las gracias al Sr. Dufour, cruzo el vado y me pongo en camino.

Como a las 4 p.m. llego a lo de Toribio y con gran placer sé por Ataliba, que la tropilla ha sido pasada en las primeras horas de la mañana.

Hoy fijo la partida definitiva al interior para mañana. Hecho esto, sigo para lo del colono francés (Marcelino), donde pienso proveerme de algunos artículos que nos faltan.

Durante el regreso, siendo ya bastante oscuro, tengo la poca suerte de extraviarme en el intrincado laberinto de cañadones, médanos y matorrales que esta parte del camino se encuentran; pero, felizmente, después de algunas idas y venidas y más bien que otra cosa por efecto de la casualidad, consigo dar con la casilla perdida. Aquí paso la noche.

Día 23. — Esta mañana después de arreglada la carga (pág. 22) ordeno a Ataliba de traer la tropilla para tomar caballos.

Es traída y encerrada en el corral. Esta tropilla consta de 20 animales, contando también la yegua madrina. Los caballos están en bastante buen estado; pero sólo son utilizados ocho de ellos, porque uno es sumamente arisco. Amarrados cinco caballos, procedemos a la carga, la cual ocupa tres exclusivamente. Los dos restantes son destinados a ensillar, uno para mí y el otro para Francisco; Ataliba tiene uno de su propiedad. Así es que sólo nos quedan de repuesto cuatro caballos, contando también el chúcaro, cuando el mínimo, deberían ser seis. En

estas condiciones, creo que el viaje será difícil y prever la necesidad de suprimir en camino alguna carga. Salimos de aquí a las 2 p.m.

Durante la marcha, experimentamos varios percances inherentes a los principios de todo viaje; uno de los cargueros, tal vez no habituado a este género de trabajo hecha a correr espantado de la propia carga y cortando las cuerdas que las sujetan, siembra en su furia con los despojos de aquélla, una parte del camino. Con toda paciencia nos dedicamos a recoger la esparcida carga que, siendo casi toda de víveres, constituye la parte más esencial de nuestro equipaje. Llegamos a la bajada del camino en el Potrero, y aquí en el descenso de la ladera, se reproducen contratiempos semejantes al anterior; las cuerdas se aflojan y las cargas se ladean, necesitando nosotros hacer todos los esfuerzos imaginables para evitar tal vez serias y desagradables consecuencias. Pasamos frente a Pavón, y no cruzo a ella ahora porque quiero hacerlo después de alojados para tener tiempo de comprar allí algunos artículos que todavía necesito. A la puesta del sol alojamos en un paraje a algo más de una legua arriba de la Isla, frente a la casilla del colono Dn. Gregorio Ibáñez. He resuelto parar aquí para que Ataliba pueda pasar al otro lado a reclamar un perro de su propiedad que dice tiene en lo de Ibáñez. Un perro bueno de caza en estos campos es la vida asegurada. Hemos instalado nuestro alojamiento en el reparo de una gran mata de incienso. (Pág. 24). Ataliba acaba de cruzar a la costa norte en el bote de Ibáñez, que en este momento se ocupa de pasar a este lado algunos de indios Tehuelches.

Yo, después de concluida nuestra pobre cena, me acuesto en una cavidad que he practicado entre el espeso ramaje del incienso al reparo de un fuerte viento andino. Es esta la primera noche que voy a pasar al aire libre.

Está helando fuertemente y como no tengo quillango, que es el abrigo indispensable en esta región, paso una horrible noche, sin poder conciliar el sueño un momento. Más de una vez aterido de frío, me he visto obligado a levantarme y encender fuego para calentarme. Estoy esperando impaciente, el día, que debe poner fin a este verdadero martirio.

Día 24. — Dispuesto, a no experimentar en adelante una noche como la transcurrida, dejo el alojamiento al ciudad de Francisco y temprano tomo el camino de la Isla, donde debo de proveerme de un buen quillango. Acabo de llegar a la Isla Pavón por segunda vez, donde nuevamente soy objeto de las finas e inmerecidas distinciones de su noble dueño el Sr. Dufour. Aquí dedico parte del día en la redacción de mi íntima correspondencia (pág. 25), antes de internarme en el país y en proveerme de lo que todavía me falta. Por la tarde, después de despedirme del Sr. Dufour, regreso a nuestro alojamiento. Llegado, resuelvo suspender la partida hasta mañana, porque Ataliba todavía no ha regresado, y sobre todo por ser ya bastante tarde.

Al anochecer regresa Ataliba trayendo su perro. Como todavía no tenemos carne, me veo obligado a cambiar con los indios una pequeña cantidad de galleta por algunas lonjas de charqui con lo que preparamos nuestra modesta cena. Después cada cual prepara su nido al reparo de la mata y nos acostamos. Yo, más feliz que anoché, tapado ahorra con mi flamante capa de guanaco, paso agradable noche. Es increíble la utilidad de esta cubierta, que, además de ser un incomparable abrigo, siendo también impermeable, hace las veces de carpas.

Día 25. — Hoy empezamos el viaje que debe llevarnos a las regiones superiores del río Santa Cruz. Ensillamos y salimos de este paraje a las 10 a.m. Caminamos casi siempre orillando la costa del (pág. 26), río o al pie de las mesetas, para tener ocasión de observar los cortes naturales de estos terrenos. Este camino se hace sumamente engoroso a causa de los numerosos cañadones y quebradas que a cada paso se encuentran.

Por la tarde, pasamos frente a la bajada de las Chinas, formadas en el lado S. por un hermoso conjunto de cerros y quebradas. Durante todo este trayecto, no hemos tenido todavía suerte de encontrar un solo guanaco o aveSTRUZ. Toda esta región, hasta un paraje llamado Chikrokaiken, donde hoy nosotros debemos alcanzar, es recorrida incesantemente por el cazador tehuelche, que hace una guerra sin tregua a tan útiles animales. A las 4 y ½ alojamos sin novedad en el paradero indio de Chikrokaiken, situado sobre el río a unas 6 leguas al O. de Pavón. Existen aquí buenos pastos para los caballos y abrigadas matas en que instalarnos nuestro alojamiento. Después de alojados, corremos una pequeña tropilla de guanacos que pastaban tranquilamente en un profundo cañadón vecino, pero sin resultado. Estos animales son muy ariscos porque la (pág. 27), mayor parte, parece, son ya evadidos de los moríferos cercos que los indios para cazarlos, les forman. Es una pequeña bahía que el río forma en el cañadón referido, cazamos con la escopeta un par de patos que destinamos a nuestra escasa cena de esta tarde; después de ésta, cada cual busca al pie de alguna mata un abrigo para acostarse y pasar la noche.

Día 26. — Esta mañana apenas salido el sol ordeno ensillar y nos ponemos en marcha. Bien pronto ganamos el próximo cañadón que se interna en sentido algo paralelo al curso del río, y por el fondo de él marchamos. Este modo de viajar a lo largo de los cañadones, es aquí muy conocido y bastante ventajoso; se camina así, casi siempre, al abrigo de los vientos que son en este país tan frecuentes e impetuosos. Además siendo el piso de estos cañadones bastante llano y blando, se evitan así los continuos accidentes del terreno y los ásperos pisos de rodrados que ofrecen durante la marcha estas llanuras, y que tan temidos son para los caballos. Durante nuestro pasaje por este cañadón tengo ocasión de visitar (pág. 28), algunas barrancas denudadas que de cuando en cuando en él se ve. La mayor parte son constituidas de estratos

verdosos, rojizos y azulados, con los fósiles característicos de la formación patagónica (ostras, etc.). Hasta ahora y a pesar de mis esfuerzos no he podido descubrir en estos vestigios fósiles de animales terrestres; pero si algunos restos de peces.

Vemos numerosas tropillas de guanacos, pero todavía suficientemente ariscos para que no podamos cazar alguno. Adoptando el telégrafo indio, hacemos por la tarde grandes humos en el camino, para señalar nuestra marcha a los conocidos de la Colonia. Estos humos se producen incendiando los inmensos matorrales de mata negra, planta que a veces, dicen, se distinguen desde veinte y treinta leguas de distancia. Creo que hoy, si no experimentamos contratiempos, llegaremos a un paraje llamado "Barrancas Blancas" donde dicen existen inmensas barrancas blanquizca denudadas.

Poco antes de ponerse el sol alcanzamos (pág. 29), las últimas ramifications del cañadón y subimos a la pampa. Desde aquí divisamos el gran bajo del río, pero mucho más retirado de lo que yo me había imaginado nos condujera el cañadón que acabamos de abandonar.

Tomando las puntas de otro cañadón, continuamos hacia el río, donde desespero llegar hoy porque la noche avanza rápidamente. Concluido este cañadón cruzamos una pequeña llanura, y bajando al oscurecer algunos escalones de la meseta llegamos a una pampa extensa que también debemos cruzar para llegar al río. Acá ordeno a Ataliba de adelantarse hacia el río en busca de un alojamiento indicándonos a su paso el camino por medio de fuegos. Yo y Francisco continuamos arreando la tropilla y los cargueros.

La noche ha llegado, y nosotros nos guiamos siguiendo los fuegos que conforme a mis instrucciones Ataliba va encendiendo en el camino. Muchos de estos en el espacio de una hora pasamos y dejamos a nuestras espaldas, pero otros nuevos adelante y lejos de nosotros se reproducen, cuando contento creímos haber llegado al borde del anhelado río. (Pág. 30). Ya rendidos de fatiga, desfilamos silenciosos ante estas inmensas hogueras que la imaginación inquieta nos presenta como infernales augurios, y a través de cuya deslumbrante claridad creemos a cada instante vislumbrar el río, fin de nuestros sufrimientos. Por fin, después de dos horas de incesante marcha, llegamos con los caballos ya cansados y sedientos, al último fuego que arde precisamente en el borde del torrentoso río, pero a Ataliba aquí no se le ve, y a pesar de nuestras llamadas de pito y repetidos disparos de fusil, él no aparece, y sólo responde el eco fatídico en los cerros y barrancas vecinas. Mucho de lúgubre y fantástico tiene para mí estos momentos el paraje; alumbrados por un incendio que por momentos adquiere proporciones, amenazando encender con sus llamas toda la llanura, por otra parte también, mucho me preocupa la inexplicable desaparición de Ataliba, quizás extraviado en este desconocido país. Tenemos que hacer increíbles esfuerzos para impedir que los pobres caballos acosados por la sed se precipiten al río, el cual aquí lo limitan barrancas labradas a pique. En

un pequeño bajo descargamos y desensillamos (pág. 31) los caballos, amarrando cuidadosamente dos de éstos como seguridad en previsión de cualquier cosa.

Podemos, enseguida, con mucho trabajo a pesar de la completa oscuridad obtener en el río el agua suficiente para apagar nuestra ardiente sed, y haciendo con nuestro equipaje una especie de muralla para ampararnos del frío viento que empieza a soplar, tendemos nuestros quillangos, no con intención de dormir sino de descansar un poco nuestro dolorido cuerpo. Pasamos terrible noche, desvelados por los pensamientos, el sordo murmullo del río y por el gigantesco incendio que aumenta más y más invadirnos. Felizmente, hacia media noche, tal vez por efecto del rocío, el fuego se apaga y yo puedo conciliar un tanto mi sueño.

Día 27. — Anoche sin saberlo, habíamos llegado muy cerca de "Barrancas Blancas", pues esta mañana las vemos desde quí a corta distancia al S. O. Colosales barrancas, inmensos castillos arruinados, figuran aquellas enormes barrancas blanquizcas, (pág. 32), denudadas por la poderosa erosión de las aguas provenientes del deshielo de las nieves acumuladas durante los inviernos en sus cúspides y flancos. Estas barrancas que, desde el lugar que ocupamos nosotros se ven casi de frente ocupan una extensión de quince a veinte cuadras y alcanzan tal vez una altura de setenta a ochenta metros. En este momento, dirigiéndome al río a tomar un poco de agua, veo a Ataliba que se dispone a montar a caballo para salir a nuestro encuentro. Me dice que anoche cuando llegó aquí, y después de prender el último fuego habiéndose sentado a esperarnos al pie de una mata había sido involuntariamente dominado por el sueño, siendo esa la causa de su desaparición que tanto me preocupó. Tomando un poco de café con algunas galletas, hago ensillar y cargar, porque hoy mismo quiero llegar a Barrancas Blancas para dedicarme a su exploración. Temprano salimos y caminamos orillando el río, pero, llega un momento en que es necesario desviarse de esta carretera, de que el río en cierto lugar toma la extremidad E. de las "Barrancas Blancas" dejando solamente un desfiladero impracticable. Aquí ascendiendo la meseta por una falda tapizada de gruesos rodrados, hubimos casi de experimentar un fatal accidente; una de las cargas, aflojadas, se inclina hacia el río y el pobre animal arrastrado por el peso, vacila, y gracias a nuestro oportuno auxilio salvase milagrosamente de estrellarse en el fondo del río aquí erizado de piedras.

Hemos ascendido la elevada meseta y por ella ahora nos dirigimos a ganar la extremidad opuesta de las barrancas. Llegamos, y aquí es forzoso descender nuevamente, pero los pobres caballos ya escarmientados, a la vista del abismo y de la abrupta pendiente dan vuelta y se resisten a descender. Es necesario, para resolverlos, que los acosemos a pedradas, bajo cuya influencia, solamente, obedecen. Indescriptibles trabajos nos cuesta esta bajada, pero felizmente fuera de algún ligero golpe, nada tenemos que lamentar.

Inmediatamente nos dirigimos al río, que corre (pág. 34), a unas diez cuadras de las barrancas, e instalamos nuestro alojamiento sobre una pequeña y hermosa bahía entrante que el río forma, al pie de grandes matas de incienso. Después de un ligero almuerzo, hago una visita a las barrancas más próximas. Caminando por sus flancos denudados tengo la suerte de descubrir algunos interesantes restos de animales fósiles, los primeros de naturaleza terrestre que en este viaje recojo. En los duros estratos de un pequeño cerrillo desagregado de la gran barranca, recojo numerosos tubérculos de la coraza de un *Hoplohorus* (7) algunas porciones de la cabeza de un pequeño edentado, de la familia de los megaterios, dientes de animales parecidos al *Toxodon*, fragmentos de coraza de *Clamydotherium* y *Eutatus*, dientes y mandíbulas de distintos roedores, etc., etc. Inmensa es la satisfacción que experimento al ser poseedor de tan interesantes objetos. Lleno de gozo, me encamino al alojamiento, olvidando momentáneamente las fatigas y trabajos pasados, a arrostrar otros tal vez más serios en el futuro. Por la noche tendemos nuestro quillango en el abrigo que cada uno se ha preparado de antemano, y yo paso agradable noche entregado a las reflexiones de mis felices descubrimientos de este día.

Día 28. — En vista de los espléndidos resultados obtenidos ayer en la exploración de estas barrancas he resuelto dedicar también a ellas el día de hoy. Visito toda la mitad derecha de las barrancas con igual brillante resultado. El más interesante descubrimiento que he hecho hoy, consiste en una cabeza de *Protoxodon* que encontré completa en el primer tercio inferior, más o menos, de la barranca, pero desgraciadamente en tal mal estado que solo me fue dado salvar algunas porciones de dentadura.

He recogido hoy los primeros restos de *marsupiales* cuya presencia en esta formación fue primeramente denunciada por el Dr. Moreno en su viaje por esta región. La noche la pasamos alegremente en nuestras primitivas viviendas ahuecadas en el ramaje de las matas.

Marzo 1º. — Entusiasmado por el éxito de mis primeras exploraciones las continúo hoy con mayor ahínco y resolución. Sigo escudriñando este rico e interesante yacimiento y aparte de multitud de piezas repetidas recojo hoy los primeros restos de pequeños toxodontidos igualmente revelados en estos terrenos por el Dr. Moreno, que de ellos dio a conocer dos curiosas formas (*Interatherium*, *Toxodontophaenus*). También recojo hoy por primera vez algunas placas de coraza de un pequeño armadillo más o menos, de la talla del actual *Dasypus minutus*, que todavía no ha sido indicado en estos terrenos. Regreso temprano al alojamiento porque he resuelto abandonar mañana mismo este paraje y continuar

(7) Los nombres científicos en versalita son de C. R.

nuestro interrumpido viaje hacia el Lago, antes que la estación de las nieves sobrevenga, durante la cual (pág. 37), sería locura ei intentarlo.

Empleo la tarde en el arreglo de las colecciones formadas, y entierro la porción más pesada al pie da una mata para recogerla al regreso. Sólo llevo conmigo las piezas más pequeñas e interesantes para mayor seguridad. Ataliba habiéndose dedicado esta tarde a la pesca con el anzuelo consigue algunas hermosas truchas que son ventajosamente aprovechadas en la preparación de nuestra cena que se enriquece así con un apreciable e incomparable contingente.

Día 2. — Temprano he ordenado recoger la tropilla y ensillar y a las 8 a. m. abandonamos este feliz alojamiento, no sin cierto sentimiento de nuestra parte originado sobre todo por la incertidumbre del porvenir.

Caminamos siempre por el valle del río, a medida que avanzamos, vemos desvanecerse paulatinamente en el horizonte las inmensas "Barrancas Blancas". Tenemos la suerte de cazar con el perro un guanaco que Ataliba encontró pastando entre algunos cerros en este recodo del camino y con el cual aseguramos providencialmente el avituallamiento de parte de nuestro viaje. El país se presenta cada vez más triste y solitario. Las Barrancas blancas han desaparecido ya de nuestra vista, y solo se ven en aquella dirección algunos áridos cerros interpuestos por efecto de nuestros rodeos durante la marcha. Como a las 5 p. m. alojamos en el ángulo de una gran vuelta que el río produce viiniendo de S. a N. para después dirigirse al E. Aquí en el fondo de esta inmensa vuelta, tenemos a la vista un sistema de barrancas denudadas de fisonomía muy semejante a las que acabamos de dejar, y que para recordar más en analogía llamo "Segundas Barrancas blancas".

Instalados al pie de abrigadas matas de incienso y alimentados con excelentes bifes del guanaco cazado, pasamos magnífica noche. (Pág. 39). A las 8 a. m. levantamos campamento y seguimos viaje. Como el trecho comprendido entre esta gran vuelta es sumamente accidentado, no permitiendo el tránsito sin serio peligro, resuelvo ganar la meseta.

Mientras Ataliba y Francisco siguen con la tropilla hacia la meseta, yo aprovecho para llenar una ligera visita a las barrancas de la vuelta. Cruzando profundos y traidores cañadones, consigo llegar a los primeros cerrillos denudados, y aquí mis investigaciones se dirigen a la busca de fósiles, con tan buen éxito que a juzgar por las numerosas piezas recogidas en el escaso tiempo de que dispongo, estas barrancas deben ser inmensamente ricas en objetos de esta naturaleza. Aquí recojo los primeros restos del gigantesco y curioso paquidermo *Astrapotherium*, también descubierto por el Dr. Moreno.

Muy difícil hubiérame sido orientarme a través de este mare-magnum de cerrillos y cañadones en mi regreso, a no haber sido el buen tino de mis hombres en hacerme algunos humos a su paso; únicamente guiados por éstos, después de una fatigosa travesía de casi una hora hémme incorporado a mi caravana. A la vuelta del viaje si dospongo del suficiente

tiempo me detendré algunos días en estas barrancas. En este momento, 4 p. m. al intentar descender la meseta para recostarnos nos acercamos al río en busca de alojamiento donde pasar la noche, tenemos la suerte de descubrir en las faldas de estos cerros un magnífico manantial cubierto de abundante pasto que nos evita así algunas decenas de cuadras que todavía nos separan del río.

El alojamiento, es aquí instalado como de costumbre al pie de la utilísima mata de incienso, que además del abrigo, suministra excelente combustible. Los caballos esta noche, a la inversa de las demás, poco o ningún trabajo nos ocasionan, debido al abundante alimento que este paraje les brinda. Después de nuestra humilde cena de guanaco nos acostamos envueltos en nuestros quillangos sobre el mullido césped, y pasamos una noche perfectamente tranquila.

Día 4. — Temprano continuamos marcha. Hemos adoptado definitivamente el camino de la meseta como más expedito y menos accidentado; el único inconveniente que presenta es, llevarnos siempre algo alejado del río; pero no desesperamos de encontrar a nuestro paso manantiales como el abandonado que nos hospeden por la noche. En la tarde de este día aparecen y contemplamos por primera vez las cordilleras en el lejano horizonte del O. Inexplicable es la sensación que en nosotros produce la vista de aquellos severos e imponentes picos cubiertos de esplendente espejo de nieves. A las 4½ p. m. nuestro alojamiento se instala sobre una pequeña lagunita que una feliz casualidad nos ha mostrado en el camino.

Acabamos de llegar al principio de la triste y desolada región de los basaltos. Nuestro paradero está rodeado de negras murallas de esta sustancia que tienen algunos parajes, alcanza, probablemente hasta 20 metros de espesor. Enormes fragmentos, en lejanas épocas desprendidas, han rodado y se ven hoy reposar sepultados en la cuenca de esta pequeña laguna. Sobre la pequeña ribera crecen magníficos pastos con lo que los caballos se regalan a gusto.

Recorriendo al anochecer las estrechas e impresionantes gargantas basálticas de los alrededores, descubro rastros frescos y evidentes de pulmas, lo que nos hace desplegar muchas preocupaciones para evitar algún desagradable accidente a nuestra tropilla. Temibles son estos animales, que, con frecuencia, espantan las caballadas, las cuales a su sola vista huyen asoradas, haciendo peligrar así en los desiertos al viajero desprevenido. En previsión de lo que pudiera suceder amarramos algunos caballos y durante la noche redoblamos la vigilancia. La noche transcurrió para nosotros bastante incómoda a causa sobre todo de la ausencia de matas en este lugar donde poder abrigarse del crudo viento que empieza a azotarnos.

Día 5. — Temprano hago ensillar y a las 7,35 a. m. abandonamos este paradero para proseguir con nuevo brio nuestro viaje, reanimados ahora a la vista de la majestuosa cordillera. Desde aquí seguimos una

quebrada, desagüe de esta lagunita que se dirige al N. O. amuralladas de colosales basaltos sobre los que se ciernen tristemente multitud de cóndores y en cuyas numerosas y oscuras grutas habitan legiones de pumas sanguinarios que huyen a nuestra aproximación. El fondo de esta quebrada es ocupado por una cadena poco interrumpida de hermosas y cristalinas lagunitas de agua dulce, que son frecuentadas de multitud de patos y avutardas.

Concluída la quebrada, la cual hemos encontrado que después de un curso de un par de leguas se desvanece insensiblemente entre algunas inmensas gargantas y despeñaderos basálticos, entramos en una llanura cubierta de rígidos y angulosos fragmentos de basaltos desgregados que maltratan horriblemente a nuestros pobres caballos hasta el punto de presentar los basos lastimosamente ensangrentados. Esta desgraciada travesía, se prolonga más de lo regular, y nuestros pobres caballos extenuados empiezan (pág. 44) a resistirse a adelantar. Indescriptibles son los sufrimientos que esta infernal región, secundada de un frío viento del O. nos augura.

Felizmente, después de largas y largas horas de peregrinación por esta inhóspitalaria comarca, cruzando en dirección al N. una cadena de negros cerros basálticos, llegamos para dicha nuestra a un cañadón en cuya margen el abominable basalto cesa, como por encanto, extendiéndose delante de nosotros, hacia el N. la llanura cubierta solo de los habituales rodados patagónicos. Dirigiéndonos hacia el río descubrimos inmensos pastizales y vemos numerosos rebaños de guanacos que al aproximarnos, poco temor manifiestan, estando bien lejos de ser tan ariscos como los que hasta ahora hemos encontrado. Con pocos esfuerzos nos apoderamos de uno, que destinamos a nuestra ya escasa provisión de carne. La majestuosa cordillera, a medida que avanzamos, se presenta en el horizonte cada vez más definida. Empiezo a observar esta tarde los primeros bloques erráticos, algunos de los cuales presentan colosales proporciones (pág. 45). Hacia las 5½ llegamos al borde de una elevadísima meseta, desde donde divisamos el magnífico S. Cruz, que en el fondo del valle como un hilo de plata, caprichoso serpentea, y más lejos al O. un mar interior: el hermoso Lago Argentino.

Muy satisfecho con el final de esta azorosa jornada, ordeno a Ataliba buscar en la falda de la meseta algún manantial donde alojar. Yo permanezco aquí contemplando extasiado el grandioso panorama de la helada cordillera, y aquel majestuoso anfiteatro de montañas que circundan al grandioso lago. Algunos caballos salvajes (baguales), vagan libremente por estas inmensas soledades. Ha transcurrido casi una hora desde que Ataliba se separó, y todavía no regresa. La noche avanza y dentro de poco quedamos envueltos en la oscuridad sin haber tal vez encontrado un lugar apropiado para pasar la noche. Pretender arribar al río sería inútil, porque éste se halla todavía por lo menos a un par de leguas de nosotros, y por otra parte, los extenuados caballos no darán más.

Recordamos que a la venida habíamos observado una lagunita como a cinco cuadras antes de llegar a este paraje, que bien podría suministrarnos para esta noche agua necesaria, sin pérdida de tiempo nos dirigimos allá con la tropilla. Llegamos, nos encontramos con un charco de agua cenagosa, pero no habiendo otra es necesario aceptar. Desensillamos y descargamos al borde de este chaquito haciendo con el equipaje un parapeto para repararnos un poco del helado viento que baja de la cordillera, pues aquí no hay una sola mata que pueda suministrar abrigo. Ataliba llega ya de noche, cansado y con la noticia de no haber podido encontrar aguada, y lo que es peor sin traer el guanaco hoy cazado que él llevaba en los tientos, el cual me dice, vióse obligado a arrojarlo al subir la gran meseta para aligerar el caballo que rendido no adelantaba más.

En este paraje, en que no existen matas y por consiguiente leña, tenemos la suerte de descubrir una pequeña leguminosa espinosa que arde verde perfectamente, y con la que hacemos el fuego. Esta pequeña mata crece con profusión en toda la pampa alta de esta región. Nuestra cena se reduce a algunos miserables residuos del antiguo guanaco. Aquí pasamos una noche poco envidiable, primero azotados por un mortífero viento del S. O. y más tarde bajo el intenso frío de una fuerte helada que a la madrugada se manifiesta.

Día 6. — Ensillamos y a las 8 a. m. emprendemos nuestra marcha avanzando al O. por la falda de la meseta y descendiendo insensiblemente al fondo del valle. Algunas barrancas denudadas se divisan lejos en aquella dirección que hoy mismo deseó alcanzar. El camino se hace sumamente accidentado y los bloques erráticos se multiplican más y más adquiriendo cada vez mayores proporciones y constituyendo en ciertos momentos verdaderos obstáculos para la marcha. Además los caballos, no habituados a esta clase de caminos con frecuencia se espantan en presencia de un colosal trozo de basalto o de granito y hechan a disparar. Como a las 3 p. m. poco antes de las barrancas denudadas, penetramos en un cañadón que se interna al S. y donde encontramos espléndidos pastizales verdes que en parte a media barriga alcanza a los caballos. Avanzando hacia el fondo del cañadón encontramos también un magnífico manantial. En este espléndido paraje alojamos, en el que resuelvo permanecer todo la mañana para dar algún descanso a los maltratados caballos y explorar al mismo tiempo las próximas barrancas.

Nos instalamos al reparo de una gran mata de calafate que todavía conserva una que otra de las excelentes frutas que anualmente produce y cuya excelencia tenemos ocasión de justificar. A pocos pasos de nuestro alojamiento se ve un enorme bloque errático, quizás el mayor que hasta ahora he observado; es un colosal trozo de dura cuarcita perfectamente alisado y suavizado tal vez por el prolongado roce de los hielos, que yace sepultado por la base en los aluviones acarreados por el cañadón.

Día 7. — Amanece un día terriblemente frío y ventoso, tanto que hay momentos en que es imposible mantenerse a caballo. Paso gran parte del día explorando las barrancas vecinas, atormentado continuamente por el frío y el viento a los cuales por la tarde se agrega la nieve. Recojo algunos fósiles pero casi todos idénticos a los colecciónados en el curso inferior. El fósil más interesante hoy descubiertos, es una mandíbula inferior de un toxodontido de las proporciones del Tipoterio, pero que se hallaba en tal estado, que a pesar de todas las precauciones, no pude salvar más que fragmentos de dientes. Al regreso al alojamiento, subo a la meseta para presenciar nuevamente el Lago, ahora más próximo; pero ésta está bien lejos de presentar el bonancible aspecto de ayer; esta tarde participa del mal tiempo, y en el momento en que lo contemplo, es agitado por una espantosa tempestad. Veo claramente el rodar y estrellarse de las olas en la playa de aquel pequeño mar andino enfurecido. Al caer la noche la nieve arrecia, y nos obliga por primera vez a armar la lona a guisa de carpas.

Una noche espantosa transcurre para nosotros, mojados ateridos de frío y obligados incesantemente a desembarazar la lona de la nieve que sobre ella se acumula, para evitar el consiguiente aplastamiento.

Día 8. — En vista de que la temible estación de las nieves ha llegado, y que en ella no es prudente aventurarse más adelante, careciendo de una buena carpeta, resuelvo empezar hoy mismo el descenso y aproximarnos a las regiones inferiores más benignas. No podemos marchar muy temprano a causa de la abundante nieve que cubre el suelo. Recién a las 10½ a. m. conseguimos ensillar y ponernos en camino. Hemos tomado el valle y por entre cañadones colosales marchamos paralelamente y a regular distancia del río. A las 5 p. m. alojamos en un paraje en que el río produciendo una gran vuelta hacia el S. se dilata considerablemente y forma enormes remansos que semejan inmensas lagunas. En puntos de estos remansos en que la corriente tiene mayor influencia, vense barrancas a pique, elevadas de 40 a 50 metros, que mañana pienso visitar. Existe aquí un bosque de incienso que nos suministran leña en abundancia y abrigo incomparable. La carne se nos ha concluido, pero comemos algunas excelentes tortas cocidas al resollo, y después nos acostamos, pasando una noche bastante tranquila.

Día 9. — Por la mañana visito las barrancas, pero fuera de algunos fósiles marinos rodados, que bien pueden ser traídos aquí desde más arriba, no consigo descubrir en ellas fósil ninguno. Sólo recojo algunas muestras geológicas, entre las cuales una, bastante curiosa, consiste en cierta masa esférica de naturaleza calcárea finamente estratificada y hendible.

Estos terrenos creo, son de formación marina, poseen una perfecta estratificación horizontal y son constituidas de arcilla blanquecina.

Esta noche la pasamos algo más intranquilos que la transcurrida a causa de los pumas, que parecen perseguir a nuestros caballos.

Día 10. — A las 8 a. m. salimos de este lugar y cortando hacia el río descubrimos a medio día otras grandes barrancas de la misma naturaleza que las que esta mañana dejamos. Aquí Ataliba, corre y da caza a un avestruz, que nos viene perfectamente; pues hace cuatro días que no probamos carne.

A las 3 p. m. pasamos frente a otras inmensas barrancas denudadas que en el lado Norte ostentan hermosas fajas amarillas, blancas y grises. Estas barrancas y todas las mesetas que continúan hacia el E. se muestran coronadas de negra y espesa franja de basaltos que entristece la comarca. Poco después llegamos a un paraje en que el río hace una inmensa y brusca curva descendiendo casi en ángulo recto de N. a S. para después desviarse otra vez al E. Por lo que puedo consultar, este es el paraje que los indios llaman Yaten-huageno, en cuyas inmediaciones ellos conocen un vado para cruzar el río (Pág. 53). Me han dicho los indios que del otro lado del río, no lejos de este paraje, existen en el fondo de la costa quebrada, piedras cubiertas de signos pintados para ellos ininteligibles, de donde le viene el nombre de Jaten-huageno, que en tehuelche significa: "piedras Pintadas".

En el fondo precisamente de la gran vuelta, se ven algunas colosales barrancas denudadas que semejan inmensas fortificaciones. A las 5½ p. m. alojamos a unas 10 cuadras de estas barrancas sobre una pequeña bahía provista de abundantes matas. En el norte vemos grandes humos que hace ya algunos días se vienen reproduciendo, y que, probablemente son encendidos por los indios cazadores de río Chico.

Día 11. — Temprano me he dirigido a las barrancas y he empezado mi trabajo con completo éxito. Colección numerosos fósiles de Toxodontidos, roedores, edentados etc. y descubro ya tarde un cráneo completo de un pequeño toxodontido que por hallarse envuelto en una roca muy dura dejo su extracción para mañana. Regreso perfectamente satisfecho al alojamiento cargado de fósiles y empleo parte de la tarde y de la noche en su arreglo y empaquetamiento.

Día 12. — Provisto de escoplos y martillos me encamino aun más temprano que ayer a las barrancas a exhumar el magnífico cráneo descubierto. Consigo extraerlo en bastante buen estado pero imposible es formarse idea del inmenso trabajo que para conseguirlo me costó; la arena levantada por un viento que soplaban con fuerza produciendo multitud de remolinos me enceguecía los ojos y nubes de jejenes ávidos de sangrarme me incomodaban horriblemente. Tres horas de rudo trabajo y luchando con estos pequeños pero terribles enemigos fueron necesarios para su extracción.

Tengo la suerte de encontrar también, algunas porciones de la cabeza del gigantesco *Astrapotherium*. Estando ya de regreso aparecen de improviso en nuestro alojamiento como a las tres p. m., dos individuos a caballos que al principio nos infundieron alguna desconfianza;

Día 7. — Amanece un día terriblemente frío y ventoso, tanto que hay momentos en que es imposible mantenerse a caballo. Paso gran parte del día explorando las barrancas vecinas, atormentado continuamente por el frío y el viento a los cuales por la tarde se agrega la nieve. Recojo algunos fósiles pero casi todos idénticos a los colecciónados en el curso inferior. El fósil más interesante hoy descubiertos, es una mandíbula inferior de un toxodontido de las proporciones del Tipoterio, pero que se hallaba en tal estado, que a pesar de todas las precauciones, no pude salvar más que fragmentos de dientes. Al regreso al alojamiento, subo a la meseta para presenciar nuevamente el Lago, ahora más próximo; pero ésta está bien lejos de presentar el bonancible aspecto de ayer; esta tarde participa del mal tiempo, y en el momento en que lo contemplo, es agitado por una espantosa tempestad. Veo claramente el rodar y estrellarse de las olas en la playa de aquel pequeño mar andino enfurecido. Al caer la noche la nieve arrecia, y nos obliga por primera vez a armar la lona a guisa de carpas.

Una noche espantosa transcurre para nosotros, mojados ateridos de frío y obligados incesantemente a desembarazar la lona de la nieve que sobre ella se acumula, para evitar el consiguiente aplastamiento.

Día 8. — En vista de que la temible estación de las nieves ha llegado, y que en ella no es prudente aventurarse más adelante, careciendo de una buena carpeta, resuelvo empezar hoy mismo el descenso y aproximarnos a las regiones inferiores más benignas. No podemos marchar muy temprano a causa de la abundante nieve que cubre el suelo. Recién a las 10½ a. m. conseguimos ensillar y ponernos en camino. Hemos tomado el valle y por entre cañadores colosales marchamos paralelamente y a regular distancia del río. A las 5 p. m. alojamos en un paraje en que el río produciendo una gran vuelta hacia el S. se dilata considerablemente y forma enormes remansos que semejan inmensas lagunas. En puntos de estos remansos en que la corriente tiene mayor influencia, vense barrancas a pique, elevadas de 40 a 50 metros, que mañana pienso visitar. Existe aquí un bosque de incienso que nos suministran leña en abundancia y abrigo incomparable. La carne se nos ha concluido, pero comemos algunas excelentes tortas cocidas al rescoldo, y después nos acostamos, pasando una noche bastante tranquila.

Día 9. — Por la mañana visito las barrancas, pero fuera de algunos fósiles marinos rodados, que bien pueden ser traídos aquí desde más arriba, no consigo descubrir en ellas fósil ninguno. Sólo recojo algunas muestras geológicas, entre las cuales una, bastante curiosa, consiste en cierta masa esférica de naturaleza calcárea finamente estratificada y hendible.

Estos terrenos creo, son de formación marina, poseen una perfecta estratificación horizontal y son constituidas de arcilla blanquecina.

Esta noche la pasamos algo más intranquilos que la transcurrida a causa de los pumas, que parecen perseguir a nuestros caballos.

Día 10. — A las 8 a. m. salimos de este lugar y cortando hacia el río descubrimos a medio día otras grandes barrancas de la misma naturaleza que las que esta mañana dejamos. Aquí Ataliba, corre y da caza a un avestriz, que nos viene perfectamente; pues hace cuatro días que no probamos carne.

A las 3 p. m. pasamos frente a otras inmensas barrancas denudadas que en el lado Norte ostentan hermosas fajas amarillas, blancas y grises. Estas barrancas y todas las mesetas que continúan hacia el E. se muestran coronadas de negra y espesa franja de basaltos que tristece la comarca. Poco después llegamos a un paraje en que el río hace una inmensa y brusca curva descendiendo casi en ángulo recto de N. a S. para después desviarse otra vez al E. Por lo que puedo consultar, este es el paraje que los indios llaman Yaten-huageno, en cuyas inmediaciones ellos conocen un vado para cruzar el río (Pág. 53). Me han dicho los indios que del otro lado del río, no lejos de este paraje, existen en el fondo de la costa quebrada, piedras cubiertas de signos pintados para ellos ininteligibles, de donde le viene el nombre de Yaten-huageno, que en tehuelche significa: "piedras Pintadas".

En el fondo precisamente de la gran vuelta, se ven algunas colosales barrancas denudadas que semejan inmensas fortificaciones. A las 5½ p. m. alojamos a unas 10 cuadras de estas barrancas sobre una pequeña bahía provista de abundantes matas. En el norte vemos grandes humos que hace ya algunos días se vienen reproduciendo, y que, probablemente son encendidos por los indios cazadores de río Chico.

Día 11. — Temprano me he dirigido a las barrancas y he empezado mi trabajo con completo éxito. Coleccióné numerosos fósiles de Toxodontidos, roedores, edentados etc. y descubro ya tarde un cráneo completo de un pequeño toxodontido que por hallarse envuelto en una roca muy dura dejo su extracción para mañana. Regreso perfectamente satisfecho al alojamiento cargado de fósiles y empleo parte de la tarde y de la noche en su arreglo y empaquetamiento.

Día 12. — Provisto de escoplos y martillos me encamino aun más temprano que ayer a las barrancas a exhumar el magnífico cráneo descubierto. Consigo extraerlo en bastante buen estado pero imposible es formarse idea del inmenso trabajo que para conseguirlo me costó; la arena levantada por un viento que soplaban con fuerza produciendo multitud de remolinos me enceguecía los ojos y nubes de jejenes ávidos de sangrarme me incomodaban horriblemente. Tres horas de rudo trabajo y luchando con estos pequeños pero terribles enemigos fueron necesarios para su extracción.

Tengo la suerte de encontrar también, algunas porciones de la cabeza del gigantesco *Astrapotherium*. Estando ya de regreso aparecen de improviso en nuestro alojamiento como a las tres p. m., dos individuos a caballos que al principio nos infundieron alguna desconfianza;

pero sabemos después por ellos que son peones de don Nicolás Dávila que en estos momentos pasa por aquí de regreso de su expedición a la cordillera en busca de oro y que al ver nuestra tropilla vinieron atraídos por la curiosidad a ver quiénes éramos. Después se retiraron y al rato uno de ellos vuelve trayendo una carta del Sr. Dávila que se hallaba alojado a algunas leguas más abajo ofreciéndome servicios con una deferencia y amabilidad que agradezco. Yo por mi parte despacho inmediatamente a Ataliba con otra para el Sr. Dávila agradeciéndole sus finos y espontáneos ofrecimientos.

Día 13. — Temprano regresa Ataliba que ha pasado la noche en el alojamiento del Sr. Dávila conduciendo una nueva carta y con la noticia de que aquel Sr. continúa hoy mismo viaje a la Gobernación. He seguido hoy explorando las barrancas y he recogido un cráneo del mismo toxodóntido de ayer y otro incompleto de Hoploforus. Al anochecer recibimos la visita de un inglés Jorge que acompañaba al Sr. Dávila en su viaje y que éste ha dejado atrás al cuidado de los caballos canzados y rezagados.

Inquiriendo de él noticias sobre la cordillera, me dice que hay un paraje llamado "Las Vizcachas", donde se encuentra con frecuencia un roedor algo parecido a una vizcacha con una cola en forma de escoba cubierta de largos pelos fuertes y cerdosos. Me comunica que también ha observado en algunos pozos o lagunitas ciertos sapos y ranas de variados colores.

Día 14. — Hoy concluyo de explorar estas barrancas. Entre los objetos hoy coleccionados figura una cabeza casi completa del *Interatherium rodens* de Moreno. Mañana continuaremos nuestra interrumpida marcha. Ensillamos a las 8 a. m. dejamos este alojamiento. Salvamos la gran vuelta, cruzando no sin peligro profundas y numerosas quebradas y cañadones y en la otra extremidad encontramos alojados el inglés Jorge que invitado a acompañarnos nos dice que no puede por tener que buscar algunos perros y caballos que tiene extraviados. Desde aquí nos dirigimos rectamente al E. para evitarse rodeos que forma el río recostándose hacia el N. donde se ven inmensas quebradas y despeñaderos basálticos que vuelven intrasitables ese trecho. Este imponente rincón es con justicia llamado "La Fortaleza".

Tenemos un continuo viento frío proveniente del S. O. Todo el camino es sembrado de colosales rodados de basaltos. Hacia las 4½ p. m. alojamos sobre el río al abrigo de un cañadón.

Día 16. — Esta mañana a pesar de nuestras pesquisas no podemos encontrar los caballos que probablemente espantados anoche por los pumas se han ausentado a largas distancias. Recién como a las 10½ conseguimos encontrarlos siguiendo los rastros de una quebrada basáltica a regular distancia del alojamiento. Ensillamos inmediatamente y a las 11 a. m. partimos y apuramos la marcha para ver si podemos llegar hoy mis-

mo a "Segundas Barrancas Blancas". Continúa incómodamente el mismo viento que ayer y por la tarde la lluvia. Como a las 4½ p. m. alojamos en la extremidad O. de "Segundas Barrancas Blancas" donde encontramos algunos manantiales que bajan de la meseta provistas de abundantes pastos para nuestra tropilla y matas escogidas. Mañana visitaré las barrancas de esta extremidad, para después trasladarme a las opuestas. Esta noche una imprudencia mía que hubo de ser fatal nos mantiene sobre saltados: con objeto de ahuyentar a los pumas había prendido fuego a los matorrales de la parte superior del cañadón donde estamos alojados; pero el fuego en lugar de subir como yo creía, avanzaba rápidamente hacia nosotros y en poco tiempo hubiéramos sido envueltos en las llamas a no haber sido nuestros sobrehumanos esfuerzos en combatirlos; alumbados y casi abrasados por la gigantesca hoguera y armados de simples haces de yerbas combatíamos desafiadamente como tres fantasmas al terrible elemento.

Día 17. — Me ocupo en la exploración de las próximas barrancas y encuentro que estas son las más abundantes en fósiles que hasta ahora he visitado. Recojo numerosísimos restos de roedores, de toxodóntidos etc. etc., pero casi todos iguales a los que ya poseo; es digno de notar la uniformidad que existe en la fauna fósil de tan vasta formación, desde "Barrancas Blancas" al "Lago Argentino". Esta tarde he trepado a la meseta y he visto por segunda vez la gran vuelta que en este lugar el río forma y sobre ella una cabeza de barrancas de más de una legua de extensión. Al oscurecer llega aquí el inglés Jorge que se encuentra alojado, dice en otro manantial, a corta distancia de nosotros.

Día 18. — Continúo coleccionando con igual resultado que ayer. Ataliba habiendo salido a cazar vuelve por la tarde con un guanaco caído por un puma a quien se atrevió a disputarlo y con un chana (?) que corrió con el perro. De este modo enriquecimos nuestra provisión de carne que ya escaseaba.

Hoy visito sobre la parte más culminante de la meseta un cairn levantado por los indios; consistía en un hacinamiento de gruesos troncos de incienso que se elevaba cerca de un metro sobre el nivel del suelo. Removido no ha podido encontrar en su interior más que una falange humana y una flecha.

Día 19. — Sigo coleccionando; recojo un cráneo fragmentado de un gran toxodon pero con muchas muelas radiculadas.

Día 20. — Estas barrancas parecen por fin agotadas y he decidido mudar mañana nuestro alojamiento a la extremidad E. para continuar allí las investigaciones. Esta tarde lo pasamos en arreglos de la colección para el transporte y en la refacción con cuero de guanaco de nuestros calzados ya bastante deteriorados.

Día 21. — A las 8½ a. m. dejamos este alojamiento y tomamos la pampa para ganar la otra extremidad de la vuelta.

Divisamos hacia abajo grandes humos probablemente de alguien que se dirige hacia nosotros e inmediatamente contestamos elevando otros a nuestro paso, a medio día alojamos en un manantial cerca de donde el río concluyendo la gran vuelta, se desvía para el N. E. Hago a pie un ligero reconocimiento de las barrancas y en poco tiempo recojo algunos fósiles, uno interesante que parece pertenecer a un animal nuevo. Nuestro alojamiento es alumbrado gran parte de la noche por una gran claridad proveniente de un matorral de calafate que esta tarde, en mi regreso del paseo, he incendiado con objeto de desterrar los pumas de los alrededores. Hoy cumplio precisamente un mes de nuestra salida de la Colonia.

Día 22. — Temprano monto a caballo y me dirijo a explorar las barrancas pero bien pronto tengo que volver porque veo surgir hacia abajo algunos humos que pienso pueden ser hechos por Ataliba con objeto de llamarle. Estos humos como los de ayer, se, después por Ataliba, que son hechos por el inglés Jorge, a quien él ha visto esta tarde en aquella dirección.

Ataliba sale a cazar y vuelve con un guanaco y un pequeño puma vivo que dice ha cazado no lejos de nuestro paradero.

Día 23. — Hoy no puedo trabajar como yo deseaba porque llueve gran parte del día haciendo las barrancas sumamente resbalosas. Ataliba caza otro guanaco que, agregado al de ayer, nos asegura la carne hasta llegar a Isla.

Día 24. — Hoy doy el trabajo por terminado en este lugar y mañana seguiremos viaje para Barrancas Blancas. Al anochecer amarramos todos los caballos del viaje para ensillar y salir mañana sin pérdida de tiempo y lo más temprano posible, pues es larga la jornada que nos hemos impuesto.

Día 25. — A las 6 m. a. m. salimos de aquí y cortamos campo directamente hacia "Barrancas Blancas". Durante la marcha como a las 11½ a. m. Ataliba da caza a un avestruz.

A las 4 p. m. alojamos en "Barrancas Blancas" en el mismo lugar que lo habíamos hecho hace un mes de paso para el interior. Empleo aquí parte de la tarde en el arreglo de las colecciones que entonces dejé enterradas y que encuentro ahora intactas. Por la noche hiela considerablemente y sufrimos un frío bastante intenso.

Día 26. — Hoy reanudo aquí las interrumpidas exploraciones de hace un mes con igual satisfactorio resultado. Recojo algunas interesantes piezas que me dejan verdaderamente admirado de la riqueza de este importante yacimiento.

Día 27. — El objeto más interesante hoy lo colecciono, es un cráneo de un roedor parecido a la vizcacha. Al anochecer empieza repentinamente una copiosa lluvia que dura, casi toda la noche y que nos obliga a armar la lona.

Día 28. — Esta mañana al levantarnos vemos con sorpresa que anoche solo ha llovido sino que ha nevado también, y en abundancia; pues todas las alturas de los alrededores están cubiertos de nieve, habiendo sido sólo respetado el bajo del río y con él nuestro alojamiento.

Hace un frío insoportable. Oreado un poco el campo hago un corto paseo por las barrancas y encuentro el cráneo de un pequeño y curioso megatherio.

Día 29. — Visito un grupo de barrancas que se encuentra separada del principal unas 20 cuadras al S. O. y recojo algunos otros despojos.

Por la tarde se levanta un viento espantoso; el frío agitado surge y forma verdaderas olas que le dan el aspecto de un mar y el agua se eleva en finísimas gotas que rocían la ribera por una espacio de una cuadra. Yo, al intentar hacer fuego, provoco un incidente muy desagradable, una chispa arrebatada por el viento propaga el fuego a los pastos y matas cercanas y en un abrir y cerrar de ojos nuestro alojamiento es rodeado de un círculo de fuego que se estrecha por momentos. Es necesario poner a prueba toda nuestra energía para conseguir vencerlo. Con esta ya van dos ocasiones que hemos estado a punto de ver arder nuestro alojamiento.

Día 30. — Explorando la extremidad de las barrancas he hecho hoy un descubrimiento interesante; he observado casi al nivel del agua del río debajo de los terrenos de origen sub-aéreos que contienen fósiles de animales terrestres, tenemos marinos muy desarrollados y con potentes bancos de ostras y demás fósiles marinos. Además, recojo un cráneo casi completo de *Protodon* que permite apreciar las grandes proporciones de este singular animal. He terminado la exploración de estas barrancas y mañana nos pondremos en viaje para la Isla.

Día 31. — A las 9½ partimos y abandonamos no sin pesar este yacimiento que tan preciosos materiales suministrara para mi colección. Durante la marcha me dedico a la caza con el infatigable Ataliba y poco tiempo nos apoderamos de un guanaco y de un gordo avestruz. Hacia las 3 p. m. se levanta a corta distancia delante de nosotros un humo que suponemos sea hecho por el inglés Jorge a quien desde "Segundas Barrancas Blancas" no hemos vuelto a ver; pero pasado el momento después al lado mismo del fuego que ardía en un cañadoncito no vemos a nadie y seguimos adelante. A las 5 p. m. llegamos y alojamos en el cañadón de Chikorkaiken a regular distancia del río, sobre unos pozos de agua de lluvia.

Abri 1º. — A las 8 p. m. continuamos marcha y pocas horas después enfrentamos "La Bajada de las Chinas". Empezamos a divisar la

casilla de Dn. Gregorio Ibáñez a las 3 p. m., pasamos por Pavón donde encontramos algunos toldos del cacique Chenape (o Chuenape) que viene del S. y cuyos súbditos están en estos momentos entregados a la más jamos en "El Potrero". Sé por un chileno Torres que viene de la Gobernación, que ha llegado en estos días una Goleta procedente de Chubut.

Día 2. — Hoy visito en la Isla a Dn. Pedro Dufour en cuya casa permanezco gran parte del día, siendo nuevamente objeto de sus distinciones y felicitaciones por mi feliz regreso. Mañana bajaré a la Gobernación a depositar las colecciones formadas y organizar los elementos para un nuevo viaje que me propongo realizar sobre la ribera N. de Santa Cruz.

Día 3. — Mañana a las 8.25 a. m. emprendemos marcha y empezamos así la última jornada que debía poner término a tan feliz y provechoso viaje. Pasamos por "las Salinas" donde vemos fondeada la goleta de que anoche me hablaron y a las 10 a. m. llegamos a la casilla del gaucho Toribio. Aquí dejo a Ataliba al cuidado de la caballada, yo sigo inmediatamente para la Gobernación en dos cargueros que conducen las colecciones. A las 3 p. m. llego a la Gobernación después de un espléndido viaje de un mes y dos días, satisfecho de los magníficos resultados obtenidos y perfectamente recibido.

Día 4. — Hoy he empezado a desembalar las colecciones para desocupar las petacas que han de servir en el próximo viaje.

Día 5. — He continuado y concluyo el arreglo de las colecciones en cajones, los cuales deposito para mayor seguridad en la oficina despacho de la Gobernación.

Día 6. — Este día lo empleo en redactar la correspondencia para Buenos Aires que debe llevar la goleta en su regreso al Chubut y en hacer los preparativos de mi segundo viaje, que mañana mismo deseo empezar.

Día 7. — Todo preparado, a medio día, salimos de la Gobernación con un carguero que conduce provisiones y tomamos camino de las Salinas. A la entrada del sol llegamos a lo de Toribio quien mañana temprano debe pasarnos al N. con un bote.

Día 8. — Hoy no podemos pasar porque Toribio dice, que tiene que bajar a la Gobernación por asunto urgente. Mañana a su regreso pasaremos.

Día 9. — Todavía permanecemos aquí, pues habiendo llegado Toribio a la entrada del sol ya no hay tiempo de pasar.

Día 10. — Hoy encillamos y temprano nos dirigimos al potrero donde el río siendo algo más estrecho, ofrece más facilidad para pasar, so-

bre todo para los caballos que tienen que hacerlo a nado; pero no bien llegamos aquí se desencadena, para desgracia nuestra, un furioso temporal que agitando extraordinariamente el río impide al débil bote cruzar, y nos obliga a pasar la noche aquí.

Día 11. — Continúa el mal tiempo y amenaza no ceder. Este me tiene sumamente contrariado porque pierdo aquí inútilmente algunos días que mas tarde en viaje, pueden ser de mucha utilidad.

Día 12. — Con poca diferencia hace el mismo tiempo que ayer; es imposible todavía ni siquiera intentar pasar.

Día 13. — Por fin hoy el temporal empieza a calmar un poco y el río se apacigua un tanto y creo que si aquél no recomienda mañana podremos pasar.

Día 14. — Efectivamente, el tiempo ha quedado perfectamente tranquilo y hace un magnífico día. Como a las 10 a. m. azotamos al río la tropilla y metiendo al bote nuestro equipaje nos embarcamos en la margen opuesta.

Aquí ensillamos inmediatamente, partimos para arriba dando comienzo así a nuestro segundo viaje. A las 4 p. m., después de una buena jornada, alojamos como a una legua más arriba de la casilla de Dn. Gregorio Ibáñez.

Día 15. — Hoy a las 9 a. m. levantamos este campamento y seguimos viaje. Cazamos en el camino, que nos es de suma utilidad, pues ya no teníamos carne. A las 3 p. m. alojamos precisamente enfrente del cañadón de Chikorkaiken (sic.).

Día 16. — Marchamos de este paraje a las 9 y $\frac{1}{2}$ y a las 2 y $\frac{1}{2}$ alojamos en "Rincón Grande". Casi enfrente de Barrancas Grandes.

Día 17. — Salimos esta mañana de aquí a las 9.15 a. m. Habiendo dejado a Francisco arreando la tropilla. A medio día yo con Ataliba comenzamos una choia (?). Enfrentamos Barrancas Blancas y alojamos a las 4 p. m. algo más arriba.

Día 18. — A las 9 a. m. dejamos este alojamiento y marchamos por la meseta pocas horas después penetrando de nuevo en la fatal región de los basaltos.

Habiendo avanzado algunas horas por este camino y haciéndose éste insoportable a consecuencia del duro y áspero piso y de los innumerables cañadones y quebradas que se oponen al paso, repetidas ocasiones, pretendemos descender al valle, pero otras tantas nos los impiden, espantosos despeñaderos y verticales muros de basaltos. Recién a las 2 p. m. encontramos un paraje en que la masa basáltica se halla quebrada y dislocada y con gran peligro nos aventuramos por este sombrío boquete erizado de crueles cristales basálticos de toda forma y dimensiones, donde más de una vez algún caballo vacilante hubo de perecer.

Una vez en el bajo, contemplamos sobre nosotros la desolada y escabrosa región y nos parece imposible que por ella hayamos podido descender. A las 3 p.m. alojamos a pocas cuadras de Basaltic-Gleen, casi enfrente de Segundas Barrancas Blancas en un paraje que inmensos trozos de basaltos desprendidos desde centenares de pies de elevación se ven obstruyendo el camino y algunos hasta en el cauce del río.

Día 19. — A las 9 y ½ salimos y a poco andar pasamos por Basaltic-Gleen, enorme quebrada de la meseta de barrancas casi a pique, coronadas de basaltos en cuya boca forma el río una hermosa bahía entrante en la que desemboca un considerable arroyuelo que corre por el fondo de la misma quebrada. Mucho trabajo nos cuesta cruzar esta quebrada, caminando por sus empinadas laderas tapizadas de basalto desagregado para llegar al paso en el mismo fondo de la bahía. Como a las 12 m. llegamos a la gran vuelta que el río forma en Segunda Barrancas Blancas y cazamos aquí un hermoso avestruz. En esta vuelta la caza es sumamente abundante, vemos tropillas de avestruzes y guanacos en toda dirección.

Toda la ribera por donde marchamos está cubierta de trozos basálticos que nos obligan a caminar lentamente para evitarlos. A las 4 p.m. paramos algo más allá de Segundas Barrancas Blancas, enfrente de una hermosa y extensa isla que se encuentra separada de la costa Norte por un angosto canal del río. En este paraje se ven en el agua innumerables trozos de basaltos en los que al chocar con fuerza impetuosa corriente produce incesante y atronador murmullo. Delante de nuestro alojamiento se elevan tristes y convulsionados los basaltos "Cerros Tres de Febrero".

Día 20. — Hoy salimos a las 9 a.m. y durante la marcha visito en el camino algunas barranquitas y recojo algunos fósiles.

Pasamos de largo y a regular distancia del yacimiento fosilífero de Moreno que a la vuelta de arriba con más tiempo, debo explorar, y a las 3 p.m. paramos en un gran cañadón provisto de agua y excelente pasto donde los caballos algo extenuados pueden reponerse.

Día 21. — Abandonamos este cañadón a las 9 a.m. y a poco andar entramos otra vez con pesar nuestro en terrenos basálticos por lo que marchamos gran parte del día. Pasamos frente a la gran vuelta de "Yaten-Huageno", en cuya margen sur vemos las barrancas con tanto éxito en el primer viaje exploradas y a las 4 y ½ m. alojamos al pie de las grandes barrancas que durante aquel viaje observamos a esta altura.

Día 22. — Hoy paso el día explorando estas barrancas y recojo algunos objetos pero no en tanta abundancia como en las del S. Al anochecer armamos a prisa nuestra lona porque parece se prepara una tempestad y amarramos algunos caballos de guardia por si sobreviniese alguna nevazón. Felizmente la temida tempestad no pasa de una lluvia que dura parte de la noche.

Día 23. — Continúo explorando las barrancas pero aún con menos suerte que ayer; pues hoy no encuentro casi nada. Ha soplado todo el día un fuertísimo viento del S. O.

Por la noche el viento arrecia y nuestra débil lona no resistiendo a sus furias se vence y tenemos que tendernos al aire libre. Más tarde el viento, al viento sucede la lluvia que descarga sobre nosotros y nos moja completamente. Viendo que no vale la pena de continuar en este lugar y que la estación ya demasiado avanzada no nos permitirá hacer nada más adelante resuelvo emprender el regreso mañana mismo.

Día 24. — A causa del temporal de anoche se nos ha extraviado la tropilla y sólo conseguimos encontrarla como a las 11 a.m. Ensillamos a las 12 a.m. empezamos el regreso. Sopla hoy aún con más fuerza el viento de ayer. A las 4 y ½ después de una corta jornada considerablemente molestados por el fuerte viento alojamos en un manantial al pie de un calafate.

Día 25. — A las 9 y ½ salimos y continuamos nuestra marcha siempre por la ribera para evitar así los terrenos basálticos. Hacia las 1 y ½ p.m. un copioso aguacero secundado por el fuerte y frío viento de días pasados que aún continúa, nos molesta grandemente. A las 2 p.m. completamente mojados llegamos y alojamos en el yacimiento de Moreno. Aquí empleamos la tarde en armar la lona para repararnos de la lluvia y lo que es peor de la nieve que nos amenaza del S. Los chubascos se suceden sin cesar y el tiempo se hace así insoportable. Mañana, si lo permite el tiempo, exploraré estas barrancas para después continuar el regreso antes de que el tiempo se empeore.

Día 26. — Esta mañana nos ha nevado un poquito y parece querer continuar. Paso el día en las barrancas vecinas y recojo algunos objetos interesantes; pero es muy difícil y peligroso caminar por ellas a causa de la lluvia y de la nieve que las han hecho muy resbaladizas.

Día 27. — A las 10 a.m. abandonamos este yacimiento y continuamos marcha por el valle. Nos vemos detenidos por una barranca a pique y tenemos que subir la meseta para salvarla. Alojamos a las 2 p.m. enfrente de la isla en el mismo paraje en que lo hicimos a la venida el 19 del corriente.

Día 28. — A las 10 y ½ a.m. salimos y dejando encargado de la tropilla, yo con Ataliba nos adelantamos para cazar algo porque la carne empieza a escasearnos. Como a medio día a la altura de Segundas Barrancas Blancas, cazamos un puma que sorprendimos devorando un guanaco que acababa de victimar. Aprovechamos además del cuero los costillares que dicen asados son excelentes. Poco después empieza un fuerte y helado chubasco que nos moja de pies a cabeza. Habiéndonos ya reunidos con Francisco que conducía la tropilla alojamos a las 4 p.m. muy cerca de Basáltico-Gleen.

Día 29. — Ha dado la casualidad que hemos alojado ayer con corta diferencia en el mismo lugar en que lo hizo Moreno hace casi diez años en su viaje por el Sa. Cruz; pues esta mañana encuentro a pocos pasos de nuestra carpa sobre la margen del río un camino levantado con piedras de casi un metro de altura que al principio contento tomé por un sepulcro indio pero que después de removido encuentro en su interior una caja de lata cuidadosamente cerrada que contenía el siguiente documento:

“Dejado por la Expedición Argentina a su paso por aquí mientras se exploraba el río Santa Cruz”.

Enero 31 de 1877.
Carlos M. Moyano
Francisco P. Moreno

Después de encerrada en la misma caja lo depositamos nuevamente en el interior del modesto y primitivo monumento que rehacemos.

Hoy salimos de acá a las 10 a.m. y a las 4 p.m. alojamos sobre una gran vuelta del río a la vista Barrancas Blancas. Esta noche transcurre lloviznando.

Día 30. — Esta mañana observamos las alturas cubiertas de nieve lo que indica que allá anoche en lugar de llover como en el valle, ha nevado.

A las 10 a.m., salimos de aquí y pasando poco después frente a “Barrancas Blancas” alojamos a las 5 p.m. en Iwine-Bluff sobre “Rincón Grande”. Aquí nos instalamos al reparo de grandes matas en un cañadón que corre al pie de una barranca de formación marina. Recojo esta tarde en esta barranca algunos moluscos marinos y fragmentos de madera carbonizada (lignita).

Parece se prepara un gran temporal del S. probablemente una nevazón que hasta los caballos la presienten e intentan huir. Nos vemos obligados a amarrarlos todos para impedir que esta noche, disparen y nos dejen a pie.

Felizmente, el temido temporal no pasa de ser un fuerte viento y algún granizo que hacia media noche se manifiesta.

Mayo 1º. — Hoy a las 9 y ½ a. m. dejamos “Rincón Grande” y muy luego como de costumbre yo y Ataliba nos adelantamos (pág. 79), al trote en busca de caza dejando a Francisco con la tropilla. Como a las 2 p.m. después de repetidas corridas sin suerte nos encontramos en Chikorkaiken bajo un intenso aguacero. Aquí nos refugiamos entre una gran mata de incienso para repararnos de la lluvia y esperar a Francisco que viene con la tropilla. Poco después un incidente imprevisto e inesperado malogra con gran pesar de mi parte lo más importante de mis dos meses de trabajo; al correr un avestruz que, bajo la influencia de la lluvia se acercaba inadvertidamente a nosotros, tengo la desgracia de

perder una de las libretas que llevaba en el bolsillo en la que tenía consignados los datos y observaciones geológicas practicadas durante mis viajes. La lluvia continúa y para colmo de desgracias son ya las 4 y Francisco no aparece con la tropilla. La noche ha llegado y no hay más remedio que pasarla aquí; pues pretender salir en busca de Francisco sería incensatez porque a más no saber ni aproximadamente donde estará ahora no se puede caminar ni ver a causa de la lluvia y de una densa neblina que reina. Hacemos techo sobre la mata con nuestros ponchos, único abrigo que poseemos y después de cenar un gordo piche asado que hoy cazamos, nos acostamos. Así desprovistos de abrigo y completamente empapados pasamos una horrible noche sin dormir un solo momento y continuamente atormentados por el viento y el agua.

Día 2. — Bien temprano ensillamos y salimos en busca de Francisco, pero a pesar de haberlo campeado gran parte del día por la costa hasta nuestro alojamiento de ayer y de haberle hecho algunos humos no le encontramos.

Entonces resolvimos continuar nuestras pesquisas hacia abajo por si hubiera pasado ayer tarde inapercibidamente de largo por Chikorkaiken. Efectivamente, después de algunas horas de galope revisando todos los rincones del río, molestados por un fuerte granizado lo encontramos a las 2 p.m. alojado frente a la “Bajada de las Chinas”, y nos dice que ayer tarde a consecuencia de la neblina no pudo reconocer Chikorkaiken y que cuando juzgó haberlo pasado paró en ese paraje. Siendo ya muy tarde para marchar resolví pasar la noche en este lugar. Reina un poco de viento del S. que en este paraje no habiendo matas nos molesta grandemente.

Día 3. — Salimos de aquí a las 9 a.m. Durante la marcha visito el “Cerro Guanaco”. Poco después pasamos por la casilla de Dn. Gregorio Ibáñez y mientras Francisco sigue con la tropilla yo hago una visita a este señor de quien soy perfectamente recibido. Como a las 4 p.m. alejamos entre la casilla de Dn. Gregorio Ibáñez y Dn. Pedro Bernasconi no lejos de “Las Salinas”.

Día 4. — Hoy he visto en “Las Salinas” a Dn. Cipriano García, con objeto de solicitarle la tropilla por algunos días más para hacer un pequeño y último viaje al puesto de San Julián. Deseo aprovechar los pocos días que faltan para la llegada del Villarino, en aquel paraje donde tengo esperanzas de hallar algo. Mañana mismo pienso marchar con aquel destino.

Día 5. — Despues de depositar en lo Bernasconi las colecciones formadas en el último viaje y algunos objetos por ahora innecesarios, salimos hoy a las 11 a.m. con un solo carguero que conduce provisiones y tomamos el camino que de “Las Salinas” se dirige a Hemolk-Kaiken (?), sobre el Río Chico. (Pág. 82). A las 2 p. m. bajamos a un cañadón llamado “Cañadón Grande” donde encontramos algunas carpas. Como

a las 3 y ½ bajamos al Río Chico por el paradero indio de Hemelk-Kai-ken donde existe la hermosa población de propiedad del Sr. Administrador de la Colonia. A las 4 p.m. alojamos como a veinte cuadras de este paraje, río arriba, sobre un magnífico manantial que baja de la meseta desde donde mañana debemos dirigirnos al vado, del Río Chico, situado como a una legua más arriba donde debemos de pasar para tomar el camino de San Julián.

Día 6. — A las 10 a.m. nos ponemos en marcha desde este paraje hacia el paso. En el camino encontramos algunos indios que con sus carpas se disponen a pasar también hoy al otro lado. A medio día pasamos a marea baja el Río Chico que en este lugar es poco profundo, e inmediatamente empezamos nuestro viaje alejándonos al N. E. Cruzamos una extensa pampa seca y estéril sembrada de innumerables lagunas de agua salada que en varios escalones asciende insensiblemente. (Pág. 83). Vemos en el camino numerosas tropillas de liebres que a nuestra aproximación huyen en todas direcciones y se refugian en sus guardas al pie de las escasas matas que crecen en esta árida región. Ataliba habiéndose adelantado en procura de caza vuelve con un hermoso guanaco. Nos guiamos en nuestro viaje marchando hacia un pequeño cerro conocido por "El Pan de Azúcar" a cuyo pie nos han dicho existe una aguada donde pensamos pasar la noche. Al entrar el sol llegamos al Pan de Azúcar desde donde divisamos el bajo de San Julián, inmensa depresión, restos probablemente de un antiguo golfo evacuado por las aguas marinas en épocas relativamente reciente. Las elevadas barrancas de este bajo se ven a menudo socavadas como sucede con las costas donde actualmente chocan las mareas.

Habiendo rebuscado largo tiempo por entre los cañadones del pie del "Pan de Azúcar", no podemos dar con la aguada indicada, pero allá en el fondo del bajo se distingue una gran laguna que vamos a intentar de abordar. Ya oscuro empezamos el descenso al gran bajo y marchamos por entre espesos matorrales y traidores cañadones, nos toma la noche sin haber podido llegar a la deseada laguna que, a medida que avanzamos, parece se aleja y huye ante nosotros. Como a las 8 p.m. nos vemos obligados a hacer alto entre un inmenso bosque de corpulentos inciensos porque nuestros caballos agobiados por la larga y fatigosa jornada de hoy sin descanso y sin agua ya no caminan sino que se arrastran.

Hecha una triste cena de asado de guanaco y monto a caballo y agujoneado por la sed me dirijo en persecución de la misteriosa laguna. Caminando unas veinte cuadras y cuando lleno de gozo llego al borde de la ansiada laguna y me dispongo a saciar en ella mi ardiente sed, experimento una horrible decepción; la presunta laguna no es más que una inmensa sábana de blanca y cristalina sal que reflejando de día los rayos del sol y los de la luna de noche, producen la ilusión perfecta de una laguna. De regreso al paradero, después de este desengaño

más que nunca mortificado por la sed, me extravío entre los matorrales sin poder dar con él a pesar de infinitas vueltas y revueltas. Bajo del caballo y hago algunos humos, pero con igual resultado; nadie me contesta. Recién a la madrugada veo algo más arriba, al S. un fuego que me hace mi gente hacia el cual me dirijo y llego así al alojamiento. Pasamos aquí una cruel noche obligados a rondar continuamente la tropilla por temor de que los caballos apurados por la sed se alejen hacia el Río Chico.

Día 7. — Bien temprano nos ponemos en marcha y seguimos siempre por el fondo del bajo observando continuamente todos los pozos y depresiones donde pudiera encontrarse agua pero sólo hallamos algunos charcos de agua salada que ni los caballos quieren tomar. Un laberinto de cerrillos y zanjones obstruyen el camino por el bajo y hacen sumamente difícil la marcha.

Encontramos a cada paso, en los cañadones que bajan de las laderas gran cantidad de madera petrificada. Afortunadamente, como a las 11 a.m. encontramos en algunos repliegues del terreno unos escasos charquitos de agua de lluvia que nos suministran lo suficiente para apagar nuestra devoradora sed y la de los pobres caballos. Al pie de una gran mata de inciensos instalamos nuestro alojamiento donde regalados con excelentes tortas fritas pasamos una noche relativamente agradable.

Día 8. — Hoy recién salimos a las 11 a. m. porque hemos empleado parte de la mañana en la preparación de cogotes de guanaco para conservación y transporte de agua, pues no sabemos si encontraremos en la jornada de hoy. El país continúa tan seco y solitario que antes; pues, ni siquiera guanacos se ven. Como a las 2 p.m. descubrimos en la falda N. del bajo un manantial con agua semi-potable y dejando aquí a Francisco con la tropilla, yo y Ataliba continuamos adelante en busca de agua mejor hacia el puesto de San Julián, del cual creo que no debemos estar muy alejados. Recojo en algunas barrancas en el camino muchos moluscos y numerosas estrellas fósiles de mar. A la entrada del sol, sin haber todavía encontrado agua, subimos un elevado cerro y desde su cumbre vemos la mar y el puerto de San Julián. Pero está todavía bastante retirado para poderlos alcanzar hoy. Aquí desensillamos nuestros caballos para mañana continuar y sin comer ni beber y azotados por un helado viento del O. que nos sorprende sin abrigo alguno, pasamos una noche mortificante.

Día 9. — Esta mañana ensillamos bastante temprano y continuamos camino. Como a medio día llegamos al puerto de San Julián donde sólo permanecemos algunos momentos y emprendemos inmediatamente el regreso por no haber podido descubrir nada de nuevo y sobre todo por la absoluta carencia de agua. Muy malos rates experimentamos en el regreso: los caballos agobiados por el incesante trabajo y por la sed se nos cansan a mitad de camino y tememos no poder llegar hoy

al paradero de Francisco. Felizmente como a las 5 p.m. llegamos poco menos que arrastrándonos a nuestro alojamiento donde encontramos a Francisco desesperado por nuestra tardanza.

Día 10. — Hoy a las 10 a.m. continuamos hacia Río Chico (pág. 88) y alojamos a las 4 p.m. en algunos charcos de agua llovida, no lejos de donde lo hicimos a la venida. Encuentro aquí algunas flechas y cuchillos de piedra que indican que este paraje ha sido paradero de indios.

Día 11. — Esta mañana apenas amanecido salimos para tratar de parar temprano en alguna aguada. Subimos la alta meseta que limita el bajo y dejando atrás el Pan de Azúcar continuamos al trote largo hacia Río Chico donde creo apurándonos llegaremos hoy. A las 6 p.m. llegamos al paso del Río Chico, después de un fatigoso y prolongado trote y sin haber encontrado en todo el trayecto una gota de agua dulce.

Día 12. — Despues de la marea pasamos con felicidad R. Chico y poco después llegamos a la casa del Sr. Segovia en Hemelk-Kaiken donde alojamos y pasamos la noche.

Día 13. — Hoy ensillamos y seguimos para "Las Salinas" donde llegamos a medio día. Aquí entrego la tropilla a Dn. Cipriano García y tomando en lo de Bernasconi las colecciones allí depositadas nos embarcamos en la lancha de la Colonia que casualmente hoy baja a la Gobernación. Habiéndonos tomado la noche a la altura de "Pescadores" paramos y pasamos aquí la noche.

Día 14. — En "Pescadores" dejo a Francisco y Ataliba para que sigan en la lancha con la carga a la Gobernación y yo con un caballo que me prestara el Sr. Manzanos me dirijo a la Isla Pavón a hacer una visita al Sr. Dufour. Al anochecer llego a la Isla pero no encuentro en ella a nadie y paso a la casilla de Toribio, donde hago noche.

Día 15. — Hoy doy por terminados mis viajes y me encamino a la Gobernación donde llego por la tarde después de una ausencia de más de un mes.

Nota: Aquí termina la relación del primer viaje de Don Carlos Ameghino. Las páginas siguientes del mismo cuaderno se hallan en blanco.

De cualquier modo en este primer ensayo explorativo alcanzó a reunir más de 2.000 piezas de mamíferos terciarios pertenecientes a más de 120 especies y de las que sólo eran conocidos anteriormente una decena. Bastará mencionar la lista de tan precioso material para comprender la actividad desarrollada durante ese lapso y la importantísima colección de seres extinguidos que por primera vez daba a conocer su hermano Florentino del entonces lejano sud patagónico.

Esta misma lista que fue publicada en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* (pág. 21-23) es la que ofrezco, abreviada, no importa que con el andar del tiempo, haya realizado Florentino modificaciones genéricas y específicas a saber:

RODENTIA, 21 géneros con 39 especies.
PLAGIOLACOIDEA, 5 géneros con 11 especies.
CREODONTIA, 8 géneros con 9 especies.
TOXODONTIA, 18 géneros con 38 especies.
LITOPTERNA, 6 géneros con 9 especies.
ASTRAPOTHERIA, 1 género y especie.
PANTODONTA, 3 géneros y especies.
PLEIODONTA, 2 géneros y especies.
VERMILINGUA, 2 géneros y especies.
GRAVIGRADA, 8 géneros con 14 especies.
GLYPTODONTIA, 3 géneros con 6 especies.
DASYPODA, 6 géneros con 10 especies.

De todos estos géneros únicamente una docena eran los conocidos con anterioridad.

Antecedentes del segundo viaje a la Patagonia.

Fue orientado hacia el territorio del Chubut y duró desde el 17 de agosto de 1888 hasta fines de enero de 1889. Sus resultados fueron publicados en el mismo volumen XV del *Boletín del Inst. Geográf. Argentino* (páginas 23-46).

Sin embargo, en el manuscrito original que poseo, de puño y letra de Don Carlos, se advierte que iba dirigido al Dr. Moreno, en la siguiente forma:

"Buenos Aires, marzo 14 de 1889.

Al Sr. Director del Museo Provincial Dr. Francisco P. Moreno
La Plata.

Sr. Director:

Habiendo sido comisionado por ese establecimiento para llevar a cabo una exploración en el territorio nacional del Chubut, de la cual hace poco estoy de regreso, tengo ahora el honor de elevar a Ud. la presente relación de viaje con el objeto de participarle algunos de los resultados en ella obtenidos... (pág. 1).

En la última página del manuscrito (que es de 24 páginas), termina agradeciendo a varias personas de los servicios que le prestaran durante el viaje, así como también al propio Dr. F. P. Moreno, a quien lo saludaba con toda consideración y respeto.

Salió Don Carlos acompañado de dos ayudantes quienes se embarcaron en el vapor Chaseley, de la compañía del Ferrocarril Central Chubut, el cual estaba anclado en el puerto del Riachuelo de la Boca. El 22 desembarcó en Puerto Madryn. Al día siguiente se trasladó a Rawson no sin grandes dificultades. Despues de haberse entrevistado con el Gobernador, Comandante don Luis J. Fontana, y de exponerle

los motivos del viaje, éste se disculpó diciéndole que no podía proporcionarle muchos elementos por no disponerlos en aquel momento. Conformóse en hacer su primera jira reconocimiento por los alrededores, interesándose por la geología del puerto local. Durante ese cometido comprobó cuatro formaciones bien definidas de las cuales la más inferior la supuso como la parte basal o más inferior de la formación Patagónica y las restantes, dentro del ciclo terciario, habiendo reunido allí muchos fósiles especialmente marinos.

Al mes siguientes iniciaba una jira más extensa por el interior, salió de Trelew el 22 de setiembre y recorrió en parte la margen norte del Chubut (8). Pasó por el valle de Telse, por Las Piedras, Valle Adolfo Alsina, etc., que le permitieron realizar importantes investigaciones geológicas y paleontológicas. Siguió luego hacia Huincul Tripahue, Valle de las Plumas o Pichum-Gueyú, donde descubre una potente formación de areniscas, arcillas y conglomerados intercalados, etc., que denominó de las "areniscas abigarradas". Aquí practicó investigaciones diversas y luego se trasladaba siguiendo por el Valle de Las Lágrimas, Lonco-waca, "Paso de los Indios", y empleando en el trayecto, hasta el 10 de octubre. El 12 cruzaba la gran travesía que separa el Chubut del río Teca, con el objeto de llegar al tan mentado paradero indígena de Que-pús-Gueyú. Despues de algunos días de observación arriba a Teca el 20 y al Tecá y más tarde a la cordillera que la encontró con temporales. Por eso regresó al anterior lugar el 29, orientándose hacia el río Senguel, situado al Sud. Visitó parte del río Genua o Gennus, llegando el 8 de noviembre a la confluencia de éste con el Senguel y en ese trayecto reunió nuevas observaciones geológicas; descubrió numerosos restos de mamíferos y hasta de dinosaurios. El 21 de diciembre se dirigía a la Colonia del Chubut; al 26, partía con destino a Buenos Aires donde llegó a fines del mes de enero de 1889.

Este segundo viaje fue en cierto modo más penoso que el anterior, pero compensado en cambio, por los resultados obtenidos, sumamente variado e interesantes, según se desprende de las colecciones reunidas: Paleontología, Geología, Antropología, Etnografía, etc.

(8) No estará de más recordar que antes de iniciar su segundo viaje, Don Carlos hizo una corta excursión al sud de la provincia de Buenos Aires, recorriendo parte del Napostá Grande, Bahía Blanca, Monte Hermoso y que duró desde el 13 de abril hasta fines de ese mes, aproximadamente.

CAPITULO IV

Viajes a la Patagonia desde 1889-1903

Por desinteligencia del Dr. Moreno y por otros hechos que no es necesario recordar, Florentino Ameghino se alejaba del Museo de La Plata definitivamente en 1889. Desde entonces, Don Carlos realizó los viajes siguientes mediante grandes sacrificios impuestos por la familia y con los dineros que obtenía su hermano Florentino, con la venta de utensilios de la librería que el 1º de febrero de 1892 había instalado en La Plata calle 11 y 60.

Ni la acción nada recomendable, iniciada por Moreno contra Florentino Ameghino, que hasta le impidió consultar las piezas fósiles que le eran de su propiedad, ni el sueldo que don Carlos percibía del Museo como Viajero naturalista, pudieron atenuar o destruir el ideal de ambos hermanos, encaminados hacia un futuro que no tiene todavía precedentes en nuestro país.

La respuesta que ambos hermanos dieron a Moreno fue entre otras, la del tercer viaje a la Patagonia, y primera de la serie sin el calor oficial. Duró desde octubre de 1889 a mayo de 1890. Recorrió gran parte del Chubut hasta Santa Cruz, visitando también zonas del Deseado, etc. Examinó trechos de las barrancas del Río Chico y llegó hasta el Sehuen. En este viaje, llevó a su hermano un cargamento de fósiles que, como los anteriores, sirvieron para hacer conocer mucho más las formas extrañas que poblaron otros tiempos nuestra Patagonia Austral.

Cuarto viaje, 1890-1891

El cuarto viaje lo efectuó desde junio 1º de 1890 a julio 20 de 1891. En su transcurso dedicó preferencia a una parte de la Gobernación de Santa Cruz. Hizo una excursión rápida desde Puerto Gallegos hasta la Cordillera y a su regreso, exploró la margen izquierda del río Gallegos así como también diversas zonas de su desembocadura.

Durante su largo trayecto, consiguió nuevos materiales geológicos que fue cuidadosamente acotado en sus libros de viaje, aparte de los materiales paleontológicos, etnográficos reunidos con mucho provecho.

Sin embargo, en la desembocadura del río Gallegos donde tuvo otra de sus grandes satisfacciones al descubrir, por vez primera, restos fósiles de los más antiguos monos de la Argentina conocidos hasta entonces, y entre ellos una rama mandibular a la cual su hermano mayor, el Dr. Florentino la bautizara con el nombre de *Homonculus patagonicus*. Su publicación causó en cierto modo una revolución en el ambiente científicos, sobre todo en Europa, donde jamás se había sospechado la existencia de primates fósiles antiguos en la América del Sud, pues estaban hasta entonces acostumbrados a recibir noticias de otros continentes. El descubrimiento realizado por don Carlos no fue único en esa zona según se desprende de las noticias dadas a conocer poco después por su hermano mayor.

Quinto viaje 1891-1892

La quinta expedición la realizó entre agosto de 1891 y julio de 1892 dedicando preferente atención al conocimiento de los terrenos situados entre Río Gallegos y el Estrecho de Magallanes.

Durante esta jira, pudo hacer nuevas colecciones de mamíferos eocénicos. Reunió además, muchos materiales malacológicos especialmente moluscos actuales y fósiles, y finalmente cierta colección de implementos arqueológicos y etnográficos que han sido utilizados por Von Ihering y otros autores.

Sexto viaje, 1892-1893

Poco tiempo después del regreso, emprendía un sexto viaje (agosto de 1892 a agosto de 1893) que tuvo también su campo de acción en diferentes zonas de la Patagonia Austral. En éste reunió numerosas piezas fósiles de gran importancia científica y de las cuales, su hermano Florentino fundó géneros como: *Pitheculus*, *Heptaconus*, *Paraepanorthus*, *Prodasypus*, etc., y nuevas especies de géneros ya establecidos: *Icochilus*, *Interatherium*, *Nesodon*, *Proterotherium*, *Perimys*, etc.

Séptimo viaje, 1893-1894

Realizado entre octubre de 1893 y octubre de 1894; recorrió otra zona importante de la Patagonia especialmente por Gorrión-Kaik luego pasó a la zona del río Deseado donde descubrió nuevas capas geológicas y restos de mamíferos desconocidos antes de esa fecha. Con ese material, su hermano Florentino dio a conocer en varias monografías donde se describen *Proadinothereum*, *Pronesodon*, *Senodon*, *Scaphops*, *Coniopternum*, *Caliphrium*, *Parastrapotherium*, *Liarthus*, *Asmodeus*, *Leontinia*, *Loxocoelus*, *Octodontherium*, *Orophodon*, etc.

Octavo viaje 1894-1895

El octavo viaje tuvo lugar entre noviembre de 1894 y mediados de 1895 y lo originó también hacia la zona del Deseado, Golfo San Jorge, Bahía Sanguineti, Casamayor etc. Durante el mismo, tuvo oportunidad de descubrir importantes materiales del horizonte piroteriense.

En una de las cartas remitidas a su hermano Florentino, fechada en abril 15 de 1895, le expresaba que si bien sus resultados no eran muy numerosos, en cambio los consideraba de mucho interés: "he encontrado en el Golfo (Golfo San Jorge) la formación del piroterio muy desarrollada aunque no tan fosilífera como yo esperaba. Calculo más o menos en unas 50 especies nuevas de mamíferos recogidos" y a continuación le proporcionaba un detalle de las principales formas que, a juicio de don Carlos, debían pertenecer, a los Proterotíridos, Condiláridos, Homolodontotíridos, Plagiaulacoídeos, Creodontes, etc.

Cincuenta especies de mamíferos nuevos no constituían para don Carlos, un yacimiento muy fosilíferos; y esta aseveración de parte de un hombre que había recorrido ya otros yacimientos tiene un gran significado para comprender que en aquella época del terciario inferior, en pocas zonas de la Patagonia debieron constituir o presentarse a la vista de los exploradores, como verdaderos osarios de formas desaparecidas.

Noveno viaje 1896-1898

Desde mediados de 1896 volvió a explorar otras regiones del Sud. Reunió nuevos elementos de juicios relativos a la geología y a la paleontología. De ese valioso material fósil, su hermano dio a publicidad una de sus monografías en que veía a nuevas formas genéricas como: *Nemopithecus*, *Prohegetotherium*, *Archaeophilus*, *Propachyrucos*, *Prosotherium*, *Archaeohyrax*, *Argirohyrax*, *Didolodus*, *Lambdaconus*, *Propeptychus*, *Archaeolophus*, *Protheosodon*, *Acoelodus*, *Proadiantus*, *Isotomus*, *Pleurostylodon*, *Prostylodon*, *Notostylops*, *Cephalomys*, *Polidolops*, *Pharsophorus*, etc.

Al regreso de este viaje hizo uno corto de varios días a Luján (provincia de Buenos Aires) con el fin de reunirle a su hermano una colección de moluscos y otros restos.

Décimo viaje 1899-1899

Entre octubre de 1898 y mediados de 1899, cumplía con el décimo viaje. Después de una permanencia en Santa Cruz, se dirigió nuevamente al río Deseado. Durante dicha jira comprobó que la fauna del piroteriense podía ser dividida en dos faunas bien distintas: "La más antigua de estas dos faunas, que bien se puede llamar del *Notostylops* por ser el género más característico y abundante, es indiscutiblemente cretácico... En otra de sus jiras correspondientes al mismo viaje com-

probaba definitivamente el desdoblamiento no solo de las faunas del Notostilops, del Piroteriense sino de otra "que bien puede llamarse Colhueapiense" etc.

Décimo primero 1899

Fue éste un corto viaje en el que tuvo necesidad de estudiar determinadas formaciones geológicas, habiendo podido observar los diferentes estratificaciones del piroteriense, notostilopense etc. Pero además, tuvo resultados muy felices desde el punto de vista de la paleontología; pues en dicha jira reunió una cantidad considerable de materiales que le permitieron a su hermano mayor fundar nuevos géneros de los cuales, una buena parte los dedicaba a investigadores del siglo pasado: *Caroloameghinia*, *Adpithecus*, *Henriscosbornia*, *Guillelmoscottia*, *Notohyrax*, *Eohyrax*, *Oldfielotomasia*, *Eohegetotherium*, *Pseudopachyrucos*, *Éomorphippus*, *Decaconus*, *Lonchoconus*, *Asmithwoodwardia*, *Ernestokokenia*, *Selenoconus*, *Ernestohaekelia*, *Amilniedwardsia*, *Anisolambda*, *Josepholeydia*, *Rutimeyeria*, *Propirotherium*, *Carolozittelia*, *Paulogerlesia*, *Ricardovenia*, *Pleurostylops*, *Edvardocopeia*, *Pseudostylops*, *Guilielmofloweria*, *Albertogaudrya*, *Scabellia*, *Edvardotrouessardtia*, *Astroponotus*, *Henricophiloia*, *Carolodarwinia*, *Hedralophus*, *Tomasuxleya*, *Marxhlosseria*, *Eochalicotherium*, *Pliostylops*, *Acrostylops*, etc. etc.

Décimo segundo viaje, 1900

Otro viaje corto realizó a principios de ese año. En él comprobó determinadas capas geológicas, aprovechando, de paso, la extracción de nuevos restos fósiles con los cuales su hermano Florentino tenía el mayor interés de poseerlos.

Décimo tercero viaje 1900

De vuelta del anterior, volvió a salir, recorriendo esta vez regiones de Santa Cruz, y Deseado, con el fin de completar algunas investigaciones geológicas en que se hallaba empeñado su hermano Florentino. Durante ese cometido consiguió materiales fósiles que fue agregando a la lista ya bastante abultada, y obtenida durante sus exploraciones anteriores.

Último viaje a la Patagonia 1901-1903. Primero de Florentino Ameghino

Es muy posible que el último viaje realizado por don Carlos a la Patagonia (décimo quinto de la serie) es el comprendido entre 1901 a 1903.

De la documentación consultada, poseo una carta proporcionada por mi maestro, y en la cual expresa que se embarcó en febrero de 1901,

desembarcando después en Santa Cruz y siguió por tierra hasta Comodoro Rivadavia, donde llegó en octubre del mismo año. Despues partía hacia el Lago Buenos Aires explorando una parte considerable de la zona andina. A su regreso a mediados de setiembre detuvo varios meses examinando la costa del litoral marítimo hasta mediados del mes de marzo de 1903, según se desprende de un documento que se inserta en otro lugar.

Los sucesivos descubrimientos de extraordinaria importancia efectuados por don Carlos durante sus quince viajes por la Patagonia, que han insumido más de 16 años de su juventud y las sucesivas publicaciones que daba a conocer su hermano mayor repercutían grandemente en el mundo científico. Casi todas fueron de tal trascendencia que varios especialistas europeos y americanos comenzaron a preocuparse y hasta a sospechar por la existencia de tantas y tan variadas faunas de mamíferos fósiles, que año tras año, hacía conocer Florentino Ameghino a través de sus publicaciones. Este fue uno de los principales motivos por los cuales hombres de ciencia procedentes de latitudes distintas iniciaron, en diferentes épocas, amplias exploraciones por las tierras de la Patagonia Austral. Demás estará decir que casi todas ellas fueron coronadas con éxito, habiendo reunido no sólo piezas descriptas por Florentino sino a muchísimas más y desconocidas antes.

Casi la totalidad de los investigadores extranjeros se alejaron de la Patagonia, convencidos de la enorme riqueza de elementos fosilíferos, de la extraordinaria variedad de formas de mamíferos que han prosperado en diferentes épocas del terciario Patagónico. Empero, algunos no estaban muy de acuerdo con respecto a la antigüedad asignada por Florentino a ciertos niveles geológicos, lo que dio lugar a polémicas. Por este motivo fue que el Dr. Florentino se decidió a realizar un viaje con el fin de comprobar si las observaciones estratigráficas eran exactas y equivocadas las de los contrarios.

Después que don Florentino lo realizó, acompañado de su hermano Carlos, pudo comprobar que los apuntes que este último le había proporcionado eran todos veraces. En vista de ello, Florentino dio a publicidad sus observaciones realizadas *in situ*, desde la costa bonaerense atlántica, hasta el sud patagónico. Esta labor quedó estampada en letras de molde en su importantísima obra *Les formations Sedimentaires etc.*, aparecida en los Anales del Museo de Buenos Aires en 1906. La obra en cuestión es de tan gran embergadura que nadie antes que él, pudo dar a conocer en forma exhaustiva, la estructura geológica, estratigráfica y paleontológica del extremo sud de la Argentina.

Los antecedentes del viaje del Dr. Florentino Ameghino me son conocidos por tener, precisamente, la libreta donde fue anotado día trás día los detalles que iba obteniendo. Esta libreta es de tapa dura, de 158 milímetros de alto, por 105 de ancho y consta de 72 páginas, de las cuales la 66 y 67 no se hallan escritas.

En la contratapa, primera y segunda página, existe escritura taquigráfica del sistema de ese autor y en la página 1 (con nueva numeración) se lee lo siguiente, y todo ello escrito a lápiz (Fig. 5).

"Para el viaje emprendido a bordo del transporte el *Guardia Nacional*.

Nos embarcamos en 31 de enero de 1903 a las 10 de la mañana. Un

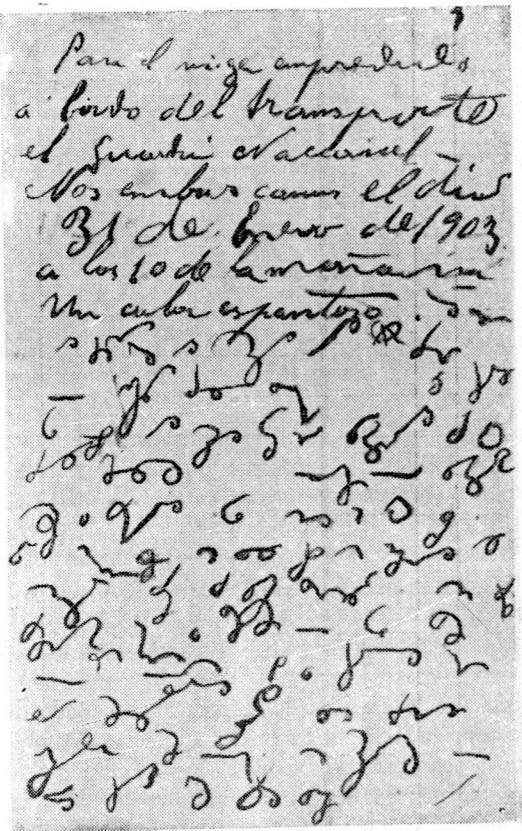


Fig. 5 — Primera página de la libreta del primer viaje realizado por el sabio Florentino Ameghino, a la Patagonia en 1903. Después de las primeras líneas en castellano, lo restante está redactado en "Taquigráfia Ameghino". Original de Carlos Rusconi.

sol espantoso".... A continuación sigue con escritura taquigráfica donde anota las observaciones más importantes. En esa libreta existen varios perfiles geológicos muy esquemáticos. En el perfil de la página 38, por ejemplo, da arriba un depósito de rodados Tehuelches, luego sigue el Patagónico inferior, y después de otro horizonte que no se halla indicado

con su nombre, se lee *Notostylops*. En el perfil 10 de la página 62 se encuentra otro corte cuya capa inferior es el guaranítico y acotado en marzo del 8 de 1903. Termina el escrito taquigráfico en la página 65 con la anotación correspondiente del día 23 de marzo de 1903. En las páginas siguientes hay varios perfiles con anotaciones de mamíferos fósiles característicos de esos lugares. En la página 71 existe un perfil obtenido en Bahía Mazaredo (febrero 25) y en la página 72, otro de Puerto Măryn los que, al parecer, han sido anotados en páginas distintas y no correlativamente.

Sea como fuere, lo cierto y curioso es que Florentino visitaba recién la Patagonia cuando su hermano Carlos, con el viaje de 1901-1903, daba por terminada su descollante o extraordinaria labor de más de 16 años entregados a las exploraciones de aquellos lejanos parajes.

Según sus manifestaciones, mi maestro, abrigaba la esperanza de volver hacia otras zonas desconocidas con el fin de proporcionarse esa gran satisfacción de haber cruzado la Patagonia de este a oeste, y de norte a sur y además, el de proporcionarle a su hermano Florentino mayores caudales de esas viejas faunas que campearon millones de años por aquellos parajes. Sin embargo inquietudes de diversas índoles se lo impidieron, salvo aquellos momentos en que sus ocupaciones le dejaban libres para realizar jiras de menor duración.

CAPITULO V

Viajes 1904-1931

Desde 1904, época en que daba ya por terminada su labor explorativa por el suelo patagónico, bien podía haberse dedicado a una vida más tranquila, despreocupándose del trajín de aquellos interminables viajes del cono Sud. Bien podía "sentarse a la diestra" como algunos de esos que no sólo usufructan los sacrificios realizados por terceros y en este caso por Carlos y Florentino, sino que pretenden erigirse en *magister*, intentando corregir hechos, sólo pueden sorprender a incautos.

Mi maestro no pudo dar por terminada su labor de campo aunque lo hubiese intentado y por ello inició otra serie de excursiones, sea a la costa del litoral marítimo o bien por regiones mediterráneas de nuestra República y de los cuales me concretaré a reseñar algunas (9).

Viaje a Monte Hermoso

Desde principios de abril hasta julio de 1904 recorrió Monte Hermoso, acotando entonces una serie de descubrimientos de interés. Uno de ellos fue el magnífico cráneo de Trigodon, perteneciente a un toxodóntido de gran talla y con características anatómicas muy particulares. En esos mismos parajes consiguió mayor número de piezas fósiles. Como esto no hubiese bastado culminaba su jira con el descubrimiento de una mandíbula que atribuyó a un plagiulacoideo, el primero de ese grupo hallado en terrenos mucho más modernos de los que había exhumado antes en el Sud y mucho más antiguo. Recorrió parte de las barrancas del río Colorado comprobando también aquí la existencia de terrenos del terciario antiguo. Durante el trayecto por este último río de la provincia de Buenos Aires observó restos de tolderías indígenas, muchas de las cuales ocupadas por algunos viejos caciques y los más, por descendientes de las que habían sido raleadas por la última Expedición al Desierto.

Viaje a Catamarca

Fue orientado hacia la zona de Santa María en compañía del Dr. J. B. Ambrosetti quien, como se sabe, este último hizo una importante

(9) En 1903 y después del último viaje por el Sud, hizo una corta jira desde provincia de Buenos Aires y en Punta Alta se detuvo para examinar terrenos de la formación pampeana. De allí a Puerto Madryn, descubriendo también elementos que le eran de interés a su hermano mayor.

colección arqueológica. En cuanto a don Carlos, tuvo la suerte de encontrar nuevos materiales paleontológicos del Araucanense que describió años después.

Viaje al Salado, 1909

Lo realizó recorriendo las barrancas del río Salado, provincia de Buenos Aires y obtuvo buenos resultados. Salió en diciembre de 1909 y poco después llegaba a Chascomús, de allí partió el 27 para el Salado examinando varios parajes en procura de fósiles. En los primeros días de enero se hallaba recorriendo zonas de General Alvear y en la que también obtuvo satisfacción para su cometido.

A esta jira le siguieron otras más por diferentes zonas del país, aunque no pocas fueron orientadas hacia la costa del litoral marítimo, especialmente por Chapadmalán, Mar del Plata, Monte Hermoso, etc.

De casi todas ellas dio a conocer su hermano Florentino los resultados de esas exploraciones emprendidas por don Carlos. Había sido tanto el material fósil obtenido, especialmente en las capas del Hermosense y Chapadmalense que le obligó a ofrecer Florentino escuetos detalles de los principales géneros y especies. Este hecho se ha debido al exceso de trabajo referente a problemas múltiples de paleontología y de paleoantropología que entonces le tenían casi sorbido su cerebro. Muchas especies fundadas por el sabio deberían ser consideradas *nomen nuda*, pero nadie de los que frecuentamos el Museo hasta 1930 intentamos descubrir tales nombres científicos porque las piezas, sobre las cuales fundara esas especies, se hallaban aún en las colecciones de la referida casa de estudios. Así lo entendió también Rovereto, quien su obra relacionada con los Estratos Araucanos y sus fósiles, los consideró válidos y más aún, este sabio italiano pudo agregar a la lista del Araucanense, nuevos géneros y especies.

Bien merecía dar aquí la lista de las especies y géneros auspiciados por el Dr. Florentino, pero ello es imposible debido a la brevedad y espacio de que dispongo. De cualquier modo, estos terrenos del terciario superior de la costa Atlántica contienen una riquísima fauna de mamíferos extinguidos y que, después del fallecimiento del sabio en 1911, todavía siguen proporcionando a la nueva generación elementos nuevos e interesantes.

Última excursión científica, 1931

En setiembre de 1931 propuse a mi maestro la realización de unas breves excursiones por la provincia de Buenos Aires pero respondió que ante todo debía ser por Luján. Al insistir en mis deseos volvió a repetir ¡Luján! quedando por unos instantes sin decir palabras y luego expresó: "Quiero ver las barrancas del río Luján porque ese río fue para mí el comienzo de mi carrera científica y fue la primera hoja del grandioso libro de la naturaleza donde pude leer y aprender lo que no habría po-

dido hacer mediante otros elementos, y además, quien sabe si lo veré otra vez...". "Yo —continuó— no tengo palabras para explicarle a Vd., toda la admiración, todos los recuerdos que surgen de mi mente, de aquellos tiempos en que recorría las barrancas de ese río. De él, pude conocer palmo a palmo sus recodos, sus pequeños saltos, sus vados, y por qué no decirlo, los lugares frecuentados durante mi niñez, llevando como únicos compañeros a mi piqueta, y de guía y maestro, a mi hermano mayor. Es por ello que nunca pude olvidar las siluetas de sus pequeñas barrancas, a pesar de haber recorrido, años después, por lugares multiformes; después de haber escalado picos montañosos de la Cordillera Austral; después de haber visto profundos cañadones, precipicios, barrancas de centenares de metros de altura y haber contemplado ríos de enorme caudal que al bajar de los grandes neveros producían ruidos ensordecedores y a los que nunca hombre alguno pudo cruzar en ciertos tramos y con sus propios medios. Sin embargo, siempre estuve frente a mí, conservado en un rinconcito de mi memoria aquel cursillo, aquel insignificante hilo de agua que, al chocar contra una pequeña tosca, y al deslizarse por un pequeño salto de medio metro, me producía la sensación de hallarme frente a las cataratas del Niágara, del Iguazú etc. Aquellos recuerdos de la niñez no se olvidan".

El proceso de la reflexión está también subordinado a la edad, y es por eso que aquel curso, aquellos pequeños saltos de agua la imaginación los agigantaba y los hacía ver muy grandes, mucho más de lo que eran en realidad.

Finalmente, ese proyectado viaje se cristalizó el 21 de setiembre de 1931. (Fig. 6). Llegamos a Luján de mañana y nos dirigimos a la casa paterna de los Ameghinios, sita en calle Las Heras N° 448 en la misma que vieron luz por vez primera los tres hermanos. Allí me explicó algunos hechos ocurridos en el transcurso de su niñez, y después de haberla recorrido de uno a otro lado, nos dirigimos a la otra casa paterna situada en la esquina de Colón y Muñiz, N° 16 de la antigua numeración, de donde tampoco pudo olvidar ciertos recuerdos de la niñez. Después nos dirigimos hacia el río Luján, aguas abajo, recorriéndolo por algunos kilómetros y recibiendo una serie de explicaciones que llenaron de satisfacción a mi espíritu.

Por la tarde volvimos al mismo río, remontándolo aguas arriba hasta cierta distancia del puente de hierro. Fue mostrándome muchos lugares de dónde había reunido fósiles, y en un trayecto, detúvose en actitud contemplativa, dirigiendo su vista hacia un punto de la barranca. ¿Qué ha observado, don Carlos? le pregunté. Y el maestro, después de alguna pausa, agregó: "Allí hice yo mi primer descubrimiento de moluscos subfósiles del Platense cuando aún era muy niño. Después de algún tiempo y mientras jugaba en procura de unos cangrejos, descubrí un pequeño hueso que afloraba a orilla de las aguas, habiéndole llamado mucho la atención a mi hermano Florentino. Volvimos por la tarde con bolsa y pico y extrajimos ciertos restos óseos de un animal extinguido".

Luego de otra pausa, expresó: "En ese mismo lugar, estimado Rusconi, comenzó la lectura de la primera página del libro de la naturaleza. Vaya a ver si todavía existen algunos despojos que ví por primera vez hace 60 años". Inmediatamente fui al lugar, distante unos 40 metros, y luego de examinarlo, no hallé nada. Entonces mi maestro, con tono son-

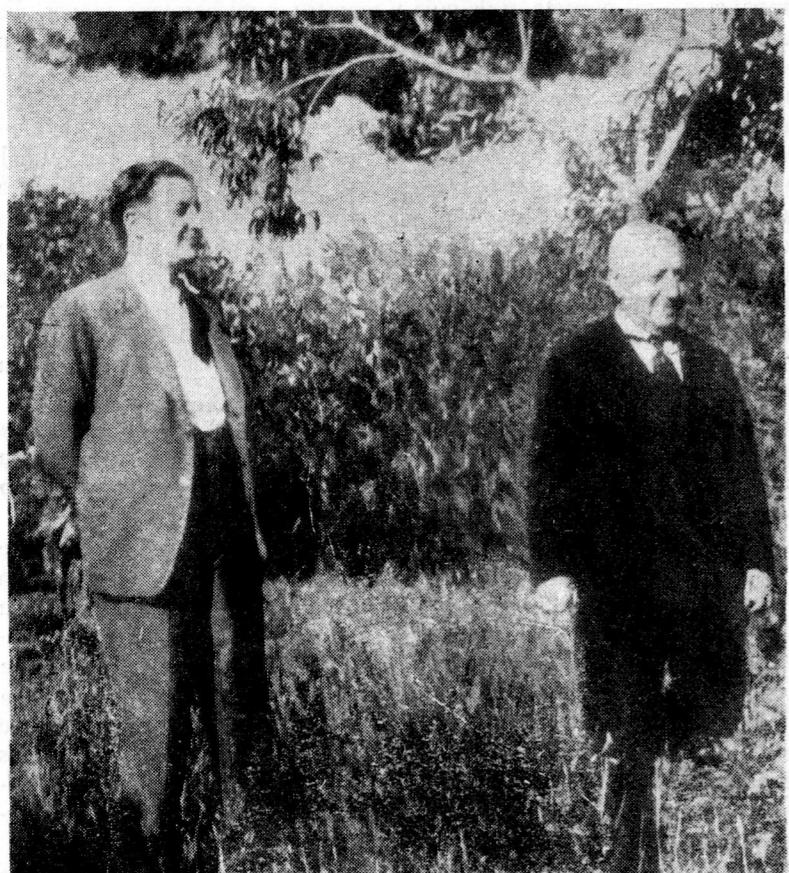


Fig. 6 — Don Carlos Ameghino y su discípulo don Carlos Rusconi en la última excursión científica que hiciera el primero por el río Luján, diciembre 20 de 1931.

riente y con su característico "Ja, ja" baritonado, agregó: "Claro que allí no hay nada; pues, se pasó 2 metros". Cuando retrocedí, pude comprobar algunas placas muy destruidas de *Glyptodon*. Luego mi maestro, llegó al sitio, lo contempló; hizo ciertos ademanes, mecióse su cabeza blanqueada; ví en sus ojos dos grandes lágrimas y después de unos segundos, sin ar-

ticular palabra, inició el regreso. A los 20 pasos, aproximadamente, dirigió la mirada hacia atrás, tal vez para decirle el "adiós eterno".

¿Sabría don Carlos que a ese lugar o al propio río Luján no lo vería más? ¿Qué significaban aquellas grandes gotas surgidas de esos ojos de águila? ¿Por qué al iniciar nuestro regreso no puedo dejar de mirar nuevamente el lugar del primer descubrimiento fósil, piedra de toque de su brillante carrera científica? En verdad, no todo se aprende por medio de la lectura o de la palabra. También se llega a la convicción exacta de un fenómeno, de un hecho histórico, mediante el gesto, o por una determinada manifestación psíquica.

Díjome que desde niño, solía recorrer ese cauce en procura de cualquier objeto que le llamara su atención. Lo recorrió en horas cuando el sol del verano caía verticalmente y le producía los efectos que todos conocemos. Pero él seguía avanzando para detenerse en un lugar donde creía asomar algo de su interés. En ese entonces esos parajes eran ambientes de soledad, solo interrumpido por el chasquido causado por las débiles corrientes que golpeaban contra los pequeños acantilados de las orillas. Luego, porque se extasiaba oír el canto aflautado de la calandria, el ti, ti, ti, tii de la liñatera, y especialmente ese canto algo quejumbroso pero simpático de las tortolitas, esto es, el mismo que tuve la satisfacción de oír medio siglo después en esos parajes que recorriera mi maestro y más aún Florentino, y el mismo canto que seguí oyendo por el río Matanzas y por otros lugares de la provincia de Buenos Aires cuando por el año 18 realizaba excursiones en procura de materiales paleontológicas y arqueológicas. A estas simáticas palomitas torcas, también le dedico unas líneas como recuerdo en mi obra inédita: *Recuerdos de viajes y aspectos de mi vida*.

Recapitulación de sus viajes

¿Qué no habría hecho el maestro si hubiese dispuesto de todo lo necesario en sus jirras por la Patagonia, desde 1887 a 1903?

Sabemos de muchos naturalistas que fueron o van a la montaña, al valle o al bosque, disponiendo de dinero, de medios de movilidad, de ayudantes y de todo cuanto requiere esas clases de actividades por demás incómodas y no pocas veces difíciles. Así hemos sabido de muchos hombres de ciencia, connacionales y extranjeros, que se volcaron hacia aquellas latitudes sureñas con la única preocupación de lograr materiales de su predilección, porque, por lo demás, iban en su mayor parte, con las maletas repletas de dinero para invertirlo en todo, lo que era menester. No ha habido en muchos de ellos pues, la preocupación económica.

Pero don Carlos no tuvo siempre esa suerte. No podía tenerla porque ni él, ni Florentino y menos sus familiares, podían ofrecérsela. Deieron arreglárselas como mejor pudiese, andando y andando a pie, con las vituallas indispensables al hombro, como mochilla de indio. En esos largos trayectos, el primero gastó muchas alpargatas y en muchas cir-

cunstancias tuvo que remplazarlas por trozos de cuero de guanaco, consuyéndolas a modo de ojotas y todo para satisfacer una vocación. Otras veces necesitó recurrir a los poquísimos puesteros del Sud argentino para solicitarles en calidad de préstamo, algunos caballos o mulares. No pocas veces se dirigió también al reducido número de Autoridades de puertos o de pueblos donde comenzaba a realizar su primera entrada para obtener una ayuda similar. Y otras tantas dispuso en efecto, de algunos metálicos para conseguir alquilar caballos a costa de los ingentes sacrificios realizados por Florentino y Juan al frente de los negocios de librería.

¿Y cuál fue el dinero que percibió como jornal? Ninguno o muy poco por cierto. Gracias que pudo llevar en cada viaje lo indispensable para el sostenimiento personal y para los pocos indígenas utilizados como guías. A éstos le abonaba con algún dinero que, a estar de sus propias manifestaciones, no habría sido mucho, motivado desde luego, por una imposibilidad mayor. Sin embargo, nunca pidió nada para sus ahorros personales. Solo le bastaba saber que sus jiras le proporcionaban una inmensa alegría al hallar piezas y más piezas fósiles, y más aún, sentíase particularmente feliz al saber la enorme satisfacción que le causaba a su hermano mayor toda vez que regresaba a Buenos Aires con las maletas repletas de tantos tesoros. Tesoros de naturaleza espiritual que, desde luego, no podían ser aquilatados con oro, porque estos grandes hombres estaban plenamente convencidos de que esas piezas, relictos de vidas pasadas, superaban en precio al áureo metal.

Si difícil resulta explicarse la aparición de un hombre genial como lo fue Florentino Ameghino en ese ambiente pueblerino, rodeado de la envidia de ignaros y también de modestos hombres de bien que lo aprecian y valoraban en todo su grande saber, más difícil aún resulta esa explicación con respecto a Carlos. Pues, en aquel ambiente del sud patagónico, si bien casi completamente despoblado, no faltó, empero —según sus propias manifestaciones, quien lo tildara de loco, de maníático y hubo quienes no podían comprender cómo se permitía realizar semejantes viajes desde Buenos Aires en procura de fósiles, pensando, por el contrario, que tales búsquedas eran simplemente un motivo para ocultar otras intensiones más graves, como eran, según la mentalidad de esos sujetos, la de conseguir fuentes metalíferas, tesoros escondidos o bien maderías varias.

Por consiguiente, soportó muchas sonrisas, burlonas y no perdió la serenidad en otras circunstancias ante la mirada de soslayo, dirigidas como verdaderas zaetas por algunos de aquellos mal pensados que lo suponían o lo confundían como un vulgar traficante, espía, etc. El tuvo la conciencia bien limpia de que ninguna de esas actividades lo guiaban hacia el cono Sud de la Argentina, pero sí, cumplir con una vocación: extraer del subsuelo esas riquezas espirituales que atesoraban para que su hermano las diera a conocer ante el mundo científico y legarlas, finalmente, al patrimonio de la Nación.

CAPÍTULO VI

El Mentor

Si se examinaran ampliamente la forma como eran encaradas las investigaciones realizadas por esos dos hombres, no sería difícil llegar al convencimiento de que fueron ambos, maestros y discípulos a la vez.

Florentino, no sólo se guió por los datos geológicos que le proporcionara Carlos durante sus largos años dedicados a las exploraciones sino que fue también mentor, y el mejor consejero de su propio maestro, en múltiples circunstancias. Hasta me atrevería a decir que, si hubiese seguido Florentino el consejo de aquél, seguro estoy que sus continuadores no se hubieran visto en la ingrata tarea de rectificarles algunas opiniones que en verdad, no concuerdan con los conocimientos actuales. Pero infelizmente muchos de estos antecedentes son desconocidos porque esas recíprocas consultas, sobre todo con respecto a los restos incompletos, o con los organismos de colocación taxonómica dudosa o incierta, se realizaban mediante prolongadas conversaciones que no trascendían a terceros.

Sin embargo, no todo se ha perdido, pues basta hojear el contenido de las comunicaciones que dirigía a su hermano desde la Patagonia para darse cuenta de mis afirmaciones. Allí no se refleja solamente el hombre que proporcionaba el dato escueto del hallazgo tal o cual fósil, de tal o cual horizonte geológico, de su localidad etc., sino además, la opinión, el parecer, la sugerencia de las características o vinculaciones zoológicas de los fósiles que exhumaba. Esta opinión, indicación etc. constituyó, precisamente, la chispa inicial para su hermano mayor, quien luego de estudiar la pieza, le daba forma definitiva.

Acaso ¿podría alguien atreverse a manifestar que aquella primigenia opinión por demás escueta, auspiciaba por el vigías de la Patagonia no representaba un valioso ejemplo a su hermano genial? Sólo, podrían creerlo así los que no han tratado en vida al primero e indirectamente al segundo.

El uno, provisto de una maquinación cerebral de extraordinaria rapidez al igual que el matemático avezado proporciona al instante el resultado de una ecuación complicada, lo mismo resolvía o encaraba nuevos problemas acopíandolos a su larga lista de hipótesis, teorías, etc., re-

lacionados con la vida de los seres de pasadas edades. Era pues como una caja provista de un poderoso resorte fuertemente aprisionado que, al abrirla, se expandía con extraordinaria rapidez. El otro, también de cerebración rápida en determinadas circunstancias, caracterizábase, por lo regular, por su respuesta lenta y a veces un tanto cautelosa. Su enorme potencial supo sofrenarlo con la moderación, propia de su idiosincrasia, y es por ello que pudo retener o dominar el impulso primero.

"Mi hermano —decíame en reiteras oportunidades—, fue un hombre que se equivocó, como sucedió con tantos sabios de todos los tiempos y latitudes". Y en esto tenía mucha razón porque Florentino no fue solamente un profundo conocedor de las materias que eran de su vocación; no solo poseía pasta de sabio sino la chispa del genio, y cuando los genios se equivocan el error puede ser de considerable magnitud.

"No pocas veces —decíame— he tenido que discrepar con él, aun cuando todo se concretaba a simples conversaciones".

Por otra parte, téngase en cuenta que el tiempo y las preocupaciones de ambos no permitían entregarse a discusiones prolongadas y la mayoría de los casos en que su hermano menor debía proporcionar datos acerca de los hallazgos, lo hacía con el espacio estrictamente necesario, en la esperanza de poderlos ampliar tan pronto regresaba de sus viajes. Bastaría recordar, por ejemplo, la compilación de la correspondencia cambiada entre ambos hermanos desde 1887 a 1900 y publicada en las *Obras Completas* del Dr. F. Ameghino, para darse cuenta de los motivos que hubo para proceder así. Esta correspondencia no ha sido publicada íntegramente, debido en parte, al extravío sufrido por muchas piezas epistolares cuyo paradero se desconocía durante la impresión de la mencionada obra. Recién después pude imponerme de su contenido gracias a la atención que me brindara mi maestro. Otras informaciones que le transmitía desde la Patagonia se han perdido para siempre, debido al extravío de libretas o apuntes que más de una vez tuvo la desgracia de no conseguirlas más durante percances varios que le ocurrieron en su deambular por el Sud y que los recuerda en sus apuntes que he transcripto en otro lugar de la presente.

Sea como fuere, siguiendo el desarrollo de su lectura fácil será también cerciorarse del por qué no podía haber tenido una correspondencia regular entre ambos hermanos. Unas fueron por las vicisitudes apuntadas, otras por los mismos trabajos explorativos y cuando no por la imposibilidad de remitirla debido al correo de entonces y a la prolongada ausencia entre uno y otro barco que hacían el recorrido por las costas patagónicas.

Viajes hubo en que al internarse por el interior de aquellas tierras no volvía al pueblo o al rancho cercano sino recién después de uno o varios meses, pero con todo, no era posible la remisión de la correspondencia como él la hubiera deseado. En tales circunstancias las cartas iban acumulándose en la estafeta o poste restante de algún poblador, y

recién podía conocer su contenido cuando el explorador volvía de su profundo viaje.

He querido hacer este pequeño paréntesis al solo efecto de poner en conocimiento de las causas por las cuales la acción recíproca del parecer o en la solución de problemas de orden paleontológico no han podido verificarse debido al alejamiento motivado por esas prolongadas exploraciones.

No fue el colector de fósiles y de otros objetos de Historia Natural que remitía de tiempo en tiempo a Buenos Aires para ser luego estudiados por especialistas, y sobre todo por su hermano mayor, sino que, a mi juicio fue él un verdadero sabio, naturalista de campo y a la vez mentor. Fue quien proporcionó múltiples datos de los yacimientos fosilíferos, su naturaleza, posición estratigráfica que ratificaba o rectificaba en base a los descubrimientos que hacía continuamente. Fue el mentor de don Florentino, no sólo en cuanto a geología patagónica se refiere, sino también en otras muchas cuestiones inherentes a la taxonomía, ontogenia, filogenia, puesto que él, primero que nadie, al recoger los restos fósiles, entregóse, en innumerables oportunidades, a reflexionar sobre la posición sistemática de lo que iba descubriendo. Pues, si no hubiese mediado esta intuición, tan peculiar como extraordinaria, y propia de un reducido número de seres, no se explicaría por otra parte, cómo pudo haber llegado él a determinar muchos materiales en el medio en que actuó.

Que un hombre de ciencia llegue al final de la jornada a aclarar una duda o a descubrir un hecho de repercusión científica mediante las comparaciones con otras piezas más o menos parecidas, o bien guiado por la consulta de los libros, esto no constituye en cierto modo un caso extraordinariamente grande. Pero en un hombre desprovisto del material que ha de servir de término de comparación y ni siquiera los libros indispensables para las consultas previas, esto sí que constituye un hecho de ser recordado con especial atención, por cuanto la opinión, el parecer, en este caso, deriva de un grande proceso de cerebración. Y es precisamente esto lo que ha poseído también don Carlos. Cualidad tan importante que, infelizmente, ha pasado inadvertida a ciertos espíritus superfluos, de moral indiscutible, desprovistos de la más mínima seriedad al escudarse bajo seudónimos para llegar al atrevimiento de expresar en un libelo aparecido en 1922 de que don Carlos "no había hecho nada en su vida". La maledicencia está en todas partes y la intriga también. Veamos algunas de las tantas sugerencias o sugerencias que tuvo él durante su larga vida de observador: Con la porción anterior de una rama mandibular que encontrara en 1887 en las barrancas del río Santa Cruz, su hermano Florentino fundó en ese mismo año su famoso *Phororhacos longissimus*, y según éste, habría tenido caracteres parecidos a los de los osos hormigueros como así también de ciertos reptiles, motivos por el cual, creó la familia aunque hizo la salvedad del

caso, de su colocación dudosa. Por eso lo refirió al grupo de los desdentados pilosos, algo emparentado con los celidoterios, milodontes, etc.

Poco tiempo después (cuarto viaje) recogía don Carlos otro resto y el 23 de diciembre de 1890, escribíale a su hermano lo siguiente: "Tengo otro pico de *Phororhacos*, con punta y rama posteriores; es un animal enigmático, la parte posterior de la rama mandibular es horizontal, sin rama ascendente. (10)."

"Los grandes pájaros fósiles de Moreno que antes nos intrigaban (*Mesembriornis*), etc., también han aparecido. Los efectivamente gigantescos, aves quizás tan grandes como el *Gastornis*. El pico del *Phororhacos*, ¿no sería de una de estas aves?".

En enero de 1891, Carlos escribía manifestándole todavía sus dudas con respecto a la posibilidad de que fuese el fororaco un ave, inclinándose su opinión más bien por un monotremo extinguido y gigantesco (*Obras Completas*) Vol. XXI, p. 10). Más tarde, (comunicación verbal, escribió a don Florentino que ese pico enigmático debió haber pertenecido a una gran ave, pero esta carta no figura en la compilación de las *Obras Completas*.

De cualquier modo, esa opinión unida a los sucesivos restos que había reunido le indujo a su hermano mayor a una rectificación necesaria y es por ello que la vemos aparecer por vez primera en una de las entregas de la *Revista de Hist. Natural* de 1891, donde la consideraba definitivamente como perteneciente a una gigantesca ave extinguida.

Otro de los hallazgos interesantes que llamó mucho la atención fue la pequeña mandíbula de mono fósil. En efecto, en carta del 1º de mayo de 1891, escribía a don Florentino, entre otras cosas, lo siguiente: "Pero el objeto más interesante recogido aquí es una pequeña mandíbula inferior con dientes, de un animal que desde el primer momento no pude referir a ninguno de los conocidos, teniéndome intrigado hasta mi último viaje, en que recién pude interpretar, no sin sorpresa, su verdadera significación; se trata, nada menos, que de los primeros vestigios de monos fósiles conocidos de la República, probablemente lemúridos, pero hasta ahora, desgraciadamente, representados por escasísimos restos, lo que demuestra que estos eran los animales menos representados en aquella época. Lo único que conozco es este fragmento de mandíbula recogida en Gallegos, cuyos detalles no te los puedo comunicar, porque no los recuerdo, habiéndolo empaquetado antes de conocer su gran importancia, pero creo que poseo la mayor parte de la serie dentaria".

(10) Se trata de una larga comunicación publicada primeramente por F. Ameghino en *Rev. Hist. Nat.* 1891, pp. 119-121, y luego en *Obras Completas*. Vol. XX, pp. 179-181, pero ambas difieren levemente en la redacción y por algunos detalles.

Dejando de lado los detalles de esta pieza, descripta luego por su hermano Florentino con el nombre de *Homunculus patagonicus*, en la correspondencia aludida se perfila otro hecho sugerente, cual es el de haber llegado a la conclusión de que la pieza no podía pertenecer a otro animal sino a un mono primitivo, recién cuando aquella había sido ya embalada. De esta relación redúcese claramente que en los momentos libres, entregábase a la especulación científica y comenzaba a resolver *motu proprio*, problemas que se deslizaban en su mente con la presencia o el hallazgo de piezas fósiles que iba reuniendo durante sus viajes. Y así, con esas cualidades de profundo observador y ese espíritu de especulador deductivo e inductivo a la vez, y antes que su hermano Florentino, pudo llegar a la conclusión de que el citado resto correspondía a un grupo de monos desaparecidos. Más aún, en la descripción aparecida por primera vez en *Rev. Hist. Nat.* 1891, p. 217, dicho resto lo incluía don Florentino al grupo de los lemúridos, guiado precisamente por los datos proporcionados por su hermano menor quien, en la Patagonia no poseía materiales de comparación ni siquiera la literatura correspondiente. Pero recién varios meses después al ser comparado ese resto con otros materiales actuales fósiles, don Florentino expresó que por su detalles anatómicos dicho despojo debió pertenecer a un animal de caracteres superiores y hasta llegó a suponerlo como formando parte de las líneas filogenética antecesora de la familia *Hominidae*. Sin embargo, entre esta última hipótesis y la primigenia de Don Carlos, resulta (de acuerdo a los elementos de juicios actuales) que la emitida por este último tenía más visos de verdad, aunque, sin ser la verdadera.

El Dr. Ameghino, como se sabe, había imaginado a *Homunculus patagonicus*, como un monito de organización zoológica elevada, pero el error debe ser disculpado por cuanto el resto craneano de que dispuso posteriormente era muy incompleto y carecía de toda la parte posterior del cráneo. Más tarde cuando se descubrió en territorio del Chubut el primer cráneo completo (*Homunculus Harringtoni*) pudo saberse también que los homunculus, por lo menos de este género, no fueron monitos especializados; no poseían caracteres elevados; no caminaban semiergudos, sino que poseían en la parte posterior del cráneo detalles poco evolucionados o muy primitivos, como los di a conocer años después (11).

Un caso parecido ocurrió también con el interesante marsupial hallado en el piso hermosense. Desde el primer momento comunicó a su hermano las características del fósil y si hubiera seguido el consejo, no habría dado lugar a que otros le retificasen. Pues en carta del 11 de mayo de 1904, le escribía a su hermano Florentino sobre el re-

(11) Carlos Rusconi, *Las especies de primates del oligoceno de Patagonia (gen. Homunculus)*, en *Revista Argentina de Paleontología y Antropología (Ameghinia)* vol. I pp. 135-53. Bs. As. 1935.

sultado de sus hallazgos realizados en la localidad de Monte Hermoso, sud de la provincia de Buenos Aires, y entre otras cosas decía "De géneros raros, además del ursídeo ya mencionado, ha aparecido al fin un plagiulacoideo que, tenía como antojo encontrar. Es una mandíbula inferior muy pequeña, tanto como *Epanorthus minutus*, pero muy singular. Tiene un aspecto rodentiforme sorprendente, con los molares al parecer de base abierta, y algo semejante a los de *Pithanotomys* y me parece muy probable que se trata de aquel género rarísimo conocido por *Tribodon clemens*. La fórmula dentaria se compone de 4 verdaderos molares y de un pequeño premolar anterior estiliforme y el incisivo es como el de los paucituberculados de Santa Cruz. Yo creo que es un descendiente de los *Promysops* del notostilopense (*Obras Completas*, Vol. XXII, p. 19-20).

Poco tiempo después (1904) su hermano mayor, describía dichos restos con el nombre de *Argyrolagus Palmeri* y lo refirió al grupo de los roedores lagomorfos (liebre europea), considerándolo, además como la forma primordial por donde debieron salir todas las liebres fósiles. Y Don Florentino se había equivocado, no sólo con respecto a la naturaleza del animal, sino también cuando lo creyó como el precursor de todos los lagomorfos actuales y fósiles, puesto que estos animales (de acuerdo con los conocimientos actuales), todo indica que no son originarios de Sud América y en cambio existen en Europa varios representantes del grupo desde la mitad del terciario.

Es cierto que don Carlos supuso también al referido fósil tal vez vinculado a otro animal deficientemente conocido (*Tribodon*) pero este error no tiene mucha importancia por cuanto es bien sabido que ambos hermanos atribuían un origen común a estos roedores con los marsupiales paucituberculados de Patagonia. De cualquier modo, la impresión primera, esto es, la semejanza de dicho resto con el grupo de los marsupiales paucituberculados no la pudo olvidar y es así como al estudiar Kraglievich, en 1930, el mismo resto mandibular más otro descubierto en la prov. de Catamarca, pudo expresar que *Argyrolagus* fue un verdadero marsupial y no un roedor (12).

Años después mi amigo L. J. Parodi encontró otra porción de rama mandibular y precisamente, de la parte posterior que desconocían los sabios citados. Yo la estudié y de acuerdo a sus características di a publicidad un artículo (12a) donde me inclinaba también por su naturaleza marsupialoide. Poco después, el paleontólogo Simpson sostuvo que *Argyrolagus* podía tener vinculaciones con un grupo de tipoteridos aberran-

(12) Lucas Kraglievich, Cuatro notas paleontológicas, sobre "Octomylodon aversus "Amegh. *Argyrolagus Palmeri* "Amegh.", *Tetrastylius montanus*" Amegh. y *Muñizia paranensis* N. G., N. sp. en *Physis*, vol. X pp. 242-266. Bs. As. 1931.

(12a) Carlos Rusconi, New Pliocene Remains of Diprotodont marsupials from Argentina, en *Journal of Mammalogy*, vol. 14, pp. 244-250, New York, 1933.

tes, cosa que me permitió refutar con abundantes pruebas (13). Más recientemente fueron hallados en el mismo horizonte Chapadmalense, restos más completos y algunos manifestaron que dicho animal podía pertenecer a un grupo de mamíferos placentarios y vinculados con los insectívoros. Ya ve el lector los trastornos que suelen causar animales tan pequeños y cuando hay necesidad de darles la ubicación taxonómica que debe corresponderles. Sin embargo, trastornos de esa naturaleza son muy frecuentes en las ciencias naturales y particularmente en las ciencias de los fósiles: primero, porque no siempre uno puede hallar un esqueleto completo que permita ofrecer una opinión sobre la naturaleza de ese fósil. Segundo, porque tratándose de animales extinguidos sin ningún parentesco con la fauna actual, hace difícil la aclaración de su posición taxonómica.

(13) Carlos Rusconi, La supuesta afinidad de *Argyrolagus* con los *Typhotheria*, en *Boletín de la Academia de Ciencias en Córdoba*, vol. XXXIII, pp. 173-182, Buenos Aires, 1936.

CAPITULO VII

La memoria. Recuerdo de la infancia. De sus viajes Libreta de enrolamiento.

Carlos Ameghino tuvo entre otras cualidades como la de excelente observador e inteligente investigador, la memoria y la visual.

Cuando le proporcioné la primera noticia acerca de la explotación de las arenas subterráneas de Villa Ballester y el nombre de la persona entregada a esas tareas de inmediato, me preguntó si dicha persona era hijo de un hombre que durante muchos años vivió en una casa tal, con un balcón de cual forma, ubicada en la Villa de Luján. Poco después de entrevistarme con la persona arriba indicada le recabé informes de sus familiares y este me dijo: efectivamente "era mi padre, pero yo conservo pocos recuerdos de él". Nuevamente al entrevistarme con don Carlos le puse en conocimiento de la misión y de mis profícuos resultados que había obtenido en la visita a la arenera de Villa Ballester (14). El maestro, sin vacilar agregó: "Ese señor se llamaba Tambutto, vestía largas barbas, lo veía continuamente a través de una ventana de rejas cuando yo bajaba por la calle tal para ir en busca de fósiles a las barrancas del río de la villa de Luján". De este hecho había pasado medio siglo o sea desde antes que iniciara don Carlos sus viajes por la Patagonia.

Otra vez, un señor muy anciano que, por una de esas casualidades se entrevistó con los familiares del sabio y después de haber conversado largo rato, pidió que le transmitiera sus saludos dándole finalmente su nombre. La persona encargada de esa misión olvidó el nombre del anciano pero puso en conocimiento de don Carlos otros detalles y este último, sin mayores esfuerzos, dijo: "Ese señor que me saludaba no tenía la nariz de tal forma, era bajo y presentaba tales señas en la cara?" Sí. Entonces —replicó— "ese señor fue un antiguo compañero de clase, era

(14) Con el resultado de la explotación de la arena subterránea, se ha llenado un gran **hiatus** de la paleontología argentina, al exhumar allí una extraordinaria cantidad de fósiles pertenecientes a variados grupos de mamíferos y de otros vertebrados de habitat terrestre, marino, fluviales, etc. que ignoraban por completo nuestros mayores: Muñiz, Burmeister, F. Ameghino, Kraglievich, etc., y cuyos resultados han sido dados por mí en numerosos artículos.

poco aplicado, al extremo de que el maestro se vio en la necesidad de expulsarlo de la escuela". De esto había pasado más de 60 años que dejó de ver a su condiscípulo de la infancia.

Cuando le acompañé a Luján en 1931, tuvo la gentileza de proporcionarme una serie de datos de sus excursiones ya cincuentenarias. Recorrimos el puente de Hierro, el antiguo molino de Bancalari, etc., y durante ese trayecto iba describiéndome en forma precisa los lugares donde había realizado hallazgos paleontológicos: "Aquí encontré los restos de *Paleolama leptognatha*; allí levanté los despojos del primer toxodonte que tuve en mis manos; allá reuní ciertos fósiles que luego de ser llevados a Florentino sobre vino una discusión, porque le había parecido un poco raro la existencia de tales restos en determinado nivel de la barranca. La discusión continuó por varias horas y días hasta que el uno y el otro, piqueta en mano fuimos al lugar en litigio, y después de minutos de trabajo, dio como resultado el hallazgo de nuevas piezas". Don Carlos, pues, había tenido razón de lo que le había anunciado a su hermano mayor.

Seguimos andando y en un lugar de nuestro trayecto le insistí con intención diciéndole: su hermano don Florentino dijo que los restos de la especie X habían sido encontrados en este lugar del Tajamar, por consiguiente, ¿quisiera tener la amabilidad de indicarme el sitio exacto? Pero el maestro, sin mayores esfuerzos de memoria, me replicó: "Florentino no puede haber dicho esto porque la especie X no fue encontrada aquí sino un kilómetro más allá, en un lugar donde era necesario borrar el río, por un caminito interrumpido por una serie de árboles caídos que ahora ya no existen". Esos restos —agregó— los encontré en un día de tormenta de tierra; yo regresaba de una excursión río abajo del Luján; me hallaba casi extenuado; se asomaba la noche, pero me llamaron tanto la atención que comencé la tarea de extraerlos, y como la puntita del hueso se iba agrandando a medida que extraía la tierra de su alrededor, entonces regresé muy tarde al hogar para volver al día siguiente. Se trataba de las extremidades y otros huesos de un gliptodonte que a Florentino le llamaron mucho la atención por ciertas características anatómicas".

Mientras emprendimos el camino de regreso, el maestro detiene la marcha, tuerce la cabeza como queriendo auscultar algún ruido. ¿Qué hace Vd.? le pregunté. "Estoy escuchando los cantos de aquella liebre y de aquella otra torcacia, y del chingolo, porque estas notas me hacen recordar los tiempos de mi adolescencia, cuando hacía mis excursiones y regresaba casi extenuado de cansancio, pero aquellos cantos y silbidos contribuían a fortalecer mis ánimos al par que distraían mi espíritu".

Poco antes de escalar una de las barrancas del río me mostró la cueva de una vizcachera y con tono socarrón, muy especialísimo en él, me dijo: "Aquí está el resto de la casa de un paleontólogo de las pampas". Como la indicación llamó mi atención, le inquirí el por qué: "Vea

—me dijo— Florentino quería mucho a las vizcachas y las apodaba así porque estos animales tienen la curiosa costumbre de reunir en la parte superior o en derredor de la cueva todo objeto extraño; leños, huesos fósiles, etc., que extraen del interior de la misma y por esos motivos mi hermano y yo no dejábamos de revisar la entrada de los nidos de esos roedores porque sabíamos que algún indicio fósil íbamos a reunir si procedíamos a extraer la tierra del derredor de la cueva".

El hecho anotado puede considerárselo verosímil para aquellas zonas donde ese animal es abundante. Pues, durante mis andanzas por la provincia de Buenos Aires, tuve oportunidad de comprobarlo varias veces lo referido por el maestro, y por asociación de ideas, me hacía recordar la costumbre del "Viejo Vizcacha" de la tradición, quien solía llevar en su covacha cualquier trasto viejo, aunque la actividad de este personaje resultaba ser un caso inverso a la costumbre que tiene el referido roedor de no introducir, sino de extraer objetos extraños de la cueva, o el de colocarlos en la proximidad y procedente de otros lugares.

En la vieja casa de la calle Las Heras nacieron los tres hermanos, pero después los padres se mudaron por un tiempo a la casa de la esquina Colón y Muñiz para instalar un negocio de almacén. Años más tarde la familia se dirigió a Buenos Aires, donde en la calle Rivadavia, cerca de Perú volvieron a instalar un negocio similar el que dejaron por inconvenientes varios, para volver nuevamente a Luján.

La casa esquina de Colón y Muñiz requería algunas ampliaciones y de cuya labor se ocupó Florentino y varios miembros de la familia, quienes construyeron varias dependencias en lo alto que todavía se conservaban durante la visita realizada en compañía de mi maestro en 1931. El patio de dicha casa tenía un sector con un curioso "embaldosado". Consistía en numerosos astrágalos de vacunos colocados uno al lado del otro y ocupaban más de un metro cuadrado. Este mismo piso lo había hecho mi maestro durante su juventud, pues cuando recorría por parajes del río y no reunía huesos fósiles, se dedicaba a la recolección de tabas de esos ungulados y cuando le pareció disponer de una gran cantidad, concluyó por utilizarlos como un embaldosado que alcancé a ver en aquella visita.

Si Florentino inició poco antes de los 10 años buscando caracoles por las barrancas del río Luján y hasta llegó a querer saber y explicar a sus mayores el por qué mientras unos se hallaban enterrados a varios metros de profundidad, y otros, en cambio, vivían a la vera de las aguas del mencionado curso, don Carlos, puede decirse, comenzó más joven aún. Florentino tenía 16 años cuando mi maestro sólo había cumplido los cinco años. Desde entonces secundaba en las tareas de su hermano mayor. Algunas veces entretenía en jugar con los caracoles a bochazos, especialmente con los de forma globosa del género *Ampullaria*. Pero en otras circunstancias y después de las represiones de su hermano, aplicábase en colecciónar o en escudriñar dentro de los te-

rrenos del cuaternario cualquier indicio de vida organizada. Estos materiales los iban colocando en cajitas que depositaban en un lugar de la vieja casa de calle Las Heras. Y así, entre juego y juego, propios de la edad juvenil, fue diferenciando un inolusco gastrópodo de un lamelibranquio o pelecípodo, o bien de un hueso actual de otro que presentaba características de fósil. Desde luego que sus primeros pasos no debían haber sido siempre acertados, pero mediante el tacto y la aplicación consecutiva, les permitieron adquirir la experiencia necesaria. Con esta continua labor de buscador infantil y con las enseñanzas impartidas por Florentino, el niño Carlos fue aprendiendo cada vez más. Ya de mozo no era el simple buscador, sino el hombre que comenzaba a estudiar y a sugerir ideas a Florentino que utilizó éste muchas veces en sus primeros escritos.

Evidentemente, Florentino no hubiera podido reunir tan grande y valiosa colección de seres desaparecidos, si no hubiese mediado la intervención de Carlos. Pero la magnitud de esta labor ha quedado en gran parte olvidada o desconocida por la mayoría de los estudiosos, salvo los recuerdos que Florentino dejó estampados en varias oportunidades y también la mención de algunos hombres de ciencia que se dignaron recordar y agradecer los servicios que les prestó, facilitándole materiales diversos que había reunido él durante sus andanzas por diversas regiones del país.

Recuerdos de sus viajes

Tenía don Carlos el propósito de reunir en una memoria los principales aspectos anecdoticos y vicisitudes de algunos de sus viajes porque habrían constituido un ejemplo de enseñanza para la juventud contemporánea dedicada a las exploraciones científicas. La misma que ahora realizan con mayores comodidades y menos dificultades de las que experimentó aquel pionero de la paleontología y geología patagónica, pero no pudo hacerlo. De todo ello sólo alcanzó a confiarle diversos antecedentes que consigno.

En su primer viaje prefirió gente recomendada y criollos, habiendo sido uno de ellos el señor Ataliba. Lo recordó siempre con cariño porque fue con quien compartió horas de infortunio cuando remontó el río Santa Cruz, época en que don Carlos contaba apenas unos 21 años de edad.

Luego, en las jiras sucesivas y con más experiencia adquirida por esas latitudes, fue contratando a criollos y a indígenas, utilizándolos como peones o como guías durante el tiempo que duraba su cometido. Fue de ese modo como alcanzó a reunir centenares de datos acerca de la existencia de enterratorios, paraderos indígenas, yacimientos fosilíferos y, por qué no decirlo también, importantes elementos de la lingüística Tehuelche y Araucana que fueron ventajosamente utilizados por otros estudiosos.

Durante muchos años en contacto con mi maestro y particularmente en los últimos tiempos, sentía gozo al recordar hechos ocurridos. En esos momentos de intimidad iba también rememorando nombres de viejos caciques, capitanejos e indios Tehuelches, Huiliches, Pehuenches, etc., confundidos, a veces, por Araucanos únicamente. Vio más de una vez rostros pintarrajeados que le causaban una impresión indescriptible como le ha ocurrido en algunos de sus primeros viajes y cuyos datos están consignados en otro capítulo. Ha permanecido o se ha cobijado en carpas o toldos de las últimas tolderías Tehuelches; ha visto de cerca los rostros de indígenas provectos, mocetones, jóvenes y hasta de algunas beldades patagonas. Infortunadamente y debido a las múltiples preocupaciones de orden científico, carencia de secretario de un simple ayudante para dar socorro a sus delicadas funciones, no pudo dedicarle al aspecto etnográfico el tiempo necesario. Sin duda, habría aportado a esa rama de la ciencia cuantiosa documentación y posiblemente casi la última si se tiene en cuenta que sólo quedaban pocas familias de indígenas puros y raleadas por la última Expedición al Desierto y por el avance del hombre blanco que, como verdaderas puntas de lanza comenzaban a internarse cada vez más hacia el corazón patagónico.

Painelef y Millagun fueron, entre otros, los aborígenes Tehuelches que acompañaron a don Carlos en otros de sus viajes. Fueron durante un tiempo compañeros de infortunios y los que vieron desfilar ante sus ojos muchos millares de piezas petrificadas, no importa que sus mentalidades no podían llegar a convencerse del valor que aquéllas representaban, científicamente.

Antes de partir con el cargamento de fósiles para Buenos Aires, daba las instrucciones a sus compañeros indígenas indicándoles que dentro de tantos meses regresaría nuevamente, pero con destino a otra región. Por consiguiente, aquellos indígenas se trasladaban hasta el paraje indicado y aguardaban. Cuando esto se producía o sea el arribo de don Carlos, la caravana ponía en marcha hacia un derrotero prefijado. Lo restante eran las 10 o 20 mulas, utilizadas, unas para el transporte de las piezas fósiles que recogían durante el trayecto y para otros fines las restantes. Estos animales les prestaron mejor servicio que los caballos en determinadas oportunidades, debido a su constitución física y sobre todo por la forma de las pezuñas que, como se sabe, se adaptan más a los lugares escabrosos y montañosos. Además, por la alimentación que era casi siempre más reducida y podía suplirla por pastos duros. Esto fue un punto muy importante para el jefe de la expedición, el de averiguar los lugares que debía atravesar, con el fin de hallar mejor pastura dentro de esas inmensas áreas, en parte desprovistas de vegetación y de aguadas con elemento potable.

No pocas veces descubrió en el semblante de sus compañeros, deseos de volver al punto de partida con manifestaciones de desagrado por emprender una excursión a determinado lugar de difícil travesía e inhospitalaria. También se vio en apuros en reiteradas oportunidades al

comprobar la imposibilidad de obtener ni siquiera una mediocre ración para los animales. Pero, con su férrea voluntad y carácter dúctil, adaptable al medio, supo conquistar las simpatías de sus compañeros, repitiéndoles continuamente el estribillo: "Nosotros, animales de razón, podemos imponernos un poco más de sacrificios porque sabemos que al fin llegaremos a la colina deseada o al mallín con pastos y agua, pero las mulas no entienden de razones y por consiguiente, es necesario que sean bien atendidas y mejor alimentadas".

Días hubo en que desde la salida del sol la caravana se ponía en marcha con paso lento, siguiendo el sendero de una montaña, de un valle o de un desfiladero, de los tantos que hubo que recorrer. Sin embargo, no hallaba nada que podía compensarle el sacrificio realizado. No había descubierto fósil alguno. Entonces resolvían buscar el lugar donde guarecerse, pasar la noche para reponer el desgaste físico mediante una modesta cena, un asado con carne de guanaco, de ñandú, marra y algunas galletas duras. Luego, cada cual buscaba un hueco del terreno y envueltos con mantas o con cueros de guanacos, cubríanse para contrarrestar los fuertes y helados vientos cordilleranos.

Con la tibieza de los primeros rayos del sol, comenzaba la tarea de alistar las cargas, después del consabido mate amargo. Iniciaban la marcha por un sendero distinto y entregados a la suerte del destino. En una de ellas y con más suerte, comprobaba durante su camino la presencia de algún vestigio fósil. Si estos se repetían o les parecía de alguna importancia, procedía a su extracción. Otras veces eran puntas de flechas; matas raras y así, de ese modo, yendo y viniendo por uno y otro lado, recorriendo 500 metros hacia el Sud o bien en sentido distinto, iba examinando y dejando de lado trechos para proceder al examen de otros que creían contenían tesoros más codiciados. Terminada la jornada y después del consabido asado y el mate, cada cual buscaba un refugio, una mata, un escondite o simplemente las propias mantas de sus mulas.

Al día siguiente la caravana poníase en marcha, pero esta vez con más suerte puesto que durante el travecto iba encontrando objetos indígenas, plantas, etc. Así continuaba hasta 100 o mil metros para volver a detenerse en busca de otros materiales de interés científico. Más allá eran restos óseos empotrados en la barranca y allí se detenían. Procedía a realizar un previo reconocimiento y como todo parecía promisorio, permanecían por más tiempo. A veces era la punta de un incisivo, al igual que la mandíbula, luego el cráneo y finalmente lo restante del esqueleto que volvía a recibir la luz del sol después de quizás cuantos millones de años de haber estado oculto en las entrañas de la tierra. Se procedía a aligerarlo de la roca envolvente y a su embalaje. Otras veces y muy a pesar de él, tuvo que dejar parte del esqueleto de un animal debido a la falta de animales de carga. Por ese motivo es que en la colección de los Ameghinos predominan más partes craneanas. Los bultos

iban depositándos en determinados trechos del camino o eran enterrados para mayor seguridad, anotando previamente los lugares vecinos que servían como puntos de referencias. Los despojos de pequeñas magnitudes eran colocados en petacas, bolsas de cuero o en las cogoteras de guanacos, etc. De regreso, aquellos bultos más pesados eran recogidos para ser transportados hasta el campamento provisario. El transporte de esos materiales necesitaban muchas idas y vueltas hasta la costa o hacia un puerto vecino. Allí debía permanecer días y semanas hasta el arribo de un buque que los conduciría hasta Buenos Aires, donde, con impaciencia aguardaba don Florentino para recibirlos y continuar con su profícua labor, descubriendo secretos que antes nadie había anunciado.

Aquel vigías de la Patagonia continuaba revisando lugar tras lugar. Aumentaba el cervo de esas preciadas colecciones, llenando uno y otro cajón con relictos variados y valiosos hasta que un buen día daba por terminada esa expedición y se ponía en marcha hacia Buenos Aires, pero antes impartía instrucciones a Ataliba, a Millagun, Painelef u otros indicándoles que dentro de un tiempo prefijado debían hallarse en otro punto del territorio patagónico donde desembarcaría don Carlos para continuar desde allí nuevas jiras, tierra adentro.

En sus viajes por el Sud fueron el guanaco, el choique, la marra, etc., los principales alimentos con que contó y utilizó el cuero del primero como abrigo. El cogote de este camélido lo empleó como verdaderas bolsas. Los daba vuelta con el pelo al interior y dentro colocaba las piezas más delicadas envueltas a su vez con paja coirón, etc. Una vez llena las cogoteras procedía a coserlas con tientos o bien con los ligamentos de las patas del ñandú o del choique. Así llegaban a Buenos Aires en buenas condiciones de preservación. En aquel medio inhóspito, desprovisto casi de materiales adecuados fue donde mi maestro se ingenió para superar dificultades. Buscó la manera de preparar bultos con una cubierta exterior más o menos dura, lo mismo que medio siglo después han hecho otros estudiosos, pero empleando ya cintas de hilo con peso para recubrir o vendar al fósil. Luego de mojada, la envoltura que daba elía transformada en durísimos bolos, impidiendo la destrucción o fracturación de su contenido.

No en todos sus viajes continentales tuvo el mismo paisaje montañoso o escarpado, subiendo y bajando por colinas agrestes, de escoriales o resbaladizas, sino que en muchas ocasiones le fue necesario vadear arroyos, ríos torrentosos. La tarea en estos casos resultaba difícil y peligrosa; pues, si bien en circunstancias apremiantes suele el hombre buscar los elementos necesarios para trasladarse de una orilla de un río, utilizando una canoa, un largo palo o a nado, las mulas cargadas, en cambio, generalmente debían pasar a nado y en muchas oportunidades se resistían llevar consigo más carga de la de su propio cuerpo. Y estas eran pues, las preocupaciones del jefe de la expedición porque corría el riesgo de perder uno o varios animales arrastrados por la corriente y al mismo tiempo el precioso cargamento, fruto quien sabe de cuantos

sacrificios. En más de una ocasión presenció hechos desagradables al par que dolorosos al ver que uno de sus animales era llevado por la corriente de un río torrentoso y cuando no, se perdía para siempre o sufría deterioros su cargamento que le obligaba a detener la marcha para restablecer los desperfectos.

De regreso de una excursión por la Patagonia, el naturalista Koslowsky había advertido desde lejos un bulto que sobresalía en una zona de la Pampa del Castillo y como llamara su atención, se dirigió de inmediato hacia el punto. Cuando estuvo cerca quedó sorprendido al ver una pila de cajones recubiertos parcialmente por una gruesa capa de nieve que había comenzado a caer desde varios días atrás. Después de haberlo examinado observó un hueco formado por aquellos cajones y dentro un hombre que se hallaba semiacurrucado. Cuando inspeccionó mejor quedó Koslowsky sorprendido al comprobar la presencia de don Carlos con la cara casi cubierta de una irlsuta barba negra. Ambos exploradores, entonces, se confundieron en un fuerte abrazo. Luego comenzó refiriéndole la odisea. Que debió permanecer allí durante tres días porque el vehículo que debía llevar a él y a los bultos, no llegó a tiempo, causado en parte por la intensa nevada que cubrió gran parte del único camino o huella que se dirigía hacia la costa Atlántica y de allí debían ser transportados los bultos hacia Buenos Aires.

Casos como estos ha tenido que soportar varios durante su larga vida de explorador, pero nadie o muy pocos son los que lo conocen. Ignoran las vicisitudes ocurridas a ese hombre y desde luego no imaginan que esas piezas paleontológicas existentes en los Museos del Plata y son utilizadas por otros estudiosos, han corrido semejante albur.

En su primer viaje, la presencia de un puma o los rastros del felino consistía cierta preocupación, como nos lo cuenta el mismo en otro lugar de esta obra. Pero bien pronto fue tonificando su espíritu hasta que con el continuo deambular y conocer el ambiente y la idiosincrasia del animal, ya no le preocupaba su presencia, sino que en varias oportunidades fue sólo o acompañado en busca de aquéllos a los cuales redujo muchos a tiro de boleadora, como lo hacen todavía en determinadas circunstancias, ciertos cazadores de zorros y de pumas de diversos lugares de Mendoza y del país.

Más de una vez se halló no sólo completamente aislado del resto del mundo, sino que en más de una oportunidad extravióse entre los numerosos vericuetos de los valles del occidente argentino al punto de que en varias fechas dio lugar para que los escasísimos pobladores comentaran, no sin preocupación, su prolongada ausencia. Así le sucedió en uno de los últimos viajes por el Oeste de la gobernación del Chubut, ahora provincia, que había emprendido con la esperanza de realizar un hallazgo de mucha importancia. En esa oportunidad se internó solo; llevó víveres para un determinado número de días, pero calculó mal. Primero, porque una mula carguera tuvo la desgracia de caer al precipicio perdiendo parte de los materiales que llevaba. Segundo, porque había

empleado el doble de tiempo motivado por dificultades surgidas durante el camino abrupto, lleno de peligros, tercero, porque los guías indígenas se resistieron esta vez en acompañarle porque tenían sospecha de qué el maestro iría a explotar también un cementerio indígena donde se hallaba enterrado un cacique de significación, y aquéllos, temiendo cualquier desgracia futura, en caso de que hubiesen revelado el aposento de sus mayores tribus, no quisieron acompañarle muy a pesar. "Por esos motivos —dice— me interné sólo acompañado de mi gran fe. Me extravié por esos laberintos y quedé aislado sin poder comunicarme con nadie. En esa jira supe de muchas penurias que, todavía hoy, cuando cruzan por mi mente, me parece que la piel se me eriza. De noche no dormía, desvelado a causa de la gran cantidad de pumas que merodeaban a mis pobres equinos y corría el riesgo de tener que volver de a pie. Durante el día debía estar observando nuevos elementos para la ciencia".

Cuando mi maestro partía hacia el interior, le dejaba expresado a los pocos pobladores lugareños que para el día tal regresaría. Pero aquéllos, al ver que los días transcurrían y sin tener noticias, entonces no sólo sentíanse molestos sino que la alarma cundía hasta las autoridades del Chubut y éstas enviaban alguna patrulla para dar con su paradero. Sin embargo, no todas las veces que se internó más de la cuenta procedían las autoridades a ir en su busca, porque en aquel entonces, eran sumamente escasos los gendarmes y los lugares que debían recorrer no siempre eran fácilmente transitados. Pues, en una oportunidad había dejado gran parte de sus maletas en el rancho de los aborígenes *Manquel*, dedicados a la siembra de una pequeña parcela y al cuidado de unas magras majadas de ovejas. Ante estos le había manifestado que se alejaría por varios días con el fin de recorrer una quebrada lateral al río Santa Cruz.

Después de iniciada la jira y no habiendo hallado nada de importancia, siguió recorriendo otro trecho y luego otro y en este último fue donde pudo vislumbrar los restos de pequeños roedores y de otros mamíferos del terciario inferior. En vista de ello dedicóse a la tarea de su exhumación colocando las pequeñas piezas en el interior de las cogoteras de guanacos.

Mientras tanto, los familiares de *Manquel* se hallaban preocupados porque supusieron que algún percance le habría ocurrido. Por estos motivos decidió el jefe de la familia aborigen enviar a su hijo y un peón, pero al cabo de varios días regresaron sin noticias satisfactorias. Entonces el viejo *Manquel* y dos personas más decidieron rastraer al perdido y cada cual por diferentes caminos. Recién al quinto día y mientras se hallaba en la ladera de una profunda quebrada, alcanzaron a oír de vez en cuando golpes de martillo o de piqueta. Ante estos ruidos extraños en aquel deshabitado lugar, los pezquizantes acuñaron más la atención, y poco después de haber localizado la orientación de donde procedían, se dirigieron allí. En ese mismo lugar le vieron completamente atareado

en extraer de la roca los restos de uno de los tantos esqueletos fósiles descubiertos en su largo peregrinaje por tierras sureñas.

“Pero, don Carlos —dijo el viejo *Manquel*— Vd. nos ha dejado muy preocupado por su larga ausencia de 25 días y pensando que le habría ocurrido algo, nosotros hemos venido para socorrerle y para traerle repletos los cupiles con charqui de guanaco, porque sospechábamos que se encontraría faltó de alimentos”. Nada de eso —replicó el explorador, sonriente—, aunque con una vestimenta semiharapienta que hacía tono con su larga y abultada barba oscura, parecida más a la de un oso de montaña que a un hombre de ciencia. Pues, si bien sus alimentos se habían terminado, en cambio, los consiguió matando hoy una marra, luego un quirquincho, perdices y hasta consiguió dar con nidadas de huevos de choique, y por eso no se preocupó en volver.

Durante esos 25 días de ausencia, había podido reunir una gran colección de restos de mamíferos terciarios. Los fue embalando en las referidas cogoteras de guanaco para luego transportarlas hasta el puerto cercano. De allí los embarcaba hacia la Capital Federal, donde su hermano Florentino, con las ansias e impaciencia imaginable, los esperaba para alimentar su espíritu y dar a publicidad el resultado de los nuevos descubrimientos.

Hay regiones en la citada Patagonia en que las aguas pluviales no son frecuentes. Pero en otras suelen desencadenarse en forma diluvial, acompañadas de granizadas que, en pocos minutos, transforman la superficie en inmensas sábanas blancas y heladas. En muchos de estos viajes también ha tenido que padecer las consecuencias de los bruscos cambios de temperatura, y al verse sorprendido, quedaban sus pilchas completamente empapadas. Cuando esto le ocurría, procedía a juntar charas, musca o leñas de los huecos de los barrancos para proceder a su encendido con el fin de secar las ropas; pues era imposible permanecer en esas condiciones en un ambiente con temperatura a bajo cero y particularmente ventoso. También ha tenido que vadear innumerables veces los ríos y arroyos patagónicos y en no pocas circunstancias, según me lo ha referido, tuvo percances muy variados. Algunas veces, por habersele caído parte de las cargas de los mulares y en otras caerse él mismo en las aguas heladas o torrentosas con el inminente peligro de verse arrastrado y perder la vida.

En algunos de los largos viajes tuvo que seguir la huella de las pizadas de los viejos derroteros indios y también lo hizo por rastrelladas truginadas por quien sabe cuantas generaciones de Tehuelches y otras tribus. También vio más de una vez relictos de tolderías abandonadas; restos de fogones cuyos autores habían desaparecido muchísimos años atrás, pero quedaban aún el recuerdo de quien sabe cuantas reuniones, cuantos festejos y Parlamentos que no sabremos jamás porque ellos no han sido registrados en el legajo histórico. Encontró también pequeñas tolderías o ranchos de empalizadas ocupadas por pocas familias de Tehuelches. En una de éstas, me decía, era habitada por *Ghennaken*, vie-

jo aborigen de unos 80 años. Su padre fue cacique que acaudalaba un gran número de mocetones y en las contiendas guerras sólo llevaban arco con flechas, chuzas y boleadoras. Aquel descendiente lo había recibido con cierto aire de desconfianza. Después de saludarlo, pidió si le permitía aparearse del caballo a lo cual el jefe indio dio su asentimiento con inclinación de cabeza. El visitante le expuso cual era su misión, pero el indígena lo miró de soslayo, con los ojos semiabiertos, porque creía que el forastero venía con otros propósitos; el de remover aposentos humanos a los cuales los indígenas supieron conservarlos como cosa sagrada. Pero don Carlos le explicó, mediante algunos ejemplos que llevaba en sus maletas; que su viaje tenía por objeto reunir huesos fósiles y entonces el indígena se mostró más afable. A pesar de la edad, era un hombre de una constitución física ponderable de altura elevada, cabeza robusta, pelo lacio y renegrido y requemado por la nevica o de los “vientos blancos” de la estación invernal. Los demás miembros de la familia no se hallaban presentes pero sí vichando por entre las endijas de las empalizadas o de los agujeros de los cueros de guanacos que pendían a modo de paredes del toldo.

Después de una larga conversación, el indígena le ofreció ayuda (muy poca por cierto, en ese toldo) pero le prestó un caballo, por cuanto una de las mulas carguera la había perdido poco antes el naturalista. En dicho toldo pernoctó varias noches, mientras que durante el día hacía jiras de observación por las innumerables barrancas cercanas. Por esos parajes reunió muchos fósiles y al atardecer los llevaba al toldo para proceder a su embalaje. Sin embargo, una de las mujeres indígenas, de edad, siempre se le había mostrado recelosa. No podía convencerse de que restos tan insignificantes, para su mentalidad, podían ser motivo de largos viajes desde la Capital Federal y con los consiguientes gastos. En cambio, creía que don Carlos habría sido embrujado o se le había apoderado de él el Hualicho o el diablo, y de allí la aprehensión de esa mujer. Empero, las cosas cambiaron el último día, cuando los demás aborígenes se enteraron de su partida. Entonces quedaron muy tristes. El jefe indio deseaba que permaneciese mayor tiempo en ese paraje y se ofrecía a prodigarle más atenciones. De cualquier modo, su partida fue bien despedida y *Ghennaken* experimentó satisfacción en acompañarle durante muchas leguas hasta que después de un abrazo, perdióse de vista el maestro entre los innumerables vericuetos del occidente patagónico.

En más de una oportunidad me refirió casos similares observados entre esa gente, pusilánime en ciertos aspectos y recelosa en otras circunstancias. Pero por lo general, siempre encontró un toldo indígena donde pernoctar y la mano amiga de sus dueños, atención ésta que contribuyó a fortalecer su fe para proseguir en sus andanzas, internándose por tantísimos lugares del sud argentino.

Estos recuerdos anecdóticos, referido con la parquedad que le caracterizó en todas sus manifestaciones, sean científicas u hogareñas, me-

recen aún más fe. No fue muy inclinado hacer resaltar sacrificios y vicisitudes de sus largos viajes y muchísimas más se las ha llevado consigo. Ahora sólo quiero recordar como ejemplo, de sus reiterados "extravíos", el siguiente: En una de esas expediciones realizadas por el territorio del Chubut, se había internado muchísimo hacia el occidente, y las autoridades locales que lo habían entrevistado antes de la partida, comenzaron a preocuparse por su prolongada ausencia, dado que el joven naturalista había comunicado realizar una jira de pocos días. Pero en vista de que no regresaba, las autoridades comisionaron a varias personas con el fin de dar con el paradero de aquél. Mas, como los resultados habían sido negativos, creyeron oportuno comunicar a la Superioridad aquella búsqueda infructuosa. El hecho trascendió a Buenos Aires donde lo comentaron varios diarios de la Capital Federal y entre los cuales "La Nación" quien en su sueldo del 3 de noviembre de 1900, que poseo, dice lo siguiente:

"CHUBUT. El explorador Ameghino. Sin noticias de su paradero.

Rawson, Nov. 2. Hasta ahora no se han recibido noticias del explorador Carlos Ameghino. Se supone que haya remontado la región de los Lagos, Colhuehuapi.

"Ha llegado un industrial de 40 leguas más arriba del Zenguer, y dice que no obtuvo noticias de Ameghino.

"Mañana la Gobernación mandará comisiones a buscarlo".

Poco tiempo después, don Carlos regresaba sano y satisfecho de todo cuanto había visto, a excepción de las penurias sufridas durante el trayecto, pero ellas venían compensadas con un cargamento de fósiles y observaciones nuevas para la ciencia.

Durante años se vio rodeado de la inmensidad del desierto patagónico alimentado en las horas de la noche con el calor de las llamas de un fogón y teniendo como techo un firmamento tachonado de estrellas. No pocas veces auscultó el aullido del *Nahuel* (*Jaguaré*) aunque ya casi completamente extinguido, o del *Pangi* o *Pagi* (puma). En ciertas circunstancias los vio acercarse o agazapándose para intentar el zarpazo mortal hacia ese hombre que lo veían solo o acompañado de sus pocos baqueanos. Hubo situaciones en que necesitó estar alerta durante la noche para prevenirse de la ingrata visita de esos famélicos felinos y el ahuyentárselos por medio de fogatas, no obstante que durante el día había trajinado, realizando un gran desgaste de energías. Sin embargo, era menester no cerrar los párpados a fin de no verse sorprendido él o algunos de sus animales que cuidaba con cariño y por obligación.

¡Qué diferencia entre las posteridades del siglo pasado y la actualidad! Entonces ese joven naturalista tuvo que deambular, generalmente con magros recursos, por sendas o picadas hechas por generaciones de Tehuelches y Pehuenches, esto es, por las pocas familias que dejaron raleadas los miembros de la gran Expedición al Desierto. Enton-

ces, la naturaleza se mantenía casi virgen. No existían a mucha leguas a la redonda, ranchos habitados por personas que podían socorrerle o prestarle alguna orientación. No había tantos caminos como los que existen en la actualidad recorridos por vehículos motorizados; por gentes que van y vienen para realizar compromisos comerciales o para practicar jiras de expansión turística.

Cuando el lector se componer de las condiciones ambientales semiselváticas de aquella época; de las grandes dificultades que imponían esos viajes; de los pobres recursos de que dispuso, recién entonces sería posible aquilarlos aunque vagamente ese enorme sacrificio impuesto por ese hombre que, un buen día, decidió alejarse hacia la "tierra maldita" recordada por Darwin, y después de tres lustros de repetidos viajes, consiguiera reunir y entregar al patrimonio intelectual del país y de la ciencia universal, un cuantioso material de estudio que nos llena de orgullo a todos los argentinos. Ese fue, pues, don Carlos Ameghino.

Libreta de enrolamiento

Otro de los hechos que no ha dejado de llamar la atención a ciertas personas es lo referente a su libreta de enrolamiento, obtenida a una edad relativamente avanzada, no obstante haber cumplido con los actos cívicos siempre que las circunstancias se lo permitieron.

El caso tiene su explicación si se recuerda que durante más de 16 años o sea gran parte de su juventud, los dedicó a las exploraciones geopaleontológicas del extremo Sud argentino, donde, por circunstancias fáciles de comprender, debía permanecer a veces hasta muchos meses alejado de todo paraje habitado y cuando no, desprovisto de todo elemento de comunicación. De ahí también el motivo por el cual no pudo cumplir a su debido tiempo con los requisitos que establece la ley relativa a la ciudadanía. En cambio, regularizó esa situación cuando había cumplido 37 años, o sea, después de su último viaje a la Patagonia. Y esto lo demuestra fehacientemente el manuscrito que poseo.

Trátase de un borrador hecho de puño y letra de su hermano Florentino, pero figura como firmante Carlos, haciéndome suponer que la nota original dirigida a la Superioridad Militar, debe haber sido escrita por este último, tal como he podido comprobar en otros casos similares de cartas que iban dirigidas a otras personas, pero basadas sobre el borrador redactado por su hermano mayor.

Este recuerdo no significa un menoscabo hacia mi maestro sino sencillamente que, dada las tareas de orden científico a que estuvo entregado casi toda su vida, y reconociendo la facilidad con que redactaba su hermano, es por ello que algunas cartas destinadas a determinadas personas, eran primeramente redactadas por don Florentino y luego pasadas en limpio por Carlos. El contenido del documento que motiva estas líneas es el siguiente:

"Buenos Aires, abril 1903.

Señor Coronel Rómulo Páez, Inspector General de Enrolamiento.

Tengo el honor de dirigirme al señor Inspector General de Enrolamiento, que he quedado sin enrolarme por causas completamente ajenas a mi voluntad y pedirle se me permita regularizar la situación anormal en que me encuentro.

"Van para 16 años que en mi ocupación de naturalista viajero, recorro los territorios patagónicos, casi completamente alejados de los centros de la población, reuniendo colecciones en beneficio de la ciencia y de la patria.

"El último viaje del que acabo de regresar en el Guardia Nacional, lo emprendí en febrero de 1901. Desembarqué en Santa Cruz y emprendí por tierra viaje al Norte llegando a Comodoro Rivadavia en el mes de octubre del mismo año. El del mismo mes me internaba al Oeste, en dirección al Lago Buenos Aires, explorando una parte considerable de la región andina. En viaje de regreso llegué a la costa a mediados de setiembre de 1902 deteniéndome en estudios de la región litoral hasta el pasado mes de marzo.

"Siempre he cumplido con mis deberes de ciudadano; acompaña a la presente mi última papeleta, y un certificado del Director del Museo Nacional conjuntamente con varios telegramas y cartas, como comprobantes de la exposición que antecede.

En vista de los expuesto del modo más respectuoso posible, solicito del señor Inspector se me acuerde el permiso correspondiente para enrolarme y regularizar la posición incómoda en la que involuntariamente me encuentro. Es gracia y Justicia.

Saluda al señor Inspector con el mayor respeto y consideración.

Firmado: Carlos Ameghino
Naturalista del Museo
Nacional".

CAPÍTULO VIII

Importancia de sus investigaciones

Cuando se habla de la obra del maestro y eminente sabio, Dr. Florentino Ameghino, se entiende que a ella va aparejada también la de su hermano Carlos, porque ambos forman parte de un solo engranaje. Pues, aquellos que siguen de cerca los descubrimientos de fósiles o entregados a estas disciplinas de nuestro pasado biológico; los que por uno u otro motivo, tuvieron necesidad de informarse de algunos de los aspectos de las múltiples faunas del suelo argentino y particularmente del territorio patagónico; los que en más de una ocasión se habrán sentido particularmente feliz al tener noticias de una, dos o más expediciones se organizaban en distintos centros científicos del extranjero para realizar estudios de geología, paleontología, etc., en esa privilegiada tierra sureña para luego dar a conocer sus resultados en volúmenes; los que han tenido la oportunidad de leer y estudiar en las principales revistas del país y del exterior, páginas y más páginas de observaciones relativas a descubrimientos, teoría de valor científico o filosófico dados a conocer por ese genio que fue el Dr. Florentino, no pueden olvidar que gran parte de los descubrimientos sobre los cuales basó sus observaciones, ha sido debida a la extraordinaria voluntad y espíritu investigador del que fue don Carlos Ameghino.

Sin Carlos, Florentino, tal vez, no hubiera dejado una obra impecable y de incalculable valor. Tal vez no hubiera descripto tan grande cantidad de seres ahora en estado pétreo. Tal vez no hubiera dado a conocer muchas teorías acerca de la evolución operadas en múltiples ramas filéticas que constituyen nuestro gran acervo de la historia organizada del terciario Argentino. Su perseverancia, espíritu de sacrificio y amor abnegado al terreno y a la naturaleza misma, son sus dotes máspreciados, y son los que durante cuatro decenios sirvieron para alimentar, por así decirlo, el cerebro de su ilustre hermano Florentino. Fue para él el brazo derecho, pero fue también en numerosas oportunidades, el mentor y el supervisor en más de un problema de nuestra geología patagónica.

Nadie mejor que Florentino podía brindarnos páginas nutridas de temas relativos a las características de cada una de nuestras faunas ter-

ciarias, el proceso operado en el camino de la especialización, o de las modificaciones impuestas por una serie de factores a través de las sucesiones geológicas que se verificaron en el transcurso de millones de años. Y ninguno mejor que don Carlos podía brindarnos la oportunidad de ilustrarnos acerca de las sucesivas capas geológicas con sus elementos biológicos más típicos que representan en su conjunto la más completa serie de nuestra estratigrafía y paleontología de una gran parte del terciario argentino.

Como Florentino, Carlos fue un autodidacta por excelencia, pero ambos llegaron a ser maestros de maestros. Su hermano mayor no dejó en vida discípulos, no obstante haber tenido inteligentes colaboradores y simpatizantes como Ambrosetti, Zeballos, Spegazzini, Holmberg, Scalabrini, Senet, y hombres de ciencia radicados en el exterior: Gaudry, Trouessardt, Gervais, Cope etc. Pero Carlos dejó algunos, de los cuales uno de ellos, lo sorprendió la infiusta en la plenitud de su desarrollo intelectual. Esa realidad de méritos positivos fue Lucas Kraglievich, mi segundo maestro, fallecido en 1932 a consecuencia de hechos señalados succinctamente en otro lugar.

Con el deseo de servir a su hermano mayor en el ideal de que se había impuesto y con el propio deseo de conocer, aprender y descubrir el aposento de milenarios seres desaparecidos, un buen día de 1887 y casi adolescente, se dirigió don Carlos rumbo al Sud donde otrora lo habían hecho exploradores de fama, argentinos y extranjeros. Y ese día, fue también el principio de su más brillante carrera científica porque abrió una página más de ese gran libro de la naturaleza ya innanimada, como en el caso del extremo sud de nuestro país, atesoraba un mundo de reliquias que vivieron en diferentes épocas del terciario.

Desde entonces fue llenando página tras página con descubrimientos de excepcional importancia, anotando su posición estratigráfica, la naturaleza de las rocas donde se hallaban empotrados, reuniendo multitud de objetos diversos etc. Han pasado ya, —decía yo en otra oportunidad— más de un cuarto de siglo desde que apareció una de las más importantes obras de geología y paleontología patagónicas (*Les formations sédimentaires* etc. 1906). Y desde esa fecha a esta parte ese territorio fue el campo predilecto para múltiples investigaciones con el propósito de explotar los combustibles minerales y sus derivados, y bien: ¿Qué modificaciones importantes ha sufrido esa obra del Dr. Florentino durante tan largo tiempo? Muy pocas por cierto. Esa obra publicada en el año citado que es el resultado de muchos años de sacrificios, de investigaciones, de compulsas etc., se deben en gran parte a ese modesto hombre que recordamos con cariño en estas circunstancias: don Carlos Ameghino.

He dicho modesto y no otra cosa porque en más de una oportunidad han dado pruebas fehacientes sus propios actos. Su sinceridad y hombría de bien lo repiten todos aquellos que de una u otra manera tuvieron el honor de tratarle de cerca; pero por esto mismo que durante su actuación

pública fue un ferviente admirador y estimulador para todo aquel que iba en busca de un consejo o en procura de aprender, no faltaron los que se congregaron su simpatía para conseguir otro objetivo muy distinto: el de escalar posiciones inmerecidas.

Cuando llegó a ser Jefe de la sección de Paleontología o bien cuando ejerció la Dirección del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, don Carlos nunca cerró las puertas a nadie, pero en cambio lo han hecho otros que se dejaron llevar por la ofuscación, intención aviesa etc. al desautorizarlo, como ocurrió hace años, cuando el maestro presentó en persona a la citada institución para expresar sus deseos de que debía estimularse a los investigadores argentinos, interesados en estudiar precisamente, materiales que él había reunido para ese fin durante tantos años de penurias, después de una improba labor dedicados única y exclusivamente al servicio de la ciencia y de la humanidad.

Desde lo más alto de su posición oficial, podía haber repetido o poner en práctica aquel adagio "diente por diente" puesto que él y sobre todo su hermano mayor conocieron en carne propia las consecuencias de ese espíritu carente de toda colaboración, de apasionada animosidad, propia de seres mezquinos o enfermizos. Sin embargo no tuvo necesidad de llegar a eso, ni por la investidura que poseía ni como hombre de ciencia, ni por su hombría de bien. Y así, como pudieron cobijarse bajo las alas de un Florentino distinguidos investigadores, así también le cupo en suerte a don Carlos verse rodeado de gente estudiosa, modesta y por sobre todo honrada.

De ningún modo sería posible dar a conocer en estas escuetas páginas el resultado de sus observaciones y descubrimientos, ni siquiera la mención de centenares de géneros, y familias extinguidas. Pues, de esa labor se encargó ya su hermano mayor en múltiples trabajos y monografías. Por consiguiente, su vida entregada casi por entero a la ciencia, es un ejemplo digno del mayor elogio. Y como Rivadavia, Alberdi, Sarmiento, Mitre etc. también don Carlos Ameghino al igual que su hermano Florentino, ha pasado a engrosar la nómina de aquellos que no pertenecen a si mismo, sino al patrimonio del suelo patrio y de la humanidad.

Tal vez alguien creerá que me he excedido con respecto a don Carlos, pero estarán de acuerdo los que conocen la obra realizada en el campo explorativo. Los resultados de sus 16 viajes de investigaciones por la Patagonia son tan grandes que sería imposible sintetizarlos aquí. Sus actividades no se redujeron solamente al campo de la geopaleontología, sino también a otras disciplinas como la Malacología, la Arqueología, la Antropología, Linguística, Botánica etc. Fue, en fin, un hombre múltiple no tanto en el sentido de su labor publicitaria, sino el de haber proporcionado materiales útiles a hombres entregados a esas especialidades.

En el campo de la Malacología reunió tan variado e importante material de las primeras ingestiones marinas del terciario patagónico que

dieron lugar a varias publicaciones y entre las cuales se destaca la importantísima obra de von Ihering "Les mollusques du Cretacé" etc. 1907. Dicha obra publicada más de un cuarto de siglo atrás, constituye la guía imprescindible de los estudiosos dedicados a esta rama de la ciencia. Su contenido principal está aún vigente, pese a las modificaciones parciales impuestas por los nuevos descubrimientos.

En la lingüística también hizo su aporte. Gracias a sus cualidades todo punta de flechas, bolas de boleadoras y utensilios varios. Todo ello contribuyó a la elaboración de la obra del profesor Outes: *Edad de la Piedra en Patagonia*, 1906.

En la lingüística también hizo su aporte. Gracias a sus cualidades de observador reunió en diferentes tiempos y lugares numerosas voces del idioma Tehuelche, del araucano y una parte le fue suministrada al Dr. R. Lehmann-Nitsche. También contribuyó en la ciencia botánica al proporcionarle al Dr. C. Spegazzini ejemplares de la flora patagónica que luego las dio a conocer en revistas especializadas.

Si de todas estas ramas de la ciencia, que no eran las especialidades de su vocación pudo, empero, contribuir: ¿Qué no habrá sido entonces en el campo de su predilección: la geopaleontología patagónica?

Con anterioridad habían sido visitadas dichas tierras por los primeros hispánicos, historiadores, geógrafos, etnógrafos que no es el caso reseñar. Con respecto a los naturalistas extranjeros figuran d'Orbigny, Darwin etc. y argentinos como Moyano, Moreno y tantos otros que han contribuido al desarrollo de la ciencia en más de un aspecto.

Después de 1887 ese territorio, puede decirse, recibía los brazos de un hombre (Carlos) y el cerebro de otro (Florentino) y entre ambos, con una coordinación de ideas y de miras perfectamente equilibradas, inician o dan el más grande impulso en la serie de descubrimientos del pasado biológico que permanecían ocultos para aquellos otros que le precedieron. Es así como comenzaron a desfilar bajo la pluma del genial Florentino Ameghino, al igual que un films cinematográfico, miradas de formas organizadas, extraídas por don Carlos de aquellos aposentos que se pierden en los milenios tales como: los primeros fósiles con los cuales su hermano fundó su *Phororhacos* y recién en viajes posteriores pudo saberse que se trataba de aves de rapiña, de hábitos terrestres y de talla gigantesca. Su cráneo no guarda proporción con el cuerpo; pues es tan extraordinariamente grande que puede comparárselo al del caballo.

Los primeros o mejores restos de monos oligocénicos fueron toda una revelación provocando revolución científica en algunas esferas intelectuales de Europa etc. Algunos como los del género *Homunculus* habían sido considerados por don Florentino como los ancestrales de todos los monos y al mismo tiempo, el punto de partida de otra serie de primatos que debía finalizar más tarde con la especie a que pertenecemos, hipótesis que no ha sido aceptada.

Los primeros insectívoros fósiles sudamericanos (*Necrolestes*), tan extraños como interesantes.

Los primeros diprodontes plagiulacoides de tamaño diminuto, caracterizados entre otras cosas, por la presencia de un diente inferior extraordinariamente desarrollado y de forma única entre los demás mamíferos conocidos.

Los primeros marsupiales carnívoros, vinculados a las comadrejas actuales. Estos pequeños seres, (*Proteodidelphis*), representan hasta ahora los más vetustos mamíferos del suelo argentino y su trayectoria filogenética abarca muchos millones de años.

Los primeros marsupiales carnívoros, vinculados a los dasiuros actualmente viviente en el continente australiano, entre los cuales existieron formas muy diversas, desde el tamaño de una comadreja a la talla gigantesca de nuestro puma o de nuestro jaguar.

Los primeros restos de un grupo particular de desdentados (*Peltaphylus*) provistos con dentadura completa, no interrumpida en el premaxilar, y en la sínfisis mandibular, y además con la extraordinaria particular de poseer cuernos óseos, y revestidos en vida por una sustancia córnea dando a estos animales un aspecto bizarro o por demás extraño.

Fue el que reunió mejores materiales de un grupo de ungulados gigantescos y de aspecto extraño (*Pyrotherium*). El descubrimiento de esos seres dio lugar a interesantes discusiones porque mientras Ameghino sostén que fueron ungulados vinculados a la línea filogenética de los proboscídeos, Loomis, en cambio, inclinó por su naturaleza marsupial o algo parecida en su forma al gigantesco marsupial extinguido de Australia, llamado *Diprotodon*.

Los primeros y pequeños ungulados tan curiosos como aberrantes, llamados *Notostylops* hallados en las capas más antiguas de nuestro terciario y constituyen un período de estratigrafía patagónica.

Los primeros restos de un grupo particulares de reptiles gigantescos (*Loncosaurus*) del cretáceo argentino.

Los primeros despojos o por lo menos las primeras noticias de la supuesta existencia de un representante de los milodontes, a los cuales su hermano mayor le llamó *Neomylodon Listai*. Las noticias proporcionadas por don Carlos procedían de muy diversas fuentes y si este indujo a su hermano a aseverar la existencia actual de dicho animal, era porque había observado restos de cuero con pelos que daban la impresión de corresponder a un animal muerto hacía muy poco tiempo. Luego por los informes que le proporcionaron varios indígenas quienes habían visto animales de gran tamaño en algunos de los lagos del Sud Patagónico. No supuso que podían proceder de lugares tan especialísimos que habrían permitido su conservación, como en el caso observado en el interior de la caverna en Ultima Esperanza, donde, efectivamente, se han encontrado restos de cueros con pelos, bolos fecales y huesos provistos con ligamentos pero ya completamente momificados etc.

El primer descubridor de uno de los más grandes toxodóntidos (*Trigodon*) que en vida estaba provisto de cuernos de sustancia córnea

y le daban al animal un aspecto parecido al de los rinocerontes africanos.

El descubridor del célebre fémur de Monte Hermoso (*Tetraprothomo*) que dio margen a los mas variados comentarios habiéndose ocupado de él muchos autores. Infortunadamente, pudo comprobarse que dicho hueso no correspondía a un mono antropomorfo superior, como lo había atribuido el Dr. Florentino, sino que se trata del fémur de un carnívoro.

Los primeros restos de un curioso y diminuto mamífero que fue considerado por F. Ameghino como un roedor (*Argyrolagus*), y marsupialoides por don Carlos. Descubrimientos hechos posteriormente vinieron a recalificar plenamente las ideas de éste último, no obstante que más recientemente hay quienes suponen a esos restos como pertenecientes a un grupo particular de insectívoros. Y así una serie de importantísimos descubrimientos más que no es posible ofrecer aquí por falta de tiempo y espacio.

Aquellos que no están aplicados a estas disciplinas científicas les será más fácil pensar que estos descubrimientos no tienen otro valor que el de haber agregado nuevos nombres a la lista de los mamíferos fósiles ya conocidos. En cambio, no le ocurre lo mismo a los especialistas, porque saben que tales descubrimientos, realizados por una continua falange de investigadores, son precisamente los que nos permiten conocer las profundas modificaciones, físicas, climáticas, orográficas, hydrogeográficas que se han operado en la superficie del planeta durante el transcurso de millones de años.

Muchos saben que el delineamiento del borde atlántico de nuestro actual territorio no es el mismo, que tuvo en otras épocas geológicas; que Sud América y Norte América estuvieron unidas unas veces, y separadas en otras épocas; que el enorme abismo marino que separa América de Australia no existía en determinados períodos de la historia organizada del planeta; que África no estaba separada de América por la enorme barrera oceánica actual; que el centro de la región austral formaba una tierra indivisible con el resto austral de nuestro territorio; que donde ahora emergen las mas grandes montañas que forman la cadena de los Andes, estuvo en ese mismo lugar, una serie de mares que se han sucedido en el transcurso de las eras Paleo y Mesozoica.

Pero estos y muchos otros acontecimientos se lo debemos única y exclusivamente al contralor paleontológico. Esos vertebrados y otros elementos organizados hoy en estado pétreo que, aparentemente no dicen nada, de donde vienen o se originaron y quienes fueron, sin embargo, a los especialistas, aplicados a estas disciplinas, le es más fácil responder a tales inquietudes como tan sugestivas preguntas. Pueden hacerlo porque están investigando constantemente mediante nuevos materiales que dan lugar a nuevos juicios obtenidos de las continuas búsquedas o exploraciones.

La presencia de un mamífero o de otros seres que tienen parentesco zoológico más o menos cercano y que viven o han habitado en diferentes

continentes, implica necesariamente suponer (salvo casos de convergencia) un origen común. No importa que se los halle ahora aparentemente aislados y separados, a veces, de muchos miles de kilómetros de mar. Y la labor cumplida por don Carlos en el suelo argentino y especialmente en la Patagonia, es inmensamente grande, porque en cada descubrimiento de mamíferos extinguidos; en cada anuncio ante el mundo científico de nuevos horizontes geológicos etc. venían ellos a transformar o rectificar ideas corrientemente admitidas, o bien reafirmar aquellas expresiones de carácter hipotético que pasaban luego a la categoría de una tesis o de un hecho consumado. Todo esto y mucho más merece una palabra de gratitud y tanto don Florentino como don Carlos se han hecho acreedores de un homenaje imperecedero. Nosotros y los que lo seguirán han de convenir de que esas figuras egregias, perduraran y se agigantarán con el transcurso del tiempo.

Si don Carlos no se connaturalizó de todos los argentinos; si estos no alcanzaron a consagrarlo con los laureles inmarcesibles, como lo habían hecho ya con su hermano mayor, es, sencillamente porque su obra había quedado fundida en la misma labor, pero en adelante cuando la del primero sea justamente aquilada su extraordinaria labor, se habrá llegado a ese convencimiento porque el vástago menor de la familia se hizo acreedor a la congratulación popular por los valiosos servicios prestados al país y a la ciencia universal.

CAPÍTULO IX

Posición económica de los Ameghinos

Florentino Ameghino ha tenido sus enemigos en el campo de la ciencia porque fue grande entre los grandes, pero también los tuvo en el orden que podríamos llamar de la vida privada. De estos seres que con el propósito de molestar, y cuando de no manchar una vida tan austera y modesta, han querido hacerlo pasar por un vulgar comerciante en fósiles. No con el producto de la recolección de fósiles (que al final de cuentas sería una compensación de los grandes sufrimientos y gastos que departen esas búsquedas), sino que me refiero a esos que viven cómodamente sentados, rebuscado la labor ajena sin importarles en lo más mínimo, el problema que implica la búsqueda de esas formas pétreas. Llegan al atrevimiento de vertir ponzoña y cuando no el de buscarle minúsculos deslices, para agigantarlos y tener así justificativos para operar a modo de *magister*, sorprendiendo a incautos.

Es un molde casi definido en ciertos ambientes donde hay personas inclinadas en restar importancia a lo nuestro, aceptando casi ciegamente todo cuanto entra por la Aduana de la Capital, sencillamente por haber tenido origen extranjero. Algunas de estas personas están de parabienes, porque sin saberlo, y a veces sin serlo, se agrandan injustificadamente en detrimento de la labor de los hijos del país. Todo esto, sin embargo, es posible que tenga fin cuando al frente de nuestras instituciones haya en su totalidad, personas con corazón y sentimientos puramente argentinos. Que sepan valorar las virtudes, capacidad intelectual de nuestros coterráneos. De esos seres que viven en el silencioso rincón de un gabinete haciendo patria sin explotarla, y desde luego, ajenos a toda manifestación ampulosa, de oropel y cuando no de petulancia.

Creemos haber realizado progresos en las más diversas ramas de la ciencia, pero hay quienes aún no han podido llegar a aderirse, esto es, hacia una meta de modestía, perseverancia, avalando justicieramente a todos los que de una u otra forma, desempeñan actividades superiores del espíritu, enfocadas hacia un mayor engrandecimiento cultural de la patria.

La familia de los sabios Ameghinos, fue durante casi toda su vida de condición modesta y cuando no indigente. Este era ya un molde de-

finido heredado de sus mayores como lo justifican la serie de documentos transcriptos al final de este trabajo y cuyo recuerdo lo hago con el único propósito de darlos a conocer a los que lo ignoran o quieren ignorarlos.

Cuando no era el padre, don Antonio Ameghino, quien recurría a su hermano solicitándole ayuda, era su hijo Florentino quien se hallaba en igual trance y debía recurrir a algunas personas para poder superar inconvenientes. Parte de sus vidas pasaron así, cumpliendo con los compromisos contraídos, despreocupándose de aquellas actividades que podían proporcionarles grandes ganancias para su bienestar personal, pero preocupándose, por fines altamente patrióticos, para el bienestar colectivo de la Nación y de la humanidad. Eso sí es hacer patria.

Y digo esto, porque Florentino pudo haber estado rodeado de grandes comodidades con sólo enajenar sus valiosas colecciones de fósiles, producto casi todas de los grandes sacrificios, miserias, y privaciones que soportaron en vida sus tres hermanos, y especialmente don Carlos durante sus largos 16 viajes en que recorrió las tierras patagónicas. Pero no lo quiso, porque comprendió que antes que la indigencia y los sacrificios estaba el deber del buen argentino.

Es cierto que en sus años mozos, tuvo que despojarse de una pequeña parte de sus colecciones de fósiles de la pampa, pero esto se debió a un hecho de fuerza mayor; pues, debía concurrir a la Exposición Internacional realizada en París en 1878 y la única manera de asistir a ella era desprendiéndose de materiales que ya había estudiado. Por otra parte, era necesario dar a publicidad su primera e importante obra sobre *La Antigüedad del Hombre en el Plata*, que no podía hacer con los escasos recursos que le proporcionaba su puesto de maestro de la escuelita de Mercedes, provincia de Buenos Aires, y todo esto le obligó a una resolución extrema, muy a pesar de él.

Con la venta de una pequeña parte de sus colecciones a varios Museos de Europa (lo restante lo trajo consigo a su regreso) (15) pudo ver cristalizado dos deseos: Primero, conocer, estudiar y relacionarse con las más eminentes autoridades de la época que asistieron en aquel certamen científico donde discutió y defendió entre otras cosas, la alta antigüedad del hombre en el Plata, como no lo había hecho antes ningún argentino. Por el contrario, en el ambiente en que vivía, cuando no eran ignorarlos los que le restaban méritos, eran algunos sabios extranjeros radicados en el país, como el Dr. Burmeister que, en cierto modo, fue la negación con respecto a la alta antigüedad del hombre en la Argentina. Segundo, que

(15) En verdad, el país ha ganado más por cuanto en una carta del 13 de setiembre de 1881 que Florentino le remite a su hermano Juan (a la sazón en Fray Bentos), le decía entre otras cosas que: "Yo traigo una colección más numerosa de la que llevé a Europa" (*Obras Completas*, Vol. XX, p. 216).

por medio de la obra citada ofreció una serie de antecedentes relativos a los restos del hombre fósil sudamericano y de todo cuanto se había hecho y discutido hasta esa época acerca de la naturaleza, características etc. de los terrenos neoterciarios, especialmente de la formación Pampeana. Sin embargo, esta obra publicada hace más de medio siglo, poco es lo que se ha hecho o mejorado en cuanto a los conocimientos geofísicos del cuaternario, especialmente de una parte del cuaternario de la provincia de Buenos Aires. Si Florentino ha podido dar a publicidad una obra de esa magnitud, lógico sería que ahora, con tantos descubrimientos e investigaciones nuevas, se hubiese publicado otra de mayor embergadura, cosa que lamentablemente no se conoce.

Por otra parte, la venta que hizo de una parte de sus colecciones referente a animales extinguidos y comunes, no debe haberle brindado pingües ganancias, como quieren hacerlas figurar sus pocos detractores, con más espíritu de comerciantes que hombres de ciencia.

Además, a su regreso, carecía don Florentino del dinero indispensable para vivir modestamente y tuvo por ello que abrir un negocio de librería en la calle Rivadavia, en la ciudad de Buenos Aires. Con estos satisfizo las necesidades más apremiantes de su esposa, padres y hermanos, con el fin de vivir modestamente del producto de la venta de los artículos de su bien modesta librería y sin depender de nadie; sin pretender ser una carga de la Nación con el cartel o fama (muy merecida por cierto) que había adquirido en los centros científicos europeos.

Recién don Florentino se vio en una situación algo más acomodada cuando ocupó la Dirección del Museo de Buenos Aires y pudo continuar satisfaciendo también, a una parte de los miembros de la familia. Pues, siendo el mayor, y muerto su padre en 1886 fue él quien corrió con todos los gastos y se erigió en tutor hasta el último día de su fallecimiento acaecido en 1911, época que ya sólo quedaban don Juan y don Carlos.

Tres años después de haber llegado al país don Antonio y su esposa María Dina Armanino, solicitaba el primero en calidad de préstamo a su hermano Francisco (padre del que fuera Ministro de Hacienda de la Nación y anteriormente Ministro en la provincia de Buenos Aires), una cantidad de dinero que le devolvía poco después en 1858 (véase documento N° 2). La transcripción del mismo no tiene el menor propósito de menoscabo, hacia esa familia honesta y laboriosa, sino sencillamente, exponerlo como elemento ejemplarizador, de la manera cómo se condujeron para poder cumplir con los compromisos contraídos.

El autor de dicho documento (don Antonio Ameghino, padre de Florentino) certifica la devolución de 442 pesos a su hermano Francisco por haber tenido vagas sospechas de que éste se los hubiera pedido o haber supuesto dicho temor. Entonces don Antonio cumplía con la palabra devolviéndoselos por medio de un tercero. Pero su hermano Francisco, al parecer, no se sintió satisfecho de esa acción al recibir el dinero facilitado, sino por el contrario, evidenció molestias en recibirlos y hu-

biese preferido dejarlos en manos del beneficiado hasta tanto se sintiese en mejores condiciones de saldar la cuenta, sin recurrir a otros sacrificios. Y este aspecto merece ser destacado por la limpieza de conciencia de esa familia, máxime en los tiempos en que corremos donde es difícil advertir rasgos de generosidad tal. En cambio, es más frecuente ver que, después de haber ofrecido una ayuda desinteresada, tenga el benefactor que recurrir a otros medios de fuerza para poder rescatar lo que buenamente facilitó.

Así comenzaba don Antonio Ameghino en la dura lucha por la vida y en el cumplimiento de su deber hacia la formación de su hogar honesto. En 1874, cuando Florentino contaba a penas 20 años de edad, aparecía como deudor del señor Miguel Gilardi por la suma de 500 pesos, dinero que él debió abonarlo, descontando desde luego quizás cuantos sacrificios para mantener bien alto su nombre (documento 4).

De regreso al país, después de haber visitado los principales Museos de Europa, don Florentino se instala en 1881 con un negocio: "Librería del Glyptodon" sito en calle Rivadavia 946 con el fin de vivir y poder dar a publicidad escritos suyos. La librería daba a penas para las necesidades más fundamentales y esto lo evidencia el propio sabio quien en carta dirigida a don Carlos, radicado en Luján, le expresaba que para ocupar un puesto de taquígrafo en la Cámara de Diputados de la Nación era indispensable presentarse bien vestido, cosa que ni los padres ni el hermano mayor podían contribuir para semejantes gastos, por cuanto con la venta de papel secante, lápices, plumas y otras menudencias no daba para tanto (año 1883).

La situación económica de ese mismo año estaba reflejada también por otra carta que don Florentino remitía a su hermano Juan, a la sazón en Fray Bentos, República Oriental del Uruguay, y en la que entre otras cosas le decía que trabajaba desganado; pues, "en el año que perdí detrás del proyecto del Museo gasté la poca plata que tenía y la librería a penas me da para comer. Si hubiera sido de otro modo, haría ya tiempo que te habría ido a visitar" (Documento 23). Los comentarios a este respecto resultan innecesarios.

Su situación "mejoró" un poco cuando partió de Buenos Aires para ocupar la cátedra de Paleontología y Zoológica de la Universidad Nacional de Córdoba y esa mejoría económica la expresó así, intensionadamente, porque para el primer mes de su estada, y después de haber abonado al dueño del hotel y de haber hecho otros gastos necesarios, quedaba él con 1.20 centavos en el bolsillo: "ce que certainement n'est pas une grande richesse" como le escribía a su esposa (documento 9).

En el documento 10 comunica a su señora esposa Leontina haber recibido 50 pesos y esa remisión la hizo esta última en vista de la situación por la cual se hallaba el sabio durante los primeros tiempos como profesor de la Universidad (noviembre 1 de 1884).

Ya, en 1885 le sonrió algo más la fortuna, y digo fortuna, porque en carta que le remitía a su señora esposa del 26 de junio, expresábale

entre otras cosas y con satisfacción, que conservaba íntegro la cantidad de 650 pesos del giro que le había hecho su esposa, con motivo de la venta de diversos artículos de librería, época en que el negocio de la calle Rivadavia marchaba viento en popa.

Cuando don Florentino instaló su segundo negocio de librería denominado "Rivadavia" en calle 11 y 60 de la ciudad de La Plata, en febrero de 1892 (y por otro documento del mismo sabio, en 1891) la economía tampoco andaba bien. Se había resuelto abrir este nuevo negocio debido al alejamiento definitivo del Museo de La Plata a causa de los desagradables incidentes ocurridos entre el sabio y el Director de ese Instituto científico dirigido por el Dr. Francisco P. Moreno. Por consiguiente, al verse privado de los recursos que le proporcionaba el puesto de Subdirector, tuvo Florentino la necesidad de buscar cuanto antes los medios nobles para la subsistencia diaria, y para la continuación de los viajes a la Patagonia encomendados a don Carlos. Había pues, una necesidad imperiosa de abrir ese negocio, mientras su hermano Juan permanecía al frente de la "Librería del Glyptodon", en la Capital Federal (fig. 7).

En carta 2 de marzo de 1892 dirigida a don Carlos, a la sazón en Santa Cruz, le decía que el depósito que tenía en el Banco, tuvo necesidad de "liquidarlo perdiendo la mitad, pues ese establecimiento ya no se levanta más y los que no saquen lo que puedan, sin duda perderán todo. No tengo porqué decirte que esto me ha colocado en una posición difícil. Sin embargo, sin desalentarme, con lo poco que salvé, he abierto acá en La Plata, en la misma casa que habito, un negocio de librería (16) que está abierto desde el primero de febrero; y como sin duda no todo está destinado a ir en desgracia, espero tener mejor suerte...". "Así, no hay más que tener paciencia, pues el momento más difícil ha pasado e iré mejorando de situación paulatinamente".

Mientras tanto, desde la Patagonia continuaba remitiendo su hermano menor cartas en las que le proporcionaba las novedades que iba descubriendo y al mismo tiempo le solicitaba de continuo la remesa de víveres más indispensables, a saber: "Lo que necesito es harina, azúcar, yerba. Esto último es lo más necesario. Si es posible, mandame en tercio pequeño. Un poco de ropa, sobre todo algunos pantalones fuertes, etc..."

Y con el resultado de la venta de los artículos de librería fue don Florentino sufragando los principales gastos que acarreaban esas largas expediciones, mas todas aquellas otras obligaciones de la familia.

(16) La Casa tenía varias puertas de acceso. Así por ejemplo, por la calle 60 estaba la puerta particular nº 793. La de la esquina era la entrada del negocio con el número 1350, o sea, la numeración correspondiente a la calle 11. Proporciono este detalle más la foto adjunta, porque ya nada de este inmueble existe.

Hasta épocas mucho más recientes, cuando Florentino hacía tiempo que había adquirido fama mundial por su extraordinaria labor intelectual, no le sonreía la fortuna, como puede juzgarse del documento nº 24 del 11 de agosto de 1893, remitido a su hermano Juan, entonces al frente de la librería de la calle Rivadavia, en Buenos Aires y que entre otras cosas le expresaba: Que pronto llegaría Carlos de la Patagonia y que

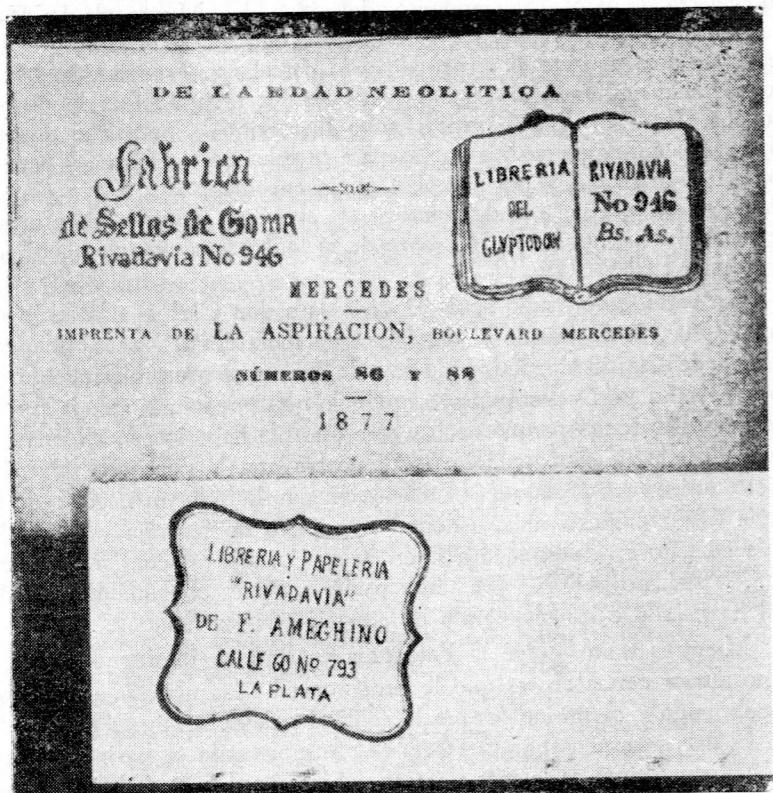


Fig. 7 — Arriba: Sellos de la "Librería del Glyptodon" cuyo negocio lo abrió Ameghino en 1882. Abajo: Sello de la "Librería Rivadavia" abierto por el sabio en La Plata, después de 1891.

"con los nuevos cambios políticos mucho me temo que me obliguen a pagar el pasaje y el transporte de las colecciones. Por todo lo que pudiera suceder, te ruego trates de ver si pueden reunir algún dinerito, pues yo con la maldita revolución he quedado sin un centavo y sin que por el momento se haga nada".

La venta diaria de los artículos de librería, sea de la que había instalado en 11 y 60 de La Plata (fig. 8), como de la que poseía en Buenos Aires y a cuyo frente se hallaba don Juan, constituían para Florentino un asunto de fundamental importancia, y bastaba tan solo la paralización de esas actividades, como se lo describe patéticamente, en cuyo documento se expresa además que esa maldita revolución de que había sido teatro la ciuda de La Plata "No ha sido más que un susto y una incomodidad de unos doce días, en los que tuve que esconderme y cerrar el negocio.

Bastaban, pues, doce días de paralización en sus actividades para que la "fortuna" del Dr. Florentino Ameghino sufriera tan desconcer-

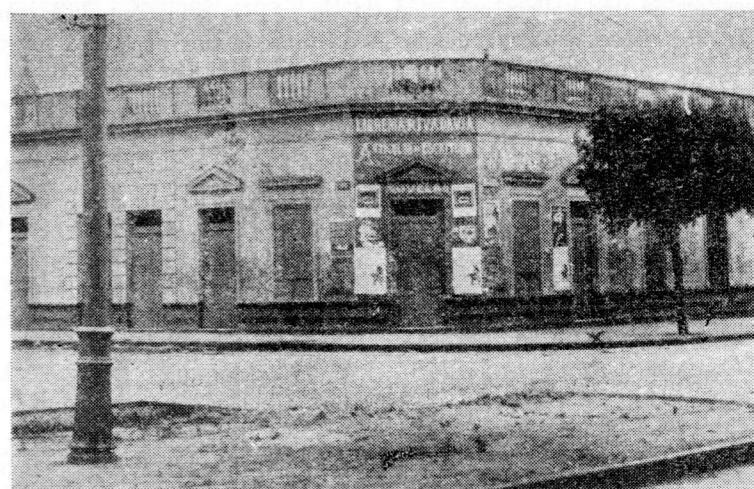


Fig. 8 — Casa ya demolida de las calles 11 y 60 en La Plata, propiedad de F. Ameghino, que vivió desde 1889 a 1911. También residió Juan, que falleció allí en 1933, y Carlos Ameghino que dejó de habitarla un poco antes para radicarse en Buenos Aires, donde falleció. Foto del autor.

tante descalabro o déficit, al punto de tener que recurrir a su hermano Juan para que tratase éste de ver si podía reunir algún dinerito. En la forma en que está redactada la carta deja ver claramente que no tenía la seguridad el solicitante de poder obtener dicho dinerito, y por eso, con la hermanofilia que le caracterizó durante toda su vida, le ruega que trate de ver si podía obtenerlo.

Después de todo esto, que hablen los eternos detractores que hicieron y siguen algunos hacer figurar al sabio como un hombre dedicado a los negocios de los fósiles, o por lo menos, poseedor de una fortuna enviable.

Esos seres tarados por la envidia y cuando no muy proclives a la difamación, bien que habrían aprovechado la oportunidad de negocia-

con el extranjero, en el supuesto caso de ser ellos poseedores de tan valiosa colección de fósiles como la poseían los hermanos Ameghinos para 1893 o de lo que fueron acaudalando en años sucesivos. Bien que hubiera cambiado radicalmente esas condiciones económicas reduciendo esas valiosas piezas por unos cuantos cientos de miles de pesos. Pero Florentino que pudo haberlo hecho, aguijoneado por su situación, no lo hizo. No podía hacerlo, ni lo hubiera intentado porque antes que su comodidad personal, estaba el interés general de la Nación. Porque sabía que de haber realizado una operación en ese sentido, se habrían visto privados tanto él como los futuros estudiosos el poder consultarla, a menos que se hubiesen trasladado a Europa. Además, hubiera quedado vedado a los sucesores el poder manifestar con cierto orgullo que éramos poseedores de una valiosa colección donde estaban representadas las más importantes piezas correspondientes a distintas faunas del suelo patagónico, como en realidad podemos tener la satisfacción de expresarlo ahora.

Otro hecho que robustece las patrióticas convicciones de Florentino no se manifiestan en el documento mencionado. Pues, mientras le solicitaba a su hermano Juan alguna ayuda, le recordaba que había recibido carta del sabio Lydekker, expresándole éste, que ya no podía resistir a la impaciencia y curiosidad de conocer esos famosos fósiles de Patagonia "y que se pone en viaje para ésta; estará en La Plata del 10 al 15 del mes entrante y me pide con anticipación disponga de las colecciones para poder examinarlas. Probablemente debe traer poderes del Museo para tratar de adquirir la colección".

Como se sabe, Lydekker llegó, examinó y las estudió, pero el sabio británico se fue sin ella, muy a pesar de sus deseos de verla figurar en el British Museum, según manifestaciones de mi maestro don Carlos.

Acaso no la adquirió Lydekker porque pediría Florentino mucho dinero por ella? Nada de eso, porque, pese a la delicada situación económica en que se hallaba en ese momento y también en otros muchos más, no quiso enajenarla por lo más grande del mundo, y prefirió continuar viviendo pobre para poder legarnos a los argentinos el fruto de dos vidas entregadas por entero a la dilucidación de los problemas biológicos de nuestro antiquísimo pasado. Ellos nos brindaron una de las más grandes satisfacciones, esto es, de ser la Nación poseedora y custodia de tan valiosos materiales de estudio, que no pudieron obtener tantos miembros de expediciones organizadas por países extranjeros.

El caso de Lydekker se repitió también con el del distinguido investigador norteamericano Dr. W. B. Scott quien, al parecer, venía con poderes de sondear o de adquirirla o por lo menos de obtener algunas piezas que, como la del peltifilo (armadillo con cuernos) por la que hubiera dado una suma en dólares equivalente a mucho más de su peso. Pero tampoco este curioso y raro peludo extinguido salió del país expresándole su dueño que sus fósiles se hallaban a disposición para todos los sabios del mundo, para ser estudiados y nada más. Que para obtenerlos, había realizado inmensos sacrificios llenos de privaciones y pe-

ligros de vida, de su descubridor y por consiguiente, no podía salir de esta tierra.

Fallecido Florentino en 1911 sus dos hermanos quedaban como herederos absolutos de esa colección y en consecuencia, podían ellos hacer lo que mejor les pareciera. Juan, jamás pensó en el trueque y se conformaba con el producto de la venta de unos lápices, cuadernos y otras menudencias para seguir viviendo. Don Carlos, en los últimos momentos de su vida percibió 200.000 mil pesos de los 250.000 que le había acordado el H. Senado de la Nación en virtud de una ley por la cual se adquiría la misma colección más otros documentos de Florentino Ameghino y para que ellos quedaran definitivamente integrados al patrimonio nacional. Bien modesta por cierto ha sido la cantidad en metálico percibida, pero a don Carlos ya como único heredero, y más en las postimerías de su vida, poco o nada le interesaba ser poseedor de mucho dinero (que nunca lo tuvo). En cambio se sintió feliz de acceder a las gestiones que se realizaban tendientes a que pasara la colección al patrimonio del Estado.

Liquidada que fuera la transferencia, el maestro pensó construir un "ranchito" como así siempre me lo invocaba en su forma de expresar campechana. Este sueño se cumplió al ver levantar con sus propios ojos el hermoso edificio de la calle Camacuá 155, en el barrio de Flores. Alcanzó a vivir allí sus últimos años y de allí salió para el lugar del eterno descanso. Tenía satisfacción de habitarla, pero también sentía congojas. Sabía que ya no tendría en sus manos aquel capital que valía más que la aurea moneda, capital que consistió en millares de piezas extraídas con sus manos, después de ingentes sacrificios por aquellas tierras de la casi legendaria Patagonia. La herencia de esa casa de la calle Camacuá como las dos viejas casonas de Luján pasaron en poder de su esposa Ascencia M. de Ameghino. Fallecida ésta quedaron en herencia a parientes que no llevan el ilustre apellido de los Ameghinios. Hay en todo esto un poco de tristeza porque la casa de la calle Camacuá transformó en un ambiente festivo, muy distinto a la tranquilidad que creyó ver su propio dueño don Carlos. Los viejos relictos de Luján de los cuales en uno vieron los tres hermanos la luz, están en trámite. No se ha podido conseguir que la de la calle Las Heras pasase definitivamente al patrimonio nacional por causas que no es el caso recordar aquí y cuya historia conozco bien. No se sabe para quien uno trabaja. Y así termina una historia de honrosa y decente trayectoria como la evidenciaron en vida los Ameghinios. Otros, a no dudarlo continúan con la ejemplarizadora conducta de aquellos que prefirieron vivir en la indigencia, antes que privar a los futuros investigadores de tan valiosos materiales de estudio.

CAPITULO X

Cualidades morales. Su físico. Mi primera entrevista. La enfermedad

Como en el caso del Dr. Florentino, don Carlos era de estatura mediana; 1.63 metros aproximadamente, de cuerpo robusto, pero no en exceso. De hombros anchos, piernas robustas y firmes hasta en los últimos años de su vida.

Su frente era ancha, sobre todo se acentuó durante su vejez. Destacábbase en ese sector sus dos grandes senos frontales. Poseía ojos algo verdosos, medianos, pero recubiertos por los grandes pliegues de los párpados que caían oblícuamente cuando se hallaba él entregado a fijar detenidamente la vista. Tenía nariz levemente aguileña y algo robusta. Su voz baritonada, etc. Su boca, ojos y el conjunto de su rostro imponían una sensación de respeto. Su semblante evidenciaba un espíritu bonachón. Durante los períodos en que gozó de buena salud, perfilose en su rostro una sonrisa sana. Se traducía en grandes carcajadas y a veces infatigables cuando eran conversaciones de asuntos triviales. Era de cutis blanco y rosado. Su andar lento y no nervioso como, por el contrario, lo evidenciaba su hermano mayor, siempre avaro de su tiempo.

Alguna vez vistió de levita pero generalmente llevaba traje común, holgado. Casi nunca usó sobretodo y por eso dio lugar a preocupaciones por parte de alguno de sus familiares. Adquirió esa prenda de vestir cuando escuchó mi parecer; pues, mi maestro, en sus últimos años inclinábbase más bien al consejo del amigo que a los dictados de sus deseos o necesidades. Sin haber tenido una figura patriarcal, el solo hecho de verle y tratarle, infundía respeto, sobre todo en determinadas circunstancias. Su voz pausada, serena y grave, daba la sensación de que surgía de una caja de resonancia. Es que su naturaleza, sus pulsaciones, sus pulmones, constituyan un conjunto del individuo físicamente sano.

Cualidades morales

Por lo regular, los espíritus excelsos son ajenos a los actos de resonancia; olvidan los sacrificios hechos en aras de un ideal superior. Se despreocupan en hacer valer su figura y posición porque ella está avalada por una profunda sabiduría. Desconoció el orgullo. En las reuniones era difícil descubrirle la actitud del *magister* o del individuo que

suele expresar cosas con tono campanudo. Tampoco demostró espíritu crítico, expresado con arrogancia y prefería corregir un error del contrincante mediante una acción circunspectiva y tolerante. En sus actos se advertía la humildad y por ello se hizo acreedor a la confianza y simpatía de todos cuantos le rodeaban. Así se condujeron también sus hermanos: Florentino y Juan, este último conocido y tratado por mí.

A veces, mostraba el espíritu de una persona pusilánime o se cohíbia ante otra que no conocía o con título universitario. Lo he visto así en diversas oportunidades. Pues, tan pronto el ordenanza anunciaría la presencia de una de estas personas que no lo había visto antes y deseaba verlo con el fin de obtener una información cualquiera, el maestro mirábame casi azorado como queriéndome inquirir, lo que debía hacer él. Yo, como modesto ayudante de la sección Paleontológica, nada podía sugerir y menos a él. Y este simple aspecto reflejaba a los claras cuál era esa actitud de sencillez, no siempre observada en algunas personas que hacen valer la posición que ocupan mediante gestos y aptitudes que chocan a todo ser modesto.

En ruedas de amigos, no siempre se ocupó de temas científicos, no obstante los vastos conocimientos que poseía, como nadie o muy pocos, por lo menos, supieron evidenciarlos en temas de paleontología y geología patagónica. En cambio, fue frecuente en él la palabra amena, el chiste agradable y no burlesco; la anécdota instructiva y no aviesa. Durante los últimos años entreteníase a leer revistas donde abundaba el chiste ilustrado. Mucha gracia le causaban los chistes que solía insertar el semanario "El Burro" y a veces le ví reírse hasta desternillarse.

Cada vez que le visitaba en la casa particular y después de los saludos, lo primero que surgía de sus labios era un ¿Y?, y con este interrogante quería expresarme si traía conmigo algún material fósil nuevo que le servía de ilustración y sociego a la vez. Porque este hombre, que tuvo en sus manos millares de piezas paleontológicas descubiertas en su largo trajinar, ya nada poseía. Todo lo había dejado en los Museos de La Plata y en el de Buenos Aires. Por otra parte, a este último dejó de frecuentarlo después de 1930. Añoraba las valiosas colecciones que había legado a la Nación y a su patrimonio cultural. Pero ya no podía tener la satisfacción de volver a examinarlas, motivado por hechos desagradables ocurridos en dicha casa de estudios en la fecha indicada. Por ese motivo, estaba justificada esa expresión interrogativa y el por qué del interés de que le llevase siempre piezas fósiles, pues, su espíritu se reconfortaba.

Fue el amigo sincero de hacer favores que nunca llevó en cuenta como aquel otro que los anota en la libreta de haberes, precisamente, por que él había nacido y criado en un ambiente modesto y sufrió en carne propia múltiples privaciones. Supo comprender desde la adolescencia o casi desde la niñez, lo que significaba una situación económica apremiante para un hombre entregado a proseguir con un ideal supe-

rior. Supo hacer distingos, también, de las cualidades morales de los que le rodeaban; de los que, después de saludarlo muy cordialmente, le extendían la mano con el fin de recibir dinero que don Carlos extraía de sus bolsillos, sin detenerse a mirar lo que entregaba. Y yo lo he presenciado más de una vez. El beneficiario era un arqueólogo, solía hacerle visitas a mi maestro casi a fines de cada mes, cuando los bolsillos le quedaban ya exhaustos.

Supo valorar también, las cualidades morales de otros como L. Kralievich, etc., quien al ser autorizado por el maestro para inventariar las colecciones, entonces privadas de los Ameghinos, un buen día halló en uno de los tantos cajones que contenían huesos fósiles, un paquete con varios centenares de pesos. Enterado del hallazgo, lo puso en conocimiento de su dueño y preguntándole: —Dígame, don Carlos, Vd. no habrá perdido algún dinero? —Lo ignoro, contestó. Pero después de recordar le expresó a don Lucas que, algún tiempo atrás había extraído un sobre con cuatrocientos pesos. Y don Lucas, en el mismo instante agregó: "No, son quinientos pesos y aquí los tiene". Al observar la conducta del discípulo, su maestro intentó entregar el sobre como premio por su buen comportamiento. Pero no aceptó. No podía hacerlo don Lucas, pese a su magra situación económica, porque éste casi siempre le faltaba el centavo para completar el peso. Y cuando, con motivo del fallecimiento de su madre le correspondió una pequeña participación de la herencia, don Lucas, prefirió que se lo dividiesen entre los demás hermanos, desentendiéndose por completo del dinero.

Le traté durante la última cuarta parte de su vida, desde 1917 a 1936, cuando el hombre en su madurez da todo lo que puede en ciertos aspectos de su existencia. Durante ese lapso no pude descubrir manifestaciones que hayan motivado desagrado de mi parte. A él lo he tratado en el ejercicio de su alto cargo al frente del Museo de Buenos Aires, y he convivido casi, en la intimidad del hogar, pero su carácter fue invariable: la humildad y sencillez sin diferencia alguna con el hombre que ejercía tan alto cargo. Bastaría recordar para ello que, en su calidad de ayudante de Florentino, durante su actuación como naturalista del Museo de La Plata, o cuando ocupó la Jefatura del Departamento de Paleontología en el Museo de Buenos Aires, o bien cuando le cupo el honor de la dirección de éste, su idiosincrasia fue siempre la misma. En este período último de su vida, como en los anteriores, reemplazó el del artístico florero y un reluciente pupitre, prefiriendo la mesa o el mesón ubicado en el fondo de la vieja y venerable casa de la calle Perú, en el mismo donde alguna vez insignes directores como Burmeister, Berg, Florentino Ameghino, Gallardo, ocuparon el mismo sillón. En ese mesón donde pasaron miles y miles de piezas de las Ciencias Naturales para ser examinadas o estudiadas. De allí salieron escritos que luego de impresos en revistas especializadas, fueron distribuidas en centros de cultura de los cinco continentes, y el resultado de esa actividad per-

manece al igual que una flor que continúa brindando fragancia y reconforta el espíritu.

Ese simple detalle revela a las claras su rectriz, su modestía ejemplar y su férrea voluntad de no haberse "mareado", caída en viviandad, como, infortunadamente han sufrido tantos hombres. Ese gran don o modo de conducirse desde sus comienzos hasta la culminación en el desempeño de sus altas funciones, fue una de las características particularísimas de don Carlos. Esta era otra de sus relevantes cualidades del maestro, de esos que enseñan a conducirse por el camino de la cordura y de la sencillez, sin invocarlas. Y hombre superiores de ese templo no son frecuentes, máxime en los tiempos contemporáneos en que la vocación científica ha sido parcialmente suplantada o trastocada por el orgullo, y cuando no por la mediocridad, la soberbia, la venalidad, el

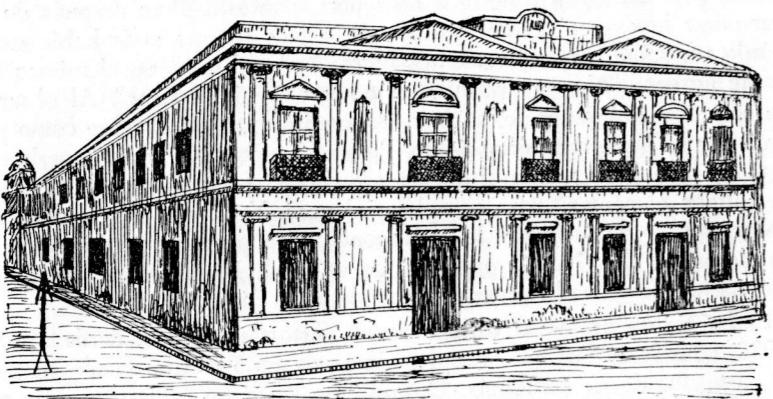


Fig. 9 — Vista del antiguo Museo Público y después Museo de Historia Natural, de calle Perú. La flecha indica la posición del gabinete donde actuaron varios de los primeros directores. Apunte natural del autor, 1936.

desprecio o indiferencia para los que han leído y aprendido en los libros de la naturaleza y no han podido o no han querido salir de la puerta ancha de un claustro universitario.

Mi primera entrevista con el sabio, 1917

La primera impresión que recibí al entrar a la casona del antiguo Museo de Historia Natural de la calle Perú y Moreno, fue su "fuerte olor a fósil". No lo olvidé jamás (fig. 9).

El empleado me pidió que lo acompañara hasta el gabinete donde se hallaba el sabio, pero antes pasé por un corredor estrecho, cubiertos los costados con estanterías atestadas de fósiles. Después de dar media vuelta a la izquierda entré en un salón donde habían mesas y estanterías también repletas de huesos petrificados. Salvando este trecho (que al

principio me dio la sensación de estar recorriendo un pasillo subterráneo y secreto), me condujo, finalmente, hasta el mesón donde trabajaba un hombre de talla mediana, regularmente robusto, con un físico descansado, con modales parsimoniosos y una mirada penetrante, llena de curiosidad. Era el sabio don Carlos Ameghino que se había levantado de su asiento con la naturalidad que le era característica y preguntó el motivo de mi visita.

"Sr. Ameghino, venía para donar a Vd. o al Museo, algunas piezas fósiles de mucho interés, descubiertas por mí en terrenos que los he atribuido muy antiguos".

Vamos a ver —dijo el sabio— y se colocó las manos en los bolsillos del saco, mientras que con la garganta emitía un “Ja-já” ronco o baritonado, como fue costumbre frecuente en los años posteriores en que lo traté en la intimidad.

Desenvolví luego otras piezas y se las mostré. Las examinó rápidamente y no contestó palabra. Pero, por su gesto, me di cuenta de que esas piezas no tenían la antigüedad que le había yo atribuído. Sin embargo, valían como piezas anatómicas —me dijo—, y ello satisfizo mi curiosidad. Luego agregó: “Este hueso es de caballo, este otro, de vaca y, aquel de oveja”.

No me desanimé por este pequeño revés. Por el contrario, aprendí a conocer algo de lo que después tuvo la gentileza de explicarme, sobre todo, en la forma en que se diferenciaban los huesos fósiles de otros que no lo eran. Mi primer ensayo de meterme a paleontólogo había quedado frustrado y recibí, en consecuencia, mi primera lección.

Empero, salí del Museo con la mejor impresión, particularmente porque me había obsequiado con algunos folletos y por sobre todas las cosas, por el hecho de haber entrevistado a un sabio que, por sus ocupaciones creí en extremo difícil me concedería una audiencia, ni pensaba obtener un recibimiento tan cordial con tan buenos consejos, que supo valorarlos posteriormente.

Pocas semanas pasaron de aquella entrevista cuando volví al Museo llevándole unos trozos de coraza de un esclerocalíptido, y tan pronto desenvolví el paquete exclamó: "éstos sí que son fósiles".

Pues, se trataba de los restos de una coraza de *Sclerocaliptus* cuyo nombre científico no conocía, pero me daba cuenta del diferente estado de conservación con respecto a los restos óseos llevados en mi primera entrevista. Por consiguiente, de más estará agregar mi gran satisfacción al recibir un fallo afirmativo, porque comprendí que esta vez no me había equivocado.

Dichos despojos habían sido observados primeramente por mi hermano Antonio en un lugar de la antigua "Loma de Chiclana", situada cerca de la calle Chiclana entre Mármol y Muñiz. En esta misma loma que de niños solíamos acudir para divertirnos. Uno colocado sobre una amplia lata y otro chicuelo, colocado adelante, la tiraba cuesta abajo y así el primero se deslizaba a semejanza de un gran trampolín que desde

la cúspide de la loma al bajo no alcanzaría los 10 metros, pero para ese entonces aquella era la loma o "Montaña de Chiclana". Luego acudí hacia ella para extraer lo restante con lo cual se iniciaba también la pieza número "Uno" de mi libro de Paleontología figurada algunas veces con fecha "10 de octubre de 1918" cuando el descubrimiento había sido hecho casi un año antes.

Desde entonces comenzaron las pequeñas excursiones por las barrancas de los alrededores de la casa donde vivía y así fui conociendo poco a poco el sacrificio que requería la labor de recolección de tales materiales, sobre todo en mi caso en que las excursiones debía realizarlas durante los días domingo o festivos, cuando otros empleaban el tiempo en diversiones más fáciles.

El interés por reunir nuevos elementos me condujeron a realizar un viaje hasta la costa del río de la Plata, frente a la estación Olivos, distante unos 15 kilómetros de la ciudad, pero aquél fue para mi un largo viaje. Y allí, en los mismos toscales pude reunir muchos huesos de color oscuro en parte levemente ferruginosos que, por ese y otros detalles, consideré como fósiles.

Al llevárselos, don Carlos en pocos minutos los clasificó: "este es de *Glyptodon*, este otro de *Sclerocalyptus*; aquel de caballo actual y este otro de oveja actual". Pero, señor Ameghino —le insinué—, el que dice ser de caballo tiene una coloración algo similar a los otros clasificados por Vd. como verdaderos fósiles?

Sus explicaciones, sin embargo, no se dejaron desechar y me sirvieron de una gran enseñanza, demostrándome que debía prestar yo más atención para saber diferenciar el fósil de aquel que no lo era, a pesar de tener ambos una coloración parecida entre sí.

En vista de mis frecuentes visitas que realizaba en días de trabajo y representaban en mí la inasistencia a mis ocupaciones, comprendió él que tenía yo el cerebro sorbido para tales preocupaciones paleontológicas, la de reunir y estudiar fósiles. Es así como ese hombre, de carácter algo reservado y con ademanes parsimoniosos, dedicó más atención a mis requerimientos ofreciéndome de ese modo una serie de consejos útiles que los fui aprovechando con el andar del tiempo.

"Para continuar con esta ciencia —dijome— es necesario aprender anatomía humana y comparada. Si Vd. puede reunir materiales óseos de animales actuales, entonces tendrá oportunidad de no invertir tanto dinero en libros; pues con el examen de los huesos, aprenderá a conocer sus formas, los detalles anatómicos, las diferencias fundamentales que se advierten entre el fémur de un gato y el de un perro, etc. Fue ésta una indicación precisa porque al poco tiempo comprendí el valor de aquellas palabras, expresadas sin la rectórica de ciertas personas que hacen valer su título. Comprendí que era mucho más fácil "perder" el tiempo examinando el cráneo de un animal actual o parte de él, que leer la descripción más detallada mientras no me llevara otro interés que

el de conocer las características anatómicas principales. Por otra parte, los materiales de animales vivientes me podían servir como término de comparación con las piezas fósiles. En cambio, no lo hubiera conseguido tan fácilmente por medio de los pocos libros a mi alcance, entonces generalmente costosos y de difícil obtención.

Mis colecciones de fósiles y de huesos actuales fueron aumentando: hoy un cajón y mañana otro; luego un estante y después otro, y así sucesivamente fue reduciéndose el espacio libre del cuarto en que me alojaba con la acumulación de materiales considerados por mi muy preciosos para el aprendizaje de la ciencia en que evidenciaba vocación. Y en ese mismo cuarto atestado de fósiles es donde 13 años después de mi primera visita al sabio, debía ser él quien se dignara acudir allí sintiéndome satisfecho en retribuirme las visitas, sobre todo para conocer nuevos materiales que iba yo reuniendo en mis excursiones. De este anecdotico hago yo una referencia en una obra aún inédita titulada: *Recuerdos de viajes y aspectos de mi vida*.

Casamiento

Poco tiempo después del regreso del último viaje a la Patagonia (1903) sintióse herido por la flecha del amor con una joven, al parecer, de nacionalidad francesa. Las cosas iban bien encaminadas, pero en esas circunstancias enteróse su hermano Florentino quien, sin poner serios reparos, le sugirió la inconveniencia de la formalización, pero como aquél había comprometido en principio su palabra, sobrevino entre ambos hermanos un disgusto, tal vez el único en sus vidas. Sin embargo, esas dificultades quedaron poco después superadas. Pues, como se sabe, el Dr. Florentino, por ser el hermano mayor fue quien tuvo siempre el control de la casa, no solamente desde aquellos años en que aún vivía su padre, sino después de haber fallecido éste y su señora madre. De modo que sus hermanos ya entrados en edad, nunca tomaron una iniciativa en el hogar sin que fuese antes puesta en conocimiento de Florentino a quien se lo respetaba, no sólo como jefe de familia sino como hombre de ciencia.

Desde entonces don Carlos comenzó a reflexionar más y con ello olvidó paulatinamente una ilusión, muy justa y humana. Así pasaron muchos años hasta que un buen día inicia relaciones con fines matrimoniales con la señorita Ascencia Merello Armanino, prima hermana de don Carlos y a la vez prima hermana de la actriz Tita Merello. Esta relación fue tomando cada vez más cuerpo hasta que una tarde y mientras se hallaba en su gabinete de trabajo en el viejo Museo de la calle Perú comunicaba a Kraglievich y a mí la buena noticia: "Estoy resuelto a plantar carpas y formar mi hogar". Don Lucas lo escuchó con atención y luego subrayó con muestras de simpatía los propósitos de nuestro común maestro. Sólo quedaba ahora aguardar el momento de aquella unión que, finalmente quedó cristalizada tiempo después.

Desde esa fecha, el maestro vivió horas de felicidad en el nuevo hogar, con excepción de los períodos en que hacía crisis su viejo estado de depresión nerviosa, o bien cuando se vio contrariado al tener conocimiento de los desgraciados incidentes ocurridos en el Museo de Buenos Aires durante el año 1930.

Desde 1917 a 1930 período que concurrió al Museo con fines de estudio, he tenido la oportunidad de conocer y hasta de tratar reiteradamente con muchos estudiosos y entre ellos vienen a mi memoria los nombre del Dr. Roberto Dabbene, naturalista Enrique De Carles, Arquitecto Héctor Greslebin, Dr. J. Crocce, Dr. Eduardo L. Holmberg, Dr. Carlos Spegazzini, Dr. Carlos Bruch, Dr. Juan Brethes, Dr. Rodolfo Senet, Dr. E. Boman, Dr. Santiago Debenedetti, Dr. Remigio Rigal, Dr. E. Fossa Mancini, Dr. Ricardo Wichman, Dr. M. Kantor, Dr. Angel Gallardo, Dr. Estanislao S. Zeballos, Dr. Juan Keidel, Dr. Santiago Roth, Dr. Pablo Groeber, Dr. Anselmo Windhausen, Dr. Luis María Torres, Dr. Franco Pastore, Dr. Guido Bonarelli, Dr. Walter Schiller, Dr. Juan J. Nájera, Prof. Félix F. Outes, Aníbal Cardoso, Prof. Augusto Tapia, Dr. Carlos A. Marelli, Dr. E. Hermite, D. José M. Sobral, Dr. von Huene, los jóvenes Alberto Carcelles, Enrique Palavecino, Milciades A. Vignati, los hermanos Lorenzo J. y Rodolfo Parodi, Juan Merani y otros más.

La enfermedad

Don Carlos fue un hombre físicamente sano, pero su estado de depresión nerviosa lo colocaba, a veces, en inferioridad de condiciones para continuar sus delicadas tareas.

Los primeros síntomas, según comunicación verbal, los percibió en uno de sus últimos viajes a la Patagonia. Sintióse aflojarse sus piernas y se lamentaba de un malestar que no podía precisar. Estas dolencias, duraban varias semanas, pero después de recuperada su salud, seguía siendo el mismo bonachón y de carácter alegre.

En la vieja casa de calle 11 y 60, en La Plata, vivieron casi toda la familia del sabio, y fallecidos éstos, quedaron como únicos herederos don Juan y don Carlos, más una persona de servicio. Don Juan, como se sabe, padecía de reuma y de accesos asmáticos, de modo que después de las actividades diarias que le deparaba la librería, generalmente hacía un pequeño reposo en el viejo sillón de viena, utilizado antes por una parte de la familia inclusive el propio Dr. Florentino, y recién en horas de la madrugada se dirigía a su dormitorio para conciliar el sueño. Sin embargo, había períodos en que sus dolencias tomaban mayor gravedad y entonces la casa, habitada por los dos hermanos menores, adquiría aspecto de soledad. Para superar o disimular esas dolencias, ambos comenzaban a "pasearse" por el interior de esa vieja casona platense recorriéndola, uno en cierto sentido, y en dirección opuesta el otro. Cuando se encontraban en el trayecto, uno de ellos se orientaba hacia

otra habitación y de esa manera continuaban por algún tiempo más ese ejercicio nocturno.

Una vez había tenido ciertas diferencias de parecer con don Juan, motivos por el cual intentó hacer vida en casa aparte. El día fijado para esa separación llegó, y cuando don Carlos se disponía a despedirse de su hermano, recibieron ambos tal impresión que se vieron en la necesidad de abrazarse derramando lágrimas como niños. Las desavenencias momentáneas terminaron allí y siguieron viviendo en paz hasta el día que Carlos se alejó hacia Buenos Aires para contraer matrimonio con la que fue su señora doña Ascencia Merello de Ameghino.

Nosotros hemos presenciado varias recaídas en don Carlos, con períodos más o menos largos y uno de ellos ocurrió entre 1922 a 1923, durante el cual no deseaba se lo visitara, sino sólo a personas muy allegadas. En una de las visitas que hice en compañía de L. Kraglievich, en su residencia de La Plata, calles 11 y 60, hallamos al maestro con muy buen semblante, pero nos sorprendió algunas cosas raras o extrañas que decía y hacía como pasatiempo, y reponerse según él. Afortunadamente mejoró y en nosotros hubo también el consiguiente sosiego.

Luego volvió a sentirse enfermo, lamentándose de continuo, no tanto por los dolores que le causara su enfermedad desconocida, sino por esa depresión que lo reducía, no permitiéndole investigar ni leer. En vista de ello y de la imposibilidad de continuar al frente de la Dirección del Museo de Buenos Aires, se creyó con justicia iniciar los trámites de la jubilación. Mejorado después, su única preocupación fue la de contraer matrimonio y con cuya esposa hubiera vivido feliz durante muchos años, si no hubieran mediado causas ajenas al hogar. Pues, la muerte de L. Kraglievich tuvo en don Carlos una grande repercución. Primero, por el desarrollo ingrato que ha tenido el conflicto del Museo de Buenos Aires en 1930. Segundo, el alejamiento de don Lucas del país y a quien poco después hubo que traerle herido de muerte; y tercero, la aflicción que le causara el saber que determinados estudiosos no podían consultar las piezas que él, con profundo amor al terreno y a la ciencia, había reunido en sus reiterados viajes. Pero más pena le causó luego al ver defraudadas sus esperanzas cuando en persona llegó hasta las puertas del Museo de la calle Perú, donde actuaron hombres prominentes, y no se le tuvo en cuenta de los nobles propósitos que le guiaban, siendo uno de ellos, el de haber insistido que debía ser librado el acceso al Museo a todas aquellas personas deseosas de aprender, entre las cuales estaba especialmente indicado yo y de quien obtuve la autorización verbal y por escrito. Sin embargo, los deseos de ese viejo vigía de la Patagonia, descubridor de tantos horizontes geológicos, de miles de piezas fósiles que asombraron o revolucionaron una parte de la paleontología universal; ese mismo hombre dedicado con abnegación sin igual para vislumbrar los misteriosos aposentos de faunas milenarias; ese mismo hombre ya en el ocaso de su existencia, vino a estar colocado en la situación parecida a la de aquel mendigo que golpea

las puertas con la esperanza de recibir un mendrugo o una limosna, y obtiene como contestación, el consabido "perdón". Se prefirió mantener la tozudez y el rencor venal antes que ceder a la cordura, al deseo y nobles propósitos de una figura venerable. Se prefirió, en una palabra, abrir de par en par las puertas a ciertos estudiosos extranjeros y mantenerlas clausuradas para algunos de los hijos del país que no llevaban otro norte que el de aprender y de ser útiles a la patria.

Después de estos hechos desagradables, la vieja enfermedad nerviosa de don Carlos se agudizó; se concentró definitivamente al hogar y hasta quería divorciarse del resto del mundo que lo rodeaba.

Desde 1932 hasta el día de su deceso recibió a contadas visitas. Por lo que a mí respecta, concedíome el privilegio de visitarle semanalmente y de ese modo pudo proporcionarme datos relativos a sus viajes; amenizaba la conversación con temas variados, tratando de olvidar a personas que le habían resultado desagradables.

No quería que me alejara de la Capital Federal a pesar de conocer el ambiente hostil manifestado por ciertos individuos, dispuestos a entorpecer o a molestar a los que se impusieron por guía y norte una rectriz encaminada a lograr un objetivo de bien común. Por estos motivos sintióse un poco molesto y hasta algo deprimido cuando tuvo la noticia de mi posible alejamiento de la Gran Metrópoli para prestar mis modestos servicios de investigación a un país extranjero. Sin embargo, a aquella gestión, realizada por terceros, no terminó su curso natural, debido en parte a mi negativa, y luego porque así complacía deseos del maestro. Recién acepté otra proposición y hacia el occidente argentino cuando aquél había fallecido.

No pocas fueron las insinuaciones en el sentido de solicitar la cooperación de otros médicos para restablecerle su salud, pero casi todas ellas encontraron el vacío. Este recelo era propio de los hermanos; pues, el Dr. Florentino recurrió en los últimos momentos cuando ya su gangrena de la pierna había avanzado mucho y su salvación sólo podía cifrarse en la amputación del miembro. No se resignó a seguir la prescripción médica, y murió. Don Juan padecía de accesos asmáticos y pudo haber mejorado sus dolencias, pero prefirió una serie de medicamentos caseros antes que someterse desde un principio a otra clase de medicamentos, y también murió. A don Carlos le ocurrió otro tanto. Era reaccionario a la intervención médica. No obstante aceptó la intervención de algunos facultativos por insinuaciones de sus familiares y de amigos. Pero él, casi nunca los solicitó porque seguía con el verúsculo de su hermano Florentino y luego con el de don Juan quienes, en caso de enfermedades solían repetir con frecuencia el estribillo ¡Ai, meghi, no!, en dialecto genovés y cuyo apellido (Ameghino), quería expresar mas o menos: ¡ah! los médicos, no! y así también se fue a la tumba. Es cierto que de una u otra manera ese fin era previsible, pero el significado de su apellido tenía para ellos más fuerza que el mejor y más sano consejo.

Los últimos períodos de la vida del maestro habían sido complicados con una arterioesclerosis aguda manifestándose sobre todo en las piernas. El médico que lo asistía se hallaba en un verdadero problema porque si se lo alimentaba bien corría el riesgo de producirse continuos derrames de sus venas superficiales; si se lo mantenía a dieta el enfermo quejábase de su insuficiente alimentación. Pero este dilema duró muy poco; espiró el 12 de abril a las 9 de la mañana de 1936.

Ahora, sus restos descansan en la bóveda "Ameghino-Salas", en el Cementerio del Oeste de la Capital Federal, junto a los despojos de su señora madre doña Dina Armanino de Ameghino, la esposa de don Carlos, doña Ascencia Merello de Ameghino y varios parientes más.

Cuando el maestro hizo construir esa bóveda, sólo se hallaban los despojos de su madre. Por eso me pidió que hiciera yo trasladar los restos de mi padre don Luis Rusconi con el fin de que le hiciera compañía a aquella. Y donde aún se encuentran. Así accedí a los deseos expresos del maestro. En cambio, los restos del Dr. Florentino, de su esposa Leontina Poirier, más los de don Juan descansan en el cementerio de La Plata a la espera de que sea construido el panteón de la familia Ameghino, cumpliendo con una Ley de la Legislatura bonaerense para que en ella los reúna a todos los familiares de esa rama de los Ameghinios.

Don Carlos no alcanzó a terminar el bachillerato y menos el doctorado. Tuvo menos suerte que su hermano a quien el título de Doctor *Honoris Causa* se lo confirió la Academia Nacional de Córdoba en 1886. Ambos fueron verdaderos autodidactas, pero insignes, porque llegaron a ser maestros de maestros. La universidad que frecuentaron fue la propia naturaleza. Ella le abrió de par en par las puertas y salieron con un cúmulo de conocimientos tales que no se ha podido ver hasta ahora otro argentino que lo haya igualado en las ramas de las ciencias por ellos cultivadas.

CAPÍTULO XI

Actos conmemorativos. Cincuentenario de su primer viaje a la Patagonia

En este capítulo si bien figuran algunos actos que se refieren al Dr. Florentino Ameghino, en todos ellos, empero, he tenido que hacer mención de la labor realizada por Don Carlos puesto que este ha contribuido en forma destacada a las investigaciones del primero.

Durante los últimos días de mi maestro, me encontraba yo en jiras de estudio por el Delta del Paraná. Al regreso me enteré de la infiusta noticia. Acudí a la casa y le hallé ya exámine. Hice algunas gestiones relativas al acto del próximo día y luego durante el mismo me incorporé a la caravana de amigos y de hombres de estudios que acudieron para rendirle el postrero tributo al acompañar los restos mortales hasta la necrópolis del Oeste.

En el acto del sepelio usaron de la palabra varias personas en representación de distintas sociedades científicas y por mi parte lo hice por indicación del ex secretario de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Dr. E. T. Raynelli; por la Revista Argentina de Paleontología y Antropología (Ameghinia) y por la Biblioteca "Florentino Ameghino" de Luján y entre otras cosas expresé:

"Con la muerte de don Carlos Ameghino, la Paleontología Argentina pierde a uno de sus varones más distinguidos que, durante más de medio siglo de su existencia se dedicó con fervor y cariño al estudio de los seres pretéritos de nuestro territorio. Con él desaparece también el tercer miembro de una familia de ilustres sabios: Florentino, y Juan, quienes a mediados del siglo pasado vieron luz en el pequeño pueblito de Luján.

Inicióse al estudio de los animales extinguidos cuando aún era casi niño, estimulado y aconsejado por su hermano mayor que le llevaba 11 años de edad. Muy pronto su maestro descubrió en Carlos al colega que, años más tarde, debía ser también su más grande colaborador y consejero, y a la vez el autor de no poca gloria para Florentino.

Antes de 1887, ambos hermanos tenían ya un amplio conocimiento de las faunas terciarias y cuaternarias de la provincia de Buenos Aires, Entre Ríos etc., pero Carlos aparecía como el simple colaborador de su hermano mayor; recién después de esa fecha en que inicia las explora-

ciones por la Patagonia Austral, comienza, puede decirse, una nueva etapa y la más brillante de su carrera científica.

Sin Carlos, decía Florentino, no podía haber realizado todo lo que hice. Y estas palabras debemos recogerlas, pues, como el mejor homenaje y el más grande reconocimiento de su valer. Porque Carlos Ameghino fue el descubridor de centenares de restos óseos pertenecientes a las más variadas faunas de mamíferos, reptiles etc. Los fororacos o gigantescas aves extinguidas; los peltífolios o peludos provistos de pequeños cuernos en la cabeza; los primeros monos platárrinos y más antiguos de América y con los cuales su hermano mayor creyó ver en ellos los más antiguos representantes de monos antropomorfos que condujo a la especie humana. Sus hallazgos tuvieron la virtud de llamar la atención a eminentes hombres de ciencia del país y del extranjero, y es de ese modo como vimos llegar a distinguidos sabios procedentes de museos de Inglaterra, de Francia, Alemania, Italia, Norteamérica etc., ya sea para realizar nuevos estudios con los importantes materiales colecciónados por Carlos Ameghino, o bien para recoger nuevos elementos y hasta para cerciorarse de la existencia de tantas y tan variadas formas organizadas que el Dr. Florentino Ameghino daba a conocer en monografías tras monografías. Pues, hubo a quien le resultaba un poco difícil poder convencerse de que las áridas e inhospitalarias tierras de algunas zonas patagónicas podían encerrar tan variados restos paleontológicos como no se habían descubierto nunca en el viejo Continente.

No hay, tal vez, hombre de ciencia que se ocupe de los vertebrados fósiles y que ignore la labor realizada por los Ameghinos, como no hay tampoco Museos importantes del orbe que no posea siquiera el resto de un representante extinguido de esos que vivieron hace uno o muchos millones de años en nuestro territorio.

Pero Carlos Ameghino, no reunió solamente restos de vertebrados fósiles, sino que ese hombre extraordinario, dedicado durante 16 años a las exploraciones del extremo Sud de nuestro territorio, pudo recoger muy variados materiales que dieron lugar a importantes monografías de Botánica, Malacología, Arqueología, Lingüística etc. A él le debemos también el descubrimiento de varias capas geológicas y la ordenación de la serie estratigráfica de la costa patagónica, y cuya obra más completa sobre el tema fue dada a conocer por su hermano mayor, en 1906.

Carlos Ameghino, mi querido maestro, quizá para el vulgo podréis pasar en cierto modo inadvertido; pero la ciencia, seguro estoy de que os cuenta entre sus varones más ilustres y la Paleontología Argentina os reconocerá siempre como uno de sus más grandes exploradores de nuestro pasado biológico. He dicho (17).

(17) **La Prensa** del 14 de abril de 1936 reprodujo una parte de esta oración fúnebre. También la revista **La Literatura Argentina** año VIII, N° 92 de agosto, 1936, pp. 212-214. Buenos Aires.

Cincuentenario de su primer viaje a la Patagonia

Con el fin de exteriorizar la brillante labor realizada por don Carlos Ameghino en el Sud patagónico y la repercusión que ha tenido en el mundo científico, creí un deber dirigirme al señor Gobernador del territorio de Santa Cruz (hoy provincia) expresándole deseos tendientes a una iniciativa en el sentido de perpetuar la memoria del ilustre sabio. La nota era la siguiente:

Buenos Aires, julio 12 de 1936.

A S. Excia., el Señor Gobernador de Santa Cruz
Teniente de Navío, don Juan Manuel Gregores

De mi mayor consideración:

“En mi carácter de discípulo y amigo del sabio Carlos Ameghino, recientemente fallecido, me permito poner en conocimiento del señor Gobernador que el 14 de febrero de 1937 se cumplirá medio siglo desde la primera vez que don Carlos Ameghino fondeara en el puerto de Santa Cruz para iniciar desde allí sus investigaciones y exploraciones científicas.

“Los resultados de ese y de los sucesivos viajes emprendidos durante un espacio de 16 años, le han permitido reunir una extraordinaria cantidad de material científico de incalculable valor. Estos ejemplares que han sido luego descriptos por su hermano el ilustre sabio Dr. Florentino Ameghino, han tenido la virtud de hacer interesar a las más grandes eminentias del mundo, como es del conocimiento del señor Gobernador.

“Por este motivo, estoy seguro de que una iniciativa del señor Gobernador, tendiente a erigirle al sabio don Carlos Ameghino una placa o un busto en una plaza del puerto de Santa Cruz, constituiría un acto de gratitud, al par que un hermoso ejemplo de estímulo para las generaciones futuras de ese progresista territorio que Vd., dignamente dirige.

Firmado: Carlos Rusconi”.

Poco tiempo después recibía la nota que sigue:

REPUBLICA ARGENTINA
GOBERNACION DE SANTA CRUZ

Río Gallegos, 21 de Diciembre de 1936

Al señor Director de la Revista Argentina "Ameghinia"
Don Carlos Rusconi

Nota 1111

Folio 747

Copiado 65.

Con referencia a su nota de fecha 12 de junio ppdo., tengo el agrado de dirigirme a Vd., remitiéndole para su conocimiento en copia legalizada, la Resolución de esta Gobernación, disponiendo se rinda un homenaje a memoria del sabio Don Carlos Ameghino, con motivo del 50 aniversario de su desembarco en el puerto de Santa Cruz.

Salídale muy atentamente

Firmado: Juan M. Gregores, Gobernador
Alejandro Rojo, Secretario
(Hay un sello de la Gobernación)

(foja 2)

Gallegos, 21 de Diciembre de 1936

Visto lo informado por la Revista Argentina "AMEGHINIA" y
Considerando,

Que sería un acto de gratitud al sabio don Carlos Ameghino, recientemente fallecido, el recordar que el día 14 de Febrero de 1937 se cumple el 50 aniversario de su desembarco en el puerto de Santa Cruz, en procura de elementos y material científico, y ejemplares que más tarde fueron descriptos por su hermano el sabio Dr. Florentino Ameghino.

Que actos de esta naturaleza son de estímulo para los que llegan a engrandecer la patria por medio de la ciencia; por ello:

EL GOBERNADOR DEL TERRITORIO

RESUELVE:

1º — Pasar estos antecedentes a la Comisión de Fomento de puerto Santa Cruz, para que bajo los auspicios de la Gobernación, pro-

ceda a recordar la fecha de referencia realizando un homenaje adecuado.

2º — Hágase saber y pasen estos antecedentes a dicha corporación.

JUAN M. GREGORES
Gobernador

ALEJANDRO ROJO
Secretario

(Hay un sello de la Gobernación).

III

Florentino Ameghino, en el XXV aniversario de su fallecimiento

Después del fallecimiento del Dr. Florentino Ameghino, ocurrido el 11 de setiembre de 1911 en La Plata, los homenajes en su memoria se han ido renovando con intensidad variable. Homenaje, a veces de grandes proyecciones han sido realizados por numerosas instituciones científicas, Escuelas, Bibliotecas etc. También lo han hecho y continúan haciendo diarios de nuestro país y hasta del extranjero, ocupándose de la labor realizada en el campo de la ciencia de los fósiles, de la geología y de otras ramas en las que se ha ocupado el ilustre naturalista.

Por mi parte, cumplí con la modestia de mi saber en rendirle al prócer de los fósiles el justiciero homenaje y de él da cuenta las citas que transcribo más abajo.

Con motivo de cumplirse el XXV aniversario del fallecimiento del Dr. Florentino Ameghino, a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires le cupo el honor de organizar un acto de recordación al ilustre sabio desaparecido. En vista de ello, el H. Concejo Deliberante de la Capital Federal dispuso el salón de Fiestas y celebración que tuvo lugar el 10 de Agosto de 1936. En dicho acto usaron de la palabra los señores Académicos: Presidente: Dr. José Peco; Arquitecto Héctor Greslebin; discurso del Dr. Alfredo Castellanos, especialmente invitado, y quien debió trasladarse desde la ciudad de Rosario. Académico don Carlos Rusconi, presentado por el Académico Presidente Dr. José Peco. Secretario Dr. Ernesto T. Raynelli.

Se hallaban también presentes los señores Académicos: Dr. Angel H. Roffo, Director del Instituto de Medicina Experimental; Ing. Manuel F. Castello; Dr. Eduardo F. Giufra, Dr. Báchmann; Dr. Juan Carlos Rébora; Dr. Mario Rivarola; Dr. Horacio C. Rivarola; Dr. Carlos Robertson Lavalle; Capitán de Navío Angel Ratto etc. De este homenaje se ocuparon varios diarios: *La Prensa*, *El Mundo* etc. del 11 de agosto de 1936. Además de la nutrida concurrencia, familiares de los

sabios Ameghinos etc. Dicho discurso pronunciado por mí fue luego publicado en los *Anales de la Academia* (18) y allí se menciona reiteradamente la labor que le cupo en vida a don Carlos Ameghino.

IV

Sexto aniversario del fallecimiento de Carlos Ameghino

Con motivo de cumplirse el sexto aniversario del fallecimiento del sabio Carlos Ameghino, he creído deber recordarlo suscintamente en un diario local de Mendoza (19). En dicha nota se hacen resaltar también algunas facetas que adornaban al hombre de ciencia desaparecido, particularmente de la profusa labor cumplida durante su brillante carrera de explorador y descubridor.

V

Florentino Ameghino en el XXXI aniversario de su muerte

Al cumplirse el XXXI aniversario del deceso del Dr. Florentino Ameghino he querido recordarlo en *Los Andes* del 6 de agosto de 1942. Se proporciona allí una pequeña semblanza de las investigaciones científicas realizadas por esa vigorosa personalidad.

VI

Con motivo de la última excursión científica realizada por el sabio Carlos Ameghino al río Luján, redacté una breve reseña de la referida jira, acotando la impresión que le causara el ambiente donde comenzó su brillante labor y profusa carrera científica. Se recuerdan allí algunas anécdotas de su juventud etc. La reseña apareció en el diario *Democracia de Luján*, provincia de Buenos Aires del 21 de abril de 1947.

VII

Cumplido el primer centenario del natalicio del Dr. Florentino Ameghino el Instituto Cultural Sarmiento y en correlación con el Museo de Historia Natural de Mendoza, organizóse un acto en homenaje al sabio. Consistió en una palma de flores que fue depositada al pie del pequeño monumento erigido al sabio en la capital de Mendoza, en

(18) Carlos Rusconi, **Florentino Ameghino**, en *Anales de la Academia de Ciencias de Buenos Aires*, vol. I, pp. 155-165. Buenos Aires, 1940.

(19) Carlos Rusconi, **Seis años cumpliránse ayer de la muerte de Carlos Ameghino**, en *La Libertad* del lunes 13 de abril de 1942.

calle Avenida Costanera y José Vicente Zapata. Allí usaron de la palabras varios oradores y en nombre del Museo, lo hice yo, refiriéndome a la personalidad del Dr. Florentino y Carlos Ameghino. Una noticia sobre el particular apareció en *Los Andes* del 19 de setiembre de 1954.

VIII

En el acto organizado por el Rotary Club de Mendoza del día 18 de setiembre de 1954, una parte del mismo consistía en un homenaje a Sarmiento y a Florentino Ameghino. Sobre este último pronuncié una conferencia en la que me referí a diversos aspectos de la labor científica desarrollada por el sabio desaparecido.

Una noticia fue dada a publicidad por *Los Andes* del 18 de setiembre de 1954.

IX

Con motivo del primer centenario del nacimiento del Dr. Florentino Ameghino, me permití remitir una nota a la Presidencia de la Sociedad Ameghiniana de San Antonio de Areco. El 18 de setiembre de 1954 fue leída ante el auditorio congregado para ese fin.

X

A raíz de una invitación de Rotary Club de Rivadavia, Mendoza, pronuncié una conferencia que tuvo lugar en la sala magna del H. Concejo Deliberante de aquella ciudad, el 27 de noviembre de 1954. Asistieron el señor intendente, Sr. San Martín, el ex senador Mario Guido Moreschi, el Juez de Paz don Carlos Di Gregorio, el Director de la Escuela Normal de la localidad, Profesor Francisco Tolosa, funcionarios y público.

Ese mismo día los señores mencionados asistieron al acto para descubrir una placa con el retrato de Florentino Ameghino, colocado en la cabecera de la ex arteria de Circunvalación Norte, y que desde ese instante quedó consagrada la calle Florentino Ameghino.

Terminó el homenaje con una visita a la Biblioteca Rivadavia donde deposité un manuscrito del sabio y varios números de la Revista del Museo.

XI

Al cumplirse el 47 aniversario del fallecimiento del Dr. Florentino Ameghino, remiti a *El Tiempo de Cuyo* del 6 de agosto de 1958 una noticia en la que hacía conocer aspectos varios de la obra dejada por el sabio y su dilecto hermano Carlos, como explorador de la Patagonia.

XII

El 18 de setiembre de 1959 un grupo de estudiosos y simpatizantes se congregaron frente al busto del Dr. Florentino Ameghino, sito en Avenida Costanera y José Vicente Zapata (20). Varios oradores ocuparon la tribuna exponiendo matices diversos de la labor desarrollada por el sabio. Yo hice lo propio al recordar las actividades que le cupo en vida a su hermano menor. La base del monumento fue exhortada con palmas de flores y de su desarrollo ocupó brevemente *Los Andes* del 19 de setiembre y *El Tiempo de Cuyo* del 20 de 1959.

XIII

Con un nuevo aniversario del deceso del Dr. Ameghino, se congregaron delante del busto situado en las arterias mencionadas, un núcleo de estudiosos y simpatizantes que se refirieron a aspectos distintos de la labor cumplida por ese naturalista. Allí tuve oportunidad de volver a exponer ciertas actividades cumplidas por el Dr. Florentino y Carlos Ameghino *Los Andes* del 18 de setiembre de 1960.

XIV

Con motivo del cincuentenario del fallecimiento del Dr. Florentino Ameghino, me permití remitir al Presidente de la Comisión Promotora a F. Ameghino, en febrero 4 de 1961, una nota. En ella hacía resaltar la extraordinaria labor cumplida por ese insigne hombre de ciencia y también la que le cupo en vida a su ilustre hermano don Car-

(20) Este busto es obra de mi viejo amigo el distinguido escultor Luis Perlotti, vastamente conocido en el mundo artístico y también de Mendoza donde se conservan de él, entre otras labores, el magnífico monumento "El Retorno" situado en el Manzano Histórico, Tunuyán; el monumento en homenaje a la colectividad Italiana, en la plaza del mismo nombre etc.

La existencia del busto situado en la Costanera se ha debido a una iniciativa que propicié hace muchos años. Consistía en su primera forma, en la cooperación de los niños de las escuelas, colaborando cada cual con un trozo de metal de cobre o bronce en desuso. Una vez reunida la cantidad necesaria, sería remitida al mencionado artista para que a su vez ordenaría la fundición del busto. De esa labor sólo se debía abonar a la persona encargada de la fundición, su trabajo. Sin embargo, las circunstancias pasaron y todo quedó como una buena idea. Posteriormente hubo cambios en el Gobierno de la provincia y las nuevas autoridades fijaron el día de la inauguración. Empero, no recuerdo haber recibido nota para participar en ese acto, el que con anticipación había hecho todo cuanto se hallaba entonces a mi alcance para que, también en esta provincia cuyana, estuviese representada la efigie de tan ilustre naturalista.

los, sobre todo en cuanto se refería a la labor explorativa desarrollada en el extremo sur de la Patagonia. Pocos días después, *El Civismo* de la ciudad de Luján, provincia de Buenos Aires, daba a publicidad la referida nota.

XV

Un nuevo aniversario del nacimiento del Dr. Florentino hizo que se congregaran nuevamente delante del monumento que perpetúa su memoria, un núcleo de simpatizantes. Se refirieron ellos a aspectos varios de la actividad desarrollada por el naturalista y en esa oportunidad, volví a recordar algunos rasgos personales y científicos tanto de él como de su hermano Carlos. (*Los Andes*, agosto 6 de 1961).

XVI

Una nueva fecha cumplida y la renovación de nuevas simpatías hacia el sabio. Tuvo lugar delante del busto que perpetua su memoria. Hubo varios oradores y entre los cuales me permití recordar aspectos varios de esos hombres que tanto hicieron por la ciencia de los fósiles. (*Los Andes* del 19 de setiembre de 1962).

CAPITULO XII

Documentos. Cartas varias de los familiares de F. Ameghino

Los documentos examinados se refieren a asuntos varios. Algunos son cartas de F. Ameghino dirigidas a distintos miembros de la familia, a naturalistas o viceversa. Son borradores donde con frecuencia aparece la enmienda y palabras superpuestas que luego subsanaba en la carta definitiva. De cualquier modo, las transcribiré en la forma que se hallan salvo algunas puntuaciones que me he permitido hacer.

Además, se encuentran una serie de cartas de carácter privado, especialmente de la correspondencia cambiada entre el sabio y su señora esposa. De ellas solo transcribiré breves aspectos. Casi toda esta documentación y algunas otras cartas no fue posible hallarlas mientras se estaba imprimiendo las "Obras Completas" del sabio, bajo la dirección de J. Torcelli. Ahora ofrezco ese contenido en la esperanza de haber contribuido algo al conocimiento de las actividades de esa ilustre familia. Casi todos estos manuscritos se hallan en mi poder, cedidos por don Carlos para que hiciera yo lo que mejor me pareciese, no obstante que algunas de ellas ya habían sido dadas a publicidad en las *Obras Completas*.

Documento 1

Carta de Catalina Armanino a María Dina Armanino (21)

"E viva la Croce, e chi la portó
Cara e amata sorella
S. Saturnino, 30 Maggio 1867

Beché t'abbia scrito che é poco tempo, credo non farti nesun torto
il mandarti nuovamente una mia letterina, per mezzo dei nostri vicini
che si portano in Buenos Aires, e dandoti nel medesimo tempo nostre

(21) Carta dirigida a la madre de Florentino Ameghino.

notizie, che sono ottime, e godiamo tutti salute perfectta, lo stesso spero di te, consorte e cari figliolini.

"Per mezzo de Ameghino, figlio de Dome (nico) del Bracco ti mandai il mese scorso una (roto) lettera che già ti disi di sopra con al (cuni) immagini, per te, ed altre per i miei Nipotini, credo che como rivevirai la presente, tutto avrai già ricevuto e chi li conserverai per la mia memoria; e siano queste picole cose un attestato di affetto che sempre *resta nell cuore* inverso di te quantunque lontana.

"Cara sorella, ti prego per amor de Dio a non privar me ne tutti noi delle tue notizie, la madre il padre, il fratello, e tutti noi jioiamo quando vediamo tue lettere; risponde un poco a tutto quanto t' ho notato nell' ultima mia, e grande consolazione proverá il mio cuore.

La Giuditta sta bene, ajsieme al consorte e figli, e di vero cuore ti saluta tanto tanto, e ti guarda di non dimenticarti nemeno L (roto). Ti racomando Sorella di far pregare i (roto) figlioli per noi tutti, arressati alla preghiera per tempo, che così como seran grandi batteranno sempre la strada buona, ed i tuoi figlioli se bene educati seranno, ti consoleranno in vita, e la tua corona formerano dopo morte.

Foja 2

Vedi Sorella, in questo mondo ci siamo per pasaggio, tutto deve finire, L'Eternitá non finirá mai piú, i tesori de questo mundo, devono incenerirse, le buene ópere resterano in eterno; Sorella te dico di cuore, imprimite bene nella mente queste eterne veritá, e contenta te verei alla fine de giorni tuoi.

"Acceta qui in ultimo i cordiali saluti, del caro papá, mammá, Sorella, Fratello, Cognata, piccoli Nipoti, como puri de tutti i parenti (rota), parte al tuo carissimo. Consorte, e figli, ma (roto). Sorella Gesú per me, troviamoci di speso delle S. que piaghe, ed anche sotto il manto della buona nostra madre María. Addio Sorella Dina, e tienemi sempre per la tua aff. ma Sorella benché da té lontana.

Firmado: Caterina Armanino
(roto). Gesú Cristo, e sempre sia lodato
E viva Gesú María e Giuseppe

En la cara posterior de esta segunda foja se lee:
"All 'O e narisima Signora. La Signora Dina
Armanino

Buenos Aires, Vía del locale

Documento 2

Carta de Francisco Ameghino a su hermano Antonio Ameghino (22)

Buenos Aires, Febraro 23 / 858
(Hay partes ilegibles).

Carísimo fratello, sono adasti nova del mio stato de salute e così spero será di te asieme a tua familia. O ricebuto (?) da Musa 442 pesos, dove mi dice che avevi tanta pavura per mardarmili, io non so de che poi avere pavura ! Io non so che dirte fratello; solo che già vedo che apare del benc allí fratelli e un gran pecatto per avere (?) tanto bontá in me, tanto neli miei fratelli (ilegible) che no la anno, pero (ilegible) orgia mai son dispuesto a vedere, aora sono a derti se si mandarmi la minuta perché reste sodisfato il mio niestro con il totale che si mandi, perche vi sono sbalie con il tuo; así resteirai sodisfato anche te, che li faro metere per la di (ilegible) mano il devito decibo; così resterai sodisfato e non potrai già mai dire che il tuo fratelo tia robato il valino di due reali. Con cuesto ti (roto) tuo fratelo.

Firmado F(rancisco) Ameghino

Documento 3

Negocio de don Antonio Ameghino

MUNICIPALIDAD
DE LA
VILLA DE LUJAN

Don Antonio A(meg)hino

Tesorería Municipal, cincuenta pesos M/al.

"Por la visita de pesas y medidas correspondiente al presente año"

Villa de Luján, Octubre 1871
Miguel Impiria, Tesorero inte.
Vº Bº, Lecano.

(22) Antonio Ameghino, padre de los sabios Florentino, Juan y Carlos. Francisco era hermano de don Antonio y fue padre de los doctores Arturo y César Ameghino. Este último fue Ministro en la provincia de Buenos Aires, donde le conocí, y luego Ministro en el Gobierno nacional. En cambio Arturo era médico psiquiatra y ocupó la Dirección del Hospicio de las Mercedes, en Buenos Aires.

Documento 4

Miguel Gilardi a Antonio Ameghino (padre de F. Ameghino)

Sr. Dn. Antonio Amequino, después e saludarlo y toda su familia tengo que manifestarle lo siguiente. Su yjo florentino medeve quinientos \$ mts. prestados que ace como año y medio pedidos para uno o dos días y yó como siempre nos emos prestado dinero de buenos amigos así es que lo dequé estar mas de un año sin pe(roto) pero como oy me (roto) necesitado sintiendo (roto) me tomo la facultad (roto) escribirle esta carta para que V. tubiese (roto) bondad de acerme areclar esa peque (roto) plata que oy tanto lo preciso: sin (roto) atento servidor..

Mercedes, agosto 17 /1874

Firmado: Miguel Gilardi

Nota: A continuación viene un escrito apócrifo en la que se expresa que el hombre que ha escrito esa carta no existe y que ha muerto, etc.

Documento 5

Carta de don Antonio Ameghino a su hijo Florentino

Luján, Diciembre 14 de 1881

Señor Don Florentino Ameghino
Querido hijo, Buenos Aires.

Deseamos que al recibir ésta, se hallen Uds. en perfecto estado de salud; nosotros todos buenos.

El seis del corriente hemos recibido una carta de Juan, en la que nos dice que está bien de salud; al mismo tiempo nos pide noticias de tí, pues dice que hace más de un mes que no sabe nada, a pesar de haberte escrito varias veces. Así es que nos contestarás pronto, para nosotros poderle escribir a él.

Nosotros deseariamos que vinieses tu con Leontina, para el veinte y cinco del corriente a pasar el día aquí en casa con nosotros. Contesta si podrás.

Sin más que decirte por ahora, te saludamos. Muchos recuerdos de parte mía, de tu mama y hermanos a Leontina.

Firmado: Tu querido padre
Antonio Ameghino.

NOTA: A continuación (fojas 2, 5 y 4), existe una carta de Florentino escrita en su sistema taquigráfico.

Documento 6

Cartas de Florentino Ameghino a Leontina

Se trata de una remesa de nueve cartas y telegramas que el sabio dirigió a su esposa Leontina Poirier desde diversas provincias del país, cuando se hallaba en viaje. Lo había iniciado desde la Capital Federal, para ejercer el Profesorado de Zoología y Paleontología en la Universidad Nacional de Córdoba.

Como se trata de un contenido familiar, transcribiré tan solo aquellos párrafos de interés general, o que puedan servir de base a ulteriores estudios de carácter histórico. Todas las cartas están redactadas en idioma Francés. La primera de esta serie, que no es completa, dice así: "Paraná, le 11 octover 1884.

Cher Leontine

Tu est peut-être Aonne du retard à recevoir de mes nouvelles, mais c'est n'ai pas mon faute... etc.

Se refería a dificultades surgidas en la embarcación que los condujo a Paraná. Luego escribe en unas líneas la impresión que le causa esta ciudad. Le recuerda haber visto y que había conversado con el profesor P. Scalabrini y quien le había puesto a su disposición varios fósiles, etc. Le comunicaba que al día siguiente se embarcaría para Córdoba, y terminaba:

Dit le bon jour a Jean e reçoi un bese de ton homme a toujours.

Firmado: Florentino Ameghino".

Documento 7

Se trata de una segunda carta que Florentino remite a su señora esposa, desde Rosario, el 15 de octubre de 1884.

Le comunica haber llegado a esa ciudad y pronto emprenderá viaje hacia la ciudad de Córdoba. Le solicitaba a su esposa pronta contestación y le expresaba que para el mes de diciembre del mismo año, le haría una visita al profesor Scalabrini. Despedíase, finalmente, cariñosamente.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 8

"Córdoba, le 19 Octubre, 1884.

Cher Leontine.

Le comunicaba que había llegado a Córdoba; que se había hecho cargo de la cátedra de Zoología, expresándole que comenzaría a percibir

bir sus honorarios recién el mes de octubre; que se había instalado en el hotel Europa, frente a la Universidad y después de hacerle algunos pedidos se despedía:

“Tcu cher mari a toujoures

Firmado: Florentino Ameghino”.

Documento 9

“Córdoba, le 2 Novembre 1884.

Cher Leontine

Contesta a una carta que su señora esposa le escribe en 29 de octubre comunicándole que continuaba en el ejercicio de la cátedra; que había hecho algunas compras, y después de haber abonado al hotel donde se alojaba, había quedado “avec un national et 20 centavos dans la poche, ce que certainement n'est pas une grande richesse”, pero con todo ello, se resignaba. También le recordaba haber recibido una carta de su hermano Carlos, desde Luján, donde le pone en conocimientos de haber recogido aquel interesantes fósiles, luego agregaba: “Il paraît qu'il a trouvés des pièces superbes, des têtes des grands animaux et des squelettes presque entiers”. Después de recordarle otros pedidos y de transmitirle saludos a su hermano Juan, despedíase, cariñosamente.

“Reçui mille baisés de ton cher marié à toujoures”.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 10

“Córdoba, le 13 Novembre 1884

Cher Leontine . . .”

Comunica a ésta haber recibido carta y 50 nacionales; que habían terminado los cursos de la Universidad y comenzaba la época de los exámenes. Luego de finalizados regresaría él a Buenos Aires, etc.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 11

“Córdoba, le 26 Juin 1885

Ma Cher Leontine . . .”

Comunica haber recibido carta de su esposa de fecha 21 del corriente. Le expresaba satisfacción por los datos que le trasmisía. Que se ponía triste cuando no le escribía con prontitud, etc. Sentía satisfacción don Florentino al saber que la librería de Buenos Aires iba bien y por

su parte, le comunicaba que conservaba íntegro los 650 pesos que le había girado su señora esposa. Después de varios otros detalles solicitaba que transmitiese los saludos al resto de la familia.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 12

“Córdoba le 1º Juillet 1885

Cher Leontine . . .”

Contesta a una carta de su esposa del 26 de junio en la cual le comunicaba ésta que el negocio de librería era satisfactorio. En cambio él se quejaba del atraso del dinero que debía percibir de la Universidad, motivos por el cual le remitió una carta a su hermano Juan con el fin de que hiciera éste algunas gestiones ante el Ministro en Buenos Aires. También le informaba haber obtenido un nombramiento definitivo en la Universidad cuyo sueldo era de 200 pesos mensuales, más 50 pesos adicionales por trabajos, varios. Comunicábale que había sido ampliado el local de esa casa de estudios: y luego se despedía cariñosamente.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 13

“Córdoba, le 10 Juillet 1885

Cher Leontine . . .”

Le hace saber de la recepción de una carta recibida de ella y le pide que lo fuera a ver en Córdoba, describiéndole la forma de realizar ese viaje, etc.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 14

“Córdoba, le 22 Mai 1886

Cher Leontine . . .”

Le comunicaba a su esposa que diez días atrás había escrito y de la cual no obtuvo contestación. Le anunciaba también que dentro de poco partiría para Buenos Aires; que había dimitido como Profesor de la Universidad; que ésta había sido aceptada aunque faltaba la aprobación del Gobierno. Además, le comunicaba que había obtenido en Córdoba un nuevo título, diciéndole: “D'ici en avant je serai le Dr. Ameghino. L'Université en session d'hier avec la présence de tout ses membres vient de me conférer par unanimité de vois le titre de Docteur”.

Expresábale que recibiría el diploma correspondiente en la próxima semana. Que el Dr. Moreno le había escrito comunicándole que estaba todo arreglado (en La Plata) para recibirlo a él y luego a su hermano Carlos. Después de unas líneas de carácter familiar se despide:

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 15

Se refiere a un telegrama expedido por Florentino desde Córdoba el día 3 de junio de 1886 y en el cual se lee: "Esta noche salgo para esa".

Con ello se demuestra la fecha exacta de su permanencia en Córdoba como profesor de la Universidad, y la renuncia presentada poco antes, con el fin de regresar a Buenos Aires y de allí dirigirse después a La Plata donde iba a ser nombrado Subdirector del Museo de La Plata. Se había debido a la invitación formulada por el Dr. Francisco P. Moreno y después de una actuación de año y meses con ese cargo, debía producirse un incidente tan grave entre ambos funcionarios que le obligó a Florentino a alejarse de esa casa de estudios, definitivamente. Este incidente dio margen a un distanciamiento con el Dr. Moreno que perduró por muchos años, y esos antecedentes fueron dados a publicidad por Ameghino en su grande obra: *Contribución al Conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina*, 1889.

Documento 16

Cartas de Leontina Poirier a Florentino Ameghino

"Buenos Aires, le 17 octubre (1884 ?)

Cher petit Florentine (23).

Se trata de una extensa carta de familia en la que le recuerda a su esposo el Dr. Florentino Ameghino, haber recibido una carta de éste quien le hace saber algo del viaje que realizará desde Rosario a Córdoba para visitar a su esposo, a la sazón profesor en la Universidad de esa provincia. También le recordaba que cinco días atrás había recibido carta de don Carlos y otras cosas más. Se despedía cariñosamente:

Ta petits femme que t'aime bien pour la vie".

Firmada: Leontine P. de Ameghino.

(23) Todas las cartas que poseo de la señora esposa del sabio, están redactadas en francés.

Documento 17

"Buenos Aires, le 29 octubre 1884

Cher maris cheris . . ."

Le comunicaba haber recibido con placer carta de su esposo; le hacía saber que Córdoba era muy hermosa; le noticiaba también de la venta que había tenido en el negocio de librería en Buenos Aires y le solicitaba que escribiese con más frecuencia. Termina recordándole saludos de su hermano Juan.

Firmado: Leontine P. de Ameghino

Documento 18

"Buenos Aires, le 2 noviembre (1884 ?)

Cher petits maris . . ."

Contesta a una carta de su esposo Florentino del 29 de octubre en la que éste le proporcionaba datos para poder llegar su esposa a la ciudad de Córdoba. Aquella le hacía saber que la venta de artículos de librería era halagüeña y le ofrecía ayuda en caso de necesitarlo su esposo. También le recordaba los saludos de su hermano Juan.

Firmado: Leontine P. de Ameghino

Documento 19

"Buenos Aires, le 6 (Nov. 1884 ?)

Cher petits Florentine . . ."

Contesta a una carta recibida el día anterior donde su esposo le informaba del desarrollo de la cátedra. Por su parte, la señora Leontine le pedía que buscase un empleo en Buenos Aires a fin de tenerlo más cerca de ella; pues, la distancia entre ambos, le afligía mucho. Despedíase cariñosamente.

Firmado: Leontine P. de Ameghino

Documento 20

"Buenos Aires, le 10 noviembre (1884 ?)

Cher petits Florentine . . ."

Comunicábale que le remitía 50 nacionales en caso de necesidad y se ofrecía en remitirle algo más.

Firmado: Leontine P. de Ameghino.

Documento 21

“Buenos Aires, le 22 (Nov. 1884 ?)

Cher petits maris cheris . . .”

Le hacía saber haber recibido carta de su esposo, enterándose de que debía estar él hasta el mes de diciembre en Córdoba. Le proporcionaba noticias de la marcha del pequeño negocio de librería, pero que no obstante debía hacer economías.

Firmado: Leontine P. de Ameghino.

Documento 22

“Buenos Aires, le 11 Mayo 1886

Cher Florentine . . .”

Contesta una carta recibida de él el día anterior. Le expresa deseos de verlo y le proponía un viaje hasta Buenos Aires. Una vez aquí podía Florentino presentar su renuncia de Profesor en la Universidad de Córdoba. Además le hacía saber que la mamá del sabio se hallaba muy enferma, etc.

Firmado: Leontine Ameghino.

*Documento 23**Cartas de Florentino a Juan Ameghino*

“Buenos Aires, marzo 25 de 1883

Sr. Dn. Juan Ameghino
Fray Bentos. Estimado hermano.

Hace tiempo que yo no te escribo y tu haces otro tanto. De mi parte ya te escribí una vez que no debías extrañarlo, porque las cosas cuando no van a mi deseo, y no me van a mi junto desde que he vuelto, no tengo ganas para nada. Sin embargo, viendo que tú no me escribes, lo hago yo pidiéndote me mandes noticias tuyas.

Hace algunos meses que, creo que D'Áste te escribió proponiéndote de venir acá a ocupar un puesto que se presentaba vacante en el Telégrafo y tú te excusaste, creo que por no haber arreglado tres mensualidades pasadas.

Si no es indiscreción, y creo que no puede haberla de parte de un hermano, desearía saber si has arreglado la cuenta atrasada, pues me alegraría infinito que no perdieras lo poco que puedes haber ganado con la paciencia de largo tiempo, como sentiría en el alma, si te lo hicieran perder.

De todos modos creo que va de tu interés tratar de arreglar la cuenta vieja, así después, si quieras quedarte puedes hacerlo; pues de no ser así, supongo lo habrías hecho saber. Papá, mamá y Carlos también están buenos. Mamá estuvo a verme hace pocos días y te manda muchos recuerdos.

En cuanto a mí estoy bien de salud, pero aburrido, y trabajando sin ganas, pues en el año que perdí detrás del proyecto del Museo gasté la poca plata que tenía y la librería a penas me da para comer. Si hubiera sido de otro modo, haría ya tiempo que te habría ido a visitar.

La creación del Museo Nacional que tantos dolores de cabeza me ocasionó, fracasó por envidias de algunos personajes altamente colocados, y por ahora no hay esperanzas de que se vuelva hablar de él, pero no importa. Sólo el trabajo y no la intriga pueden dar un nombre; continuo así a costa de privaciones mi camino y ha de llegar mi día.

Esperando noticias tuyas, me repito tu querido hermano.

Firmado: Florentino Ameghino.

NOTA: Esta carta ha sido publicada en **Obras Completas**. Vol. XX, pág. 255.

Documento 24

“La Plata, agosto 11/1893

Querido hermano (Juan).

Recién, después de los trastornos de que ha sido teatro La Plata, puedo escribirte, para que no estén inquietos por nosotros. No ha sido más que un susto y una incomodidad de unos doce días, en los que tuve que esconderme y cerrar el negocio.

Ahora, ya he abierto y todo tiende otra vez a normalizarse, y como por el momento no puedo ir yo a casa, te ruego le digas a mamá que estoy perfectamente, lo mismo que Leontina, quien le manda muchos recuerdos y también a tí. Creo que dentro de pocos días debe venir el Villarino y que en él vendrá Carlos.

Con los nuevos cambios políticos mucho me temo, que obliguen a pagar el pasaje y el transporte de las colecciones. Por todo lo que pudiera suceder, te ruego trates de ver si puedes reunir algún dinerito, pues yo con la maldita revolución he quedado sin un centavo y sin que por el momento se haga nada. De todos modos, en cuanto llegue, hágale el favor de mandarme un telegrama, pues iré a ver si es posible que no cobren el transporte, pues sería una broma.

He recibido en estos días una carta de Lydekker, del Museo Británico, en que me avisa que ya no puede resistir a la impaciencia y curiosidad de conocer estos famosos fósiles de Patagonia, y que se pone en viaje para ésta; estará en La Plata del 10 al 15 del mes entrante, y me pide con anticipación disponga las colecciones para poder examinar-

las. Probablemente debe traer poderes del Museo para tratar de adquirir la colección.

Sin más por el momento, te saluda tu querido hermano.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 25

Cartas de Juan a Florentino Ameghino

“B. Aires, septiembre 18 de 1891

Querido hermano

A la vuelta te copio lo que trae “La Prensa” de ayer.

Como se ve, Moreno también ha encontrado monos fósiles; pero probablemente recién después de haber leído tu folleto; o tal vez será más bien una mentira y ni tendrá el trozo de mandíbula que dice y lo habrá hecho por ver si te quita la prioridad.

Mamá vino de Luján, está buena y te manda recuerdos lo mismo que a Leontina. Sin más lo saludos. Tu querido hermano.

Firmado: J. Ameghino

NOTA: A la vuelta de la misma carta hay una transcripción de la noticia aparecida en La Prensa del 17 del citado mes. En ella se comentan estudios publicados como resultados hechos por el personal del Museo. En la misma se expresa que por primera vez se daba a conocer la existencia de monos fósiles en el terciario de la Patagonia.

Documento 26

“Buenos Aires, Nbre. 19 de 1891.

Querido hermano

Dice Annaratore que le ha dicho Gibson que él tendrá proporción de mandar los libros a Norte América dentro de 15 días, más o menos; por lo tanto que escriba o mejor ver lo que hay que hacer; también he visto en La Prensa que el Villarino saldrá al Sud el 1º de diciembre. Sin más los saludos. Tu querido hermano.

Firmado: J. Ameghino.

Documento 27

Cartas de Florentino a Carlos Ameghino

“La Plata, Noviembre 24 de 1897

Sr. Don Carlos Ameghino
Querido hermano

En la carta que te escribí hoy y que te envié certificada, me olvidé de colocar el conocimiento del fardo que te envío conteniendo las espe-

cies. Lo incluyo en ésta, que por lo avanzado de la hora tengo que hecharla al buzón, sin certificar, así que no sé si las recibirás.

Sin más, saludos. Tu querido hermano.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 28

(Membriete del
Museo Nacional
de Buenos Aires)

Buenos Aires, enero de 1905

Sr. Dn. Carlos Ameghino
Querido hermano.

Recién ayer recibí tu carta, por lo que veo te encuentras bien de salud lo que mucho me alegro. Hoy estuve a verla a mamá. Está bien lo mismo que Juan y te mandan recuerdos.

Por acá tampoco hay novedad, con excepción de lo referente a la nueva casa del Museo que al fin parece se va a resolver definitivamente y de manera sumamente satisfactoria. Van a entregar al Museo el gran palacio que ocupa el Asilo de Mendigos. Como posición es inmejorable, y como capacidad diciendo de que cabe en él cuatro veces el célebre edificio de Barracas, está dicho todo.

En La Plata tampoco hay novedad y Leontina te manda recuerdos. Deseándote buen éxito y felicidad me repito tu querido hermano.

Firmado: Florentino Ameghino.

Documento 29

“Abril 6 de 1907

Certifico que el naturalista viajero, señor Carlos Ameghino, en desempeño de su misión, ha estado ausente en el interior de la Patagonia, desde el mes de octubre de 1901 hasta el mes de Septiembre de 1902

Firmado: Florentino Ameghino.
D(irector del M(useo).

Documento 30

“Buenos Aires, Febrero 3 de 1885

Dr. Dor. Adolfo Doering
Mu(a) apreciable colega y amigo

He retardado mi proyectado viaje al Paraná, a causa de encontrar-me siempre pendiente de la expedición fluvial que Vd. había concebido,

limitándome a algunas excusiones por esta provincia que me han dado mui buenos resultados. El Ministro de la Guerra acaba, por fin, de firmar el Decreto para que el Dr. Holmberg, Kurtz y yo, vayamos al Chaco, cada uno con un ayudante y en un vaporcito que pondrá a nuestra disposición, así es que para la semana entrante estará todo pronto para emprender el viaje.

Habiendo dado cierto nombre (ξ) desde antes mi palabra de acompañarlo al Dr. Holmberg en esta expedición, si llegara a realizarse no he podido excusarme, pero me agradaría que Vd. nos acompañara.

El Dr. Holmberg desearía verlo entre nosotros; y, por mi parte, no necesito insistir sobre el placer que causaría verlo compartiendo los trabajos de la exploración. La recolección y estudio de las conchas fósiles de las barrancas del Paraná es indudable uno de los puntos más importantes, y eso sólo puede hacerse bien viniendo Vd., con nosotros, en donde estará mi hermano que bajo su dirección podrá reunirle excelentes materiales. Además, este viaje hecho con todas las comodidades necesarias le serviría de distracción y no dudo que también le sería provechoso a la salud.

Desearía me contestara sin pérdida de tiempo, si se resuelve a acompañarnos para telegrafiarle el día de la partida, insistiendo por mi parte nuevamente sobre el placer que me causaría de verlo entre nosotros y sobre la conveniencia que habría para todos y bajo todo concepto en que Vd., tomara parte en esta excursión.

Sin otro motivo me suscribo de Vd., su siempre seguro servidor y amigo.

Firmado: Florentino Ameghino.

NOTA 2^a: En mi poder se encuentran otras cartas del Dr. Florentino Ameghino, dirigidas al Dr. Adolfo Doering, mayo 9 de 1883; junio 1^o 25; febrero 3 de 1885, etc.

Documento 31

Cartas de Florentino Ameghino a Pedro Scalabrini

“Buenos Aires, Marzo 24 de 1883

Señor Dn. Pedro Scalabrini, Paraná.

Mui señor mío.

No teniendo hasta ahora noticia suya, le escribo ésta para comunicarle el resultado de mis observaciones sobre los fósiles que Vd. me confió. Dichas piezas consisten en dos muelas verdaderas y un premolar de un mamífero parecido al *Paleotherium*, que he denominado *Scalabriniatherium Bravardi*.

NOTA 1^a: Publicada en *Obras Completas*, Vol. XX, pág. 312.

Una muela de un animal particular, algo parecido al tapir y a los suídeos, que denomino *Ribodon limbatus*.

Un diente de un animal gigantesco algo parecido al toxodon que llevará el nombre de *Toxodontherium compressus*. Una muela de un animal parecido a un mylodon, *Mylodon Paranensis*. Una muela de un carpincho de una especie de pequeña talla: *Hydrochoerus paranensis*.

Media mandíbula inferior izquierda de una vizcacha de especie muy reducida = *Lagostomus antiquus*.

Una placa de un *Chlamydothereum* = *C. paranense*.

Una placa, probablemente de un *Glyptodon* = *Gl. paranensis*.

Un fragmento de coraza de un *Hoplophorus* de especie nueva

= *Hoplophorus paranensis*.

Reservo, por ahora, mi juicio sobre los tres dientes que suponía de Otariano, no pertenecen a ese género.

Como tuve ocasión de manifestarle a Vd., estas piezas y todas las que se refieren a los mamíferos de la formación del Paraná, tienen una importancia científica excepcional, tanto porque pertenecen a una época mucho más antigua que la formación del limo pampa y representan una fauna desconocida, cuanto porque pueden proporcionar datos preciosos para precisar la época geológica de dicha formación, actualmente mui discutida.

Tengo sobre estos objetos una memoria que voi a publicar en el mismo II Boletín de la Academia de Ciencias de Córdoba de este año, actualmente en prensa, y solo esperaba antes de darlo a los... noticias suyas; pues recordaré que me prometió mandarme algunos otros materiales concernientes a los mamíferos fósiles de la formación del Paraná, y como por otra parte me dijo Vd., que guardara los objetos que me confió hasta recibir noticias suyas, no se los he remitido y espero sus órdenes al respecto.

Le quedaría, sin embargo, mui agradecido si en caso de tener nuevas piezas pudiera hacerlas llegar a mis manos para aprovecharlas en el trabajo mencionado, especialmente los restos considerados como de *Anoplotherium*, pues estos ofrecen un doble interés, paleontológico e histórico, por cuanto nos harían conocer el animal que Bravard tomó como tal.

Mientras espero la ocasión de tener la satisfacción de saludarle personalmente, disponga de éste su siempre afecto servidor.

Firmado: Florentino Ameghino.

NOTA: Publicado en *Obras Completas*, vol. XX, pág. 252.

Documento 32

Cartas de Florentino Ameghino a Arturo de Seelstrang

“Buenos Aires, febrero 3 de 1885

Señor Dr. Dn. Arturo de Seelstrang
Mui señor mío y apreciado colega

Acabo de recibir la suya de fecha 31 del pasado en la que me comunica haber cobrado mi sueldo del mes de Enero y me pregunta el giro que debe dar a ese dinero, le agradezco la molestia que se ha tomado y le agradecería me lo remitiera por medio de la sucursal del Banco Nacional.

Al fin el Ministro de Guerra ha firmado el decreto, autorizándonos a mí, al Dr. Holmberg y al Dr. Kurtz para ir al Chaco, remontando el Paraná en un vapor que pone a nuestra disposición y llevando cada uno un ayudante. Hoy mismo le escribo al Dr. Kurtz comunicándole la noticia, pero si Vd., tiene ocasión de verlo le agradecería insistiera que nos acompañara, pues la expedición se llevará a cabo en condiciones inmejorables y puede decirse entre amigos.

Sin otro motivo lo saluda atentamente, suscribiéndose su siempre seguro servidor y amigo:

Firmado: Florentino Ameghino.

NOTA: Publicada en **Obras Completas**, Vol. XX, pág. 311.

Documento 33

“Buenos Aires, Febrero 16 de 1885

Señor Dr. Dn. Arturo de Seelstrang
Mui estimado señor y colega

He recibido su apreciable de fecha 7 del corriente conjuntamente con una orden de 200 pesos nacionales. Gracias por la molestia.

Agradéscole igualmente los consejos que me da a propósito de la proyectada expedición al Chaco. Un incidente desagradable me ha hecho desistir de tomar parte en dicha expedición, pero en caso de haber sido esa mi intención, no hacerlo sin antes dar aviso a esa Facultad, y sin un previo permiso del Ministerio que ya estaba concedido.

Así espero que dentro de pocos días, estaré en esa, en donde tendré el placer de saludarlo personalmente. Mientras tanto su más atento y seguro servidor.

Firmado: Florentino Ameghino.

NOTA: Publicada en **Obras Completas**, Vol. XX, pág. 322.

Documento 34

“Buenos Aires, Febrero 27 de 1885
Al Señor Decano de la Facultad de Ciencias,
Físico matemáticas de la Universidad de Córdoba
Dr. Dn. Arturo de Seelstrang

Tengo el honor de dirigirme al señor Decano para poner en su conocimiento de esa Facultad que, por Decreto del 31 de enero del presente año, he sido nombrado por el Superior Gobierno de la Nación, miembro de una Comisión Científica encargada de estudiar los territorios del Chaco, viéndome así en la obligación de ausentarme durante un corto espacio de tiempo para el desempeño de dicha Comisión.

Dado [el] caso de que esa Facultad creyese necesario no retardar la apertura del curso de Zoología, propongo para sustituirme durante mi ausencia, al Dr. Dn. Adolfo Doering, permitiéndome hacer presente que mi comisión es *gratuita*, y que por lo tanto mi sustitución me parece justa sea costeada por esa Universidad.

Saluda al señor Decano con toda consideración y respeto.

Firmado: Florentino Ameghino.

NOTA: Publicada en **Obras Completas**, Vol. XX, pág. 327.

Documento 35

“Buenos Aires, Mayo 30 de 1885
Señor Arturo de Seelstrang
Mui estimado señor y colega

Tuve el placer de recibir su apreciable de fecha 21 del corriente en momentos en que me aprontaba para emprender viaje a esa, pero como Vd., me anuncia en ella que me comunicaría lo que resolviera el Consejo Superior, creí que debía suspender mi viaje hasta recibir noticias al respecto. Como aun no he tenido el gusto de recibir otras noticias, me permito dirigirle la presente pidiéndole me comunique si debo ponerme en viaje para esa o si es prudente que aun espere.

Agradeciéndole de antemano la molestia y el interés que se toma por mí, lo saluda atentamente su siempre y afec.mo servidor y amigo.

Firmado: Florentino Ameghino

Rivadavia 946

P. D. Recibí hoy honorarios correspondiente al mes de Abril. Gracias una vez más por la molestia.

Firmado: Ameghino

NOTA: Publicada en **Obras Completas**, Vol. XX, pág. 333.

Documento 36

Carta de F. Ameghino a Federico Kurtz

"Buenos Aires, Febrero 3 de 1885

Mui señor mío y apreciable colega

La Expedición por agua a los territorios inmediatos al Chaco de que hablé a Vd., en Córdoba es ahora un hecho. El Ministro de la Guerra nos ha dado un vapor para que Vd., el Dr. Holmberg y yo, cada uno con un ayudante, hagamos una exploración científica, dándonos todos los elementos necesarios. Su ayudante será el señor Galander que llevará un sueldo de \$ 100 mensuales. Todo lo necesario para las colecciones, como papel, etc., está pronto, así que Vd., no tiene que preocuparse para nada. Le ruego me conteste inmediatamente si nos acompaña para comunicarle por telégrafo en donde debe encontrarnos. Creo que Vd., no tendrá ningún inconveniente en tomar parte en esta excursión, pues además de presentarle una buena ocasión para conocer la flora de la parte norte de la República, será un viaje agradable por hacerse con toda comodidad y entre amigos.

Mientras espero una pronta contestación, lo saluda atentamente su colega, servidor y amigo.

Firmado: Florentino Ameghino

Buenos Aires, calle Rivadavia 946

NOTA: Publicado en **Obras Completas**, Vol. XX, pág. 312.

Documento 37

Buenos Aires, Febrero 17 de 1885

Señor Dr. Dn. Federico Kurtz, Córdoba.

Mui estimado señor y colega. Pídale disculpas por no haberle contestado inmediatamente la suya. Quería antes saber lo que había de definitivo sobre la Expedición al Chaco. Todo estaba ya arreglado y el Ministro de Instrucción Pública iba a darnos licencia para abandonar nuestra cátedra, por algunos meses. Pero en uno de los últimos números de *La Crónica* de esta ciudad ha aparecido un suelto, que a propósito de la expedición al Chaco me coloca respecto de mis colegas de la Academia en una posición difícil. A causa de ese artículo impreso ya no me es posible tomar parte en dicha expedición. Renuncio a ella y me preparo para salir a Córdoba dentro pocos días. Vd., puede hacer como mejor le convenga. Su nombramiento está hecho. Y mi resolución de no tomar parte en ella no debe influir sobre la suya.

Sin más, reciba un apretón de manos, de su siempre servidor, colega y amigo.

Firmado: Florentino Ameghino

NOTA: Aun cuando ignoro lo publicado por *La Crónica* a que se refiere el sabio Ameghino, sin embargo, el viaje al Chaco lo realizó aunque con los resultados que da a conocer (24).

Documento 38

"Buenos Aires, Febrero 3 de 1885

Sr. Dr. Federico Schulz

Apreciado señor

El Ministerio de la Guerra va a nombrar a Vd., para que me acompañe en calidad de ayudante con el sueldo mensual de \$ 100 m[n.], en la Expedición que a bordo del vapor Avellaneda va a explorar las costas del Chaco. Ruégole me conteste inmediatamente si acepta para hacerle dar pasaje y comunicarle el punto en que se nos va a reunir.

S. S. S.

Firmado: Florentino Ameghino

NOTA: Publicado en **Obras Completas**, Vol. XX, pág. 313.

DATOS COMPLEMENTARIOS

De la documentación transcripta aquí debo recordar también que tengo a la vista numerosas piezas de diversa índole que no puedo dárseis a conocer por carencia de espacio, a saber: 1) Cartas de Florentino Ameghino dirigidas a otras personas; personas que se dirigen al sabio comunicándole asuntos diversos; 3) Cartas de otras personas que nada tienen que ver con la familia del sabio; 4) Hojas sueltas y de dibujos originales utilizados por Florentino en algunas de sus publicaciones; 5) Una serie de datos reunidos acerca del problema de las "tierras cocidas y escorias" que seguramente habrían sido la base de una nueva publicación que pensaba a dar a conocer el Dr. Florentino; 6) Apuntes varios y citas bibliográficas.

Otro pequeño conjunto se refiere a cortos escritos de Juan Ameghino y de todos ellos no me ocuparé sino cuando disponga del tiempo suficiente para incluirlos en una obra relacionada con la trayectoria del Dr. Florentino Ameghino y de la importancia de sus investigaciones científicas.

Aquí solamente haré mención: A) Algunas cartas que don Carlos remitió a otras personas; B) Personas que le han remitido cartas a don Carlos, a saber:

(24) Carlos Rusconi, *Carlos Ameghino y la Expedición al Chaco 1885*, en **Rev. Mus. Hist. Nat.** vol. XII, pp. 155-164, Mendoza, 1959.

Cartas remitidas por don Carlos

En mayo 2 de 1882, se dirige al señor Ministro de Guerra y Marina general Benjamín Victorica, agradeciéndole por el nombramiento oficial de que había sido objeto, al comunicársele que debía integrar la Comisión Científica que se dirigía al Chaco en 1885.

Al señor Beniamino Bicegos radicado en Santa Cruz (Octubre 11 de 1887). Le comunicaba que con tan poco tiempo no podía hacer don Carlos un viaje por el interior de la Patagonia. Le indicaba, no obstante, lugares donde podía hallar el señor Bicegos, moluscos fósiles y actuales por el río Santa Cruz y otros parajes.

Otra, sin fecha, a la misma persona.

Al Dr. Verneau en marzo de 1912. Contesta a este antropólogo acerca de varios temas de la especialidad.

Cartas dirigidas a don Carlos

Telegrama del 29 de octubre de 1902, desde Comodoro Rivadavia, notificando que don Carlos Ameghino se hallaba a 10 leguas del citado paraje.

Antonio Alice desde Buenos Aires en 28 de octubre de 1911, le comunicaba que había terminado el cuadro al óleo con la figura del Dr. Florentino Ameghino e invitaba a don Carlos para que lo fuera a ver; pues algunas personas que lo habían visto antes, manifestaron que se trataba de una labor y figura fiel del natural.

Lorenzo Parodi, de Mar del Plata (marzo de 1912), comunicándole que esperaba la visita de don Carlos para realizar en compañía de otros, una jira por la costa atlántica.

R. Faggioli, desde Mar del Plata, (12 de junio de 1915), comunicándole haber descubierto restos de un gran mamífero extinguido y le pedía autorización para extraer el resto.

E. Isla (28 de junio de 1917) comunicándole desde Buenos Aires las gestiones que estaba realizando con legisladores y hasta con el señor Presidente Irigoyen, en favor de don Carlos.

Dr. Hermann von Ihering, desde Florianápolis (Brasil) (31 de julio de 1919), informándole de varios asuntos relacionados con la correspondencia científica que había mantenido con Florentino Ameghino.

Dr. H. von Ihering, desde Florianápolis en 25 de febrero de 1920, informándole que la correspondencia Ihering - Ameghino ocupaba foliada, unas 498 páginas. Le hacía saber que algunas de esas cartas dirigidas a Florentino, no valían la pena publicarlas en las *Obras Completas* que se estaba editando bajo la dirección de Torcelli. Además, se ofrecía Ihering en proporcionar otros datos y una introducción acerca de la labor desarrollada por F. Ameghino, relativa a los celáceos.

H. von Ihering, desde Florianápolis, en 25 de abril de 1920, comunicándole varios asuntos de interés general.

Dr. Rodolfo Moreno (h.), Diputado de la Nación (marzo 12 de 1920), informándole de las gestiones que estaba realizando en la Legislatura y en favor de don Carlos.

Lucas Kraglievich, desde Montevideo (octubre 20 de 1931). Le proporcionaba datos varios acerca de los descubrimientos fósiles hechos en el Uruguay y solicitaba de don Carlos le remitiese datos varios sobre determinados mamíferos fósiles existentes en el Museo de Buenos Aires.

Juan Merani, desde Buenos Aires (agosto 3 de 1935). Le manifestaba deseos de verlo, Merani ha sido un antiguo empleado del Museo de Historia Natural de Buenos Aires y quien ha reunido muchísimos fósiles de la formación pampeana, algunos de mucha importancia científica.

C A P I T U L O XIII

Cargos desempeñados. Bibliografía

Los numerosos años dedicados a las exploraciones del suelo patagonico, han imposibilitado a don Carlos la acumulación de cargos oficiales o en la función pública, pero no obstante ello, ha desempeñado algunas de muchas responsabilidades, a saber:

1885. — En el año 1885 desempeñó la tarea de ayudante o naturalista viajero al integrar la expedición científica al Chaco, cuyos principales jefes eran los doctores Eduardo L. Holmberg, F. Ameghino y F. Kurtz.

1887-1889. — Durante este período desempeñó la tarea de naturalista viajero del Museo de La Plata encomendada por su Director y Vice Director, los doctores Francisco P. Moreno, y Florentino Ameghino, respectivamente.

1889-1903. — En este lapso, don Carlos Ameghino continuó como naturalista viajero pero sin cargo oficial, dado que se hallaba a las órdenes de su hermano Florentino, quien cubrió todos los gastos de los numerosos viajes con la acción privada de éste último.

1903. — Durante el año de 1903, es nombrado naturalista viajero del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, siendo su hermano mayor Director del mismo establecimiento.

1913. — Despues del fallecimiento del Dr. F. Ameghino, ocurrido en agosto de 1911, el Dr. Gallardo es nombrado Director del referido Instituto, y éste a su vez designó a don Carlos Ameghino Jefe de la sección Paleontológica, cuyo nombramiento recayó en 1º de junio de 1913.

1919-1924. — Poco tiempo después de la renuncia del Dr. A. Gallardo, verificada en 1916, por una resolución del Superior Gobierno de la Nación, del 11 de agosto de 1919, nombrándose a Don Carlos Ameghino, Director del Museo, quedando además, como Jefe de la sección Paleontología. La Dirección la desempeñó hasta mediados de 1924. fecha en que por razones de salud, debió alejarse del Museo,

concediendo ese puesto, interinamente, al Prof. Lucas Kraglievich, y éste, después de cuatro meses de proficia actuación debió renunciar por haber comprobado hechos desagradables y porque dichas tareas consumían mucho tiempo para proseguir con la vocación que se había propuesto. Poco después, don Carlos se abrogaba a los derechos de la jubilación por sus brillantes servicios prestados al país y a la ciencia universal.

Aparte de estos cargos, don Carlos tuvo su desempeño también en la Comisión de Geología de la provincia de Buenos Aires. Fue designado presidente, Miembro Honorario, etc., de congresos científicos e instituciones similares del país y extranjero.

En páginas anteriores indiqué las causas por las cuales no dejó don Carlos, una gran labor publicitaria. Ese tiempo de la juventud lo dedicó fervorosamente a la exploración, a la observación y en proporcionárselas a su hermano Florentino quien fue el encargado de exteriorizarlos.

De cualquier modo consigno la lista que he podido reunir.

1. — Exploraciones geológicas en la Patagonia, en **Boletín del Instituto Geográfico Argentino**, vol. XI, pp. 2-46, Buenos Aires, 1890.
2. — Exploraciones de los depósitos fosilíferos de la Patagonia Austral, en **Revista Argentina de Historia Natural**, vol. I, pp. 119-120, Buenos Aires 1891.
3. — Investigaciones antropológicas y geológicas en el litoral marítimo sur de la prov. de Buenos Aires, en **Physis**, vol. I, pp. 261-264, Buenos Aires, 1913 (colaboración con el Dr. L. M. Torres).
4. — **Le Pyrotheium, l'étage pyroteréen et les couches a Notostylops. Une Réponse a Mr. Loomis**, en **Physis**, vol. I, pp. 446-460, Buenos Aires, 1914.
5. — **El fémur de Miramar, una prueba más de la presencia del hombre en el terciario de la República Argentina**, en **Anales del Museo de Historia Natural de Buenos Aires**, vol. XXVI, pp. 435-450, Buenos Aires 1915.
6. — **Sur un fémur de Toxodon chapalmalensis, du tertiaire de Miramar, portant une pointe de quartzite introduite par l'homme**, en **Physis**, vol. II, pp. 36-39. Bs. As. 1915.
7. — **Delicavia nov. gen. de Caviidae (roedores) del Chapalmalense de Miramar**, en **Physis**, vol. II, N° 11, pp. 283-284, Bs. As. 1916.
8. — **La fórmula dentaria del género Arctotherium**, en **Physis**, vol. II, pp. 285-286. Bs. As. 1916.
9. — **Sobre un camino de Machaerodus tallado por el hombre del pampeano**, en **Physis**, vol. II, pp. 425-427, Bs. As. 1916.
10. — **Sobre una punta de flecha o de lanza del pampeano de Luján**, en **Physis**, vol. II, pp. 427-428, Bs. As. 1916.
11. — **Algunas observaciones curiosas sobre una cabeza del género *Tetrastylus* de Catamarca**, en **Physis**, vol. II, pp. 429-430, Bs. As. 1916.
12. — **Sobre la dentadura superior de Arctotherium en edad juvenil**, en **Physis**, vol. II, pp. 435-439, Bs. As. 1916.
13. — **Una especie de Chlamydothereum**, en **Physis**, vol. III. N° 14 p. 268, Bs. As. 1917.
14. — **Sobre el perro fósil del género Palaeocyon**, en **Physis**, vol. III, p. 268. Bs. As. 1917.

15.— **Dos nuevas especies de toxodontes**, en *Physis*, vol. III, p. 282, Bs. As. 1917.

16.— **Los nuevos hallazgos de Miramar**, en *Physis*, vol. III, p. 454, Bs. As. 1917.

17.— **Los yacimientos arqueológicos y osteológicos de Miramar**, en *Physis*, vol. IV, pp. 14-27, Bs. As. 1918.

18.— **Los yacimientos del valle de Santa María en Catamarca y Tucumán**, en Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales de Tucumán, pp. 145-149, Bs. As. 1919.

19.— **Sobre mamíferos fósiles del piso araucanense de Catamarca y Tucumán**, en Primera Reunión, etc., pp. 150-153, Bs. As. 1919.

20.— **Sobre algunos huesos fósiles que presentan surcos erróneamente atribuidos a la acción del hombre**, en Primera Reunión, etc., pp. 154-156, Bs. As. 1919.

21.— **Sobre algunos restos humanos fósiles descubiertos por el doctor Carlos Díaz en Río Hondo y sobre el arma de piedra que los acompañaba**, en Primera Reunión, etc., pp. 157-160, Bs. As. 1919.

22.— **La cuestión del hombre terciario en la Argentina**, en Primera Reunión, etc., pp. 161-165, Bs. As. 1919.
 (NOTA) Los números 18 a 22, han sido publicados en folletos aparte con el título "Estudios Paleontológicos", Buenos Aires, 1919.

23.— (en colaboración con Lucas Kraglievich). **Descripción de Megatherium Gallardoi, C. Ameghino, descubierto en el pampeano inferior de la ciudad de Bs. As.**, en *Anales del Museo de Historia Natural de Bs. As.*, vol. XXXI, pp. 135-156, Bs. As. 1921.

24.— (en colaboración con Lucas Kraglievich). **Un prociónido cercoleptoidé en el pampeano inferior de la Argentina "Brachynasua Meranii"**, n. gen. n. sp. en *Comunicaciones del Museo de Historia Natural de Bs. As.*, vol. II, pp. 181-191, Bs. As. 1925.

25.— (en colaboración con Carlos Rusconi). **Nueva subespecie de avestruz fósil del pampeano inferior "Rhea americana anchorense "subesp. n. en Anales de la Sociedad Científica Argentina**, vol. CXIV, pp. 38-42, Bs. As. 1932.

26.— (en colaboración con Carlos Rusconi). **Nuevos restos de Lama guanicoe Lonnbergi (Amegh.)** en *La semana Médica*, vol. 40, N° 1, pp. 90-92, del separado, Bs. As. 1933.

ESTA REVISTA SE TERMINÓ DE
 IMPRIMIR EN EL MES DE AGOSTO
 DE 1965, EN LOS TALLERES DE LA
 IMP. OFICIAL - MENDOZA.



B. BIBLIOTECA